



El caballero del león



Chrétien de Troyes

Lectulandia

El caballero del león es, sin duda, una de las obras más perfectas de Chrétien de Troyes. Su autor, quizá el mejor y más representativo de los escritores de una época de auge y vitalidad creativa, nos adentra con un encanto extraordinario en la atmósfera mágica y fascinante de las aventuras de los caballeros del rey Arturo.

Su argumento ¿una historia de amor al gusto de la civilización cortés?, reinterpreta, con gran habilidad narrativa, esquemas míticos provenientes de los relatos célticos difundidos oralmente y, a su vez, adaptados al ambiente y la moral caballeresca. Así, el caballero Yvain, símbolo de la caballería cristiana, ayudado por un león, realizará, a través de todas las pruebas iniciáticas que atraviesa, una íntima alianza con la Dama de la Fuente, que le llevará a la Fuente más sagrada y secreta, donde manan perennemente todos los poderes de la vida.

Chrétien de Troyes, creador indiscutible de la novela europea, es también, en cierto sentido, como dijo una vez Jean Frappier, «el Ovidio de una mitología en desintegración».

Lectulandia

Chrétien de Troyes

El caballero del león

ePub r1.0

Joselin 27.12.13

Título original: *Li chevaliers au lion*
Chrétien de Troyes, 1181
Traducción: Marie-José Lemarchand
Diseño de portada: Joselin

Editor digital: Joselin
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Convergen en Chrétien de Troyes muy felices circunstancias, que hacen de este clérigo de Champaña el fundador de la novela cortés, e incluso, dada la influencia de sus obras, cronológicamente el primer novelista europeo. Se supone que fue canónigo, que nació hacia 1135 y que 1183 podría ser la fecha de su muerte. Pero muy poco se sabe acerca de su vida, hecho nada singular tratándose de literatura medieval, donde es cosa común el desconocer no sólo la biografía del autor, sino hasta la misma autoría de la obra. Escribir consistía entonces, según expresiones como *declinare gesta o metre en romanz*, en una labor a mitad de camino entre la versificación y la traducción o adaptación del latín, cuando no en el mero hecho de copiar y glosar los raros y preciosos manuscritos conventuales. Así rubrica Guiot con su nombre y señas el manuscrito de *El Caballero del León*, cuya copia acaba de terminar:

*'escrit Guioz a nun
Vostre Dame del Val
ostex tot a estal.*

Por eso, como ocurre con el famoso *Cantar de Roldán*, no basta con encontrarse con un nombre al final de un poema para tener la seguridad de que se trata del autor. Con *El Caballero del León*, del que se conservan siete manuscritos y varios fragmentos, no existe esa clase de dudas pero sí alguna incertidumbre en cuanto a la fecha y motivo de su composición[1], porque a diferencia de otras novelas suyas, como el *Cligés* o el *Perceval*, no va precedido de una dedicatoria donde se refiera Chrétien al encargo de su mecenas. Ello acaso contribuye a su modernidad, a la vez que obliga al crítico a concentrarse en el texto. De forma resumida, dentro del marco asignado a un breve prólogo a esta segunda edición, esbozaremos algunos rasgos, de tipo formal unos y sociológicos otros, que concurren en tan temprana muestra de la novelística europea.

A través de la corte de Champaña, es decir, del *entourage* de la condesa María, hija del rey Luis VII de Francia y de Leonor de Aquitania, y gracias a sus continuos contactos con la cultura anglo-normanda, recoge Chrétien de Troyes la herencia de lo que se ha venido llamando desde Jean Bodel «materia de Bretaña», es decir, la leyenda artúrica. Por la corte de Champaña, como por la de Leonor de Blois, pasaron ilustres visitantes, allí buscaría refugio un Thomas Becket durante su exilio, pero sobre todo un vaivén sin fin de juglares y trovadores. Ellos, tanto como los manuscritos que Chrétien dice haber encontrado en el *scriptorium* de Beauvais[2], lo que probablemente no es más que un recurso para dar una fingida autenticidad a su

relato, le proveerían de un amplio repertorio narrativo[3]. Porque Chrétien de Troyes, ensartador de fábulas, sabía mejor que nadie que se inventa copiando o traduciendo. Él no escapa a esa febril *translatio studii* que recorre el siglo XII, anunciando ya los poderosos ideales renacentistas, para *metre en romanz*, es decir, verter del latín al romance, parte del legado clásico y de la literatura latina medieval. Pero su genialidad consiste en la reelaboración formal, *une molt bele conjointure*[4]o urdimbre de muchos hilos, de fuentes tan variadas como la Antigüedad clásica, Ovidio en particular, y la gesta juglaresca de los caballeros del rey Arturo.

Apuntar a ese cambio cualitativo de la *mise en romanz* en creación novelística, verdadera originalidad de Chrétien, obliga a recordar el origen de la leyenda artúrica. Hacia 1155, es decir, unos veinticinco años antes de que compusiera aquél sus novelas, el escritor anglo-normando Wace había desarrollado para los Plantagenêts el gran proyecto genealógico-político de reapropiación de la fabulosa figura de Arturo como legitimadora de la dinastía. Así concluye su obra *Brut*, llevando de Roma a Bretaña la estirpe imperial:

*geste des Bretuns
ree des baruns
jnage Bruti vindrent...
tre Wace cest romanz
(-866)*

Pero este *romanz* del maestro Wace es más bien un libro de linajes, próximo aún a las crónicas como las de Geoffrey de Monmouth, inventor del mito artúrico, acierto político que proporcionó a la monarquía anglo-normanda un pasado tan venerable como el de los Capetos con los doce pares de Carlomagno. Pronto se «hallarían» las tumbas del rey Arturo y de la reina Ginebra en la abadía de Gladstonbury, que pudo cumplir un papel semejante al de la abadía de Saint Denis con sus reyes taumaturgos y el mito carolingio. Así, en la generación que precede a la de Chrétien, la de Wace, Gaimar y Benoit de Saint Maure, todavía andan confundidas épica y novela, *geste y romanz*, porque las tribulaciones amorosas de un protagonista son inseparables de las aventuras, a veces de complejo matiz político, de todo su linaje. Es Chrétien quien inicia el camino real de la novela, ciñéndose a un tiempo narrativo y encerrando a su personaje en un espacio puramente literario. Esta búsqueda del centro de gravedad del relato alcanza su perfección en *Yvain o El Caballero del León*, que va más allá de la encarnación de un arquetipo del caballero, y donde estamos ante la crisis de identidad de un personaje, por motivos internos de la narración y para mayor interés y verosimilitud, no incompatible con lo fantástico, de lo historiado.

Estas consideraciones sobre la reelaboración de fuentes textuales que hace

Chrétien, no deben sin embargo relegar a un segundo plano el testimonio excepcional que sobre su época constituye la obra del novelista. Como lo expuso Erich Köhler en una magistral interpretación sociológica, el motivo central de *El Caballero del León* es el papel de la *consuetudo o costume*, es decir, de la costumbre. Con ella se inicia la aventura de Yvain tras el fallido intento del antihéroe Calogrenante. Se encuentra el caballero artúrico con el señor que asume la defensa de un derecho consuetudinario, impidiendo el paso a quien franquee el vado y se acerque a la fuente maravillosa. Tras una serie de pruebas y una pérdida de identidad que le lleva hasta la locura, Yvain sustituirá al dueño de la costumbre no sólo en el corazón de su dama, sino como señor de la fuente. Bajo el lado mágico de la tríada árbol-fuente-tormenta, subyace una defensa de la ley como uso consuetudinario, y la integración de la costumbre en la armonía ideal del reino artúrico, frente a las fuerzas de un mundo hostil, léase, frente a los nuevos valores de una sociedad urbana y burguesa. Así reflejaría Chrétien la amenaza económica y política que se cernía sobre algunos sectores de la nobleza feudal con el afianzamiento de unas monarquías nacionales, que se apoyaban en nuevos estamentos, y en especial en la naciente clase burguesa. Eran precisamente las ferias de Troyes, patria de nuestro autor, «domicilio de cambio de Europa»[5], uno de los lugares donde se estaba gestando un nuevo código, del trabajo, el comercio y el crédito, con nuevos documentos mercantiles como el pagaré con que florentinos y sieneses se llevaban de Champaña los *panni francesi*. Valores propios de las transacciones comerciales, y sus reflejos contables, frente a las virtudes caballerescas de la largueza y del don sin contrapartida.

Léase o no en clave sociológica, resulta admirable la sutil alianza lograda por Chrétien entre rasgos maravillosos y detalles del realismo más desgarrado. Buen ejemplo de ello es la escena fantástica del taller de las hilanderas, donde unas doncellas, envueltas en el harapo común de su miseria, exponen con toda crudeza a su futuro libertador la explotación económica en que las mantiene su innoble condición de trabajadoras, como bien podrían haberlo hecho sus contemporáneas, las bordadoras de orofrés de Troyes. Condición social que sin embargo en nuestra historia resulta ser obra de criaturas demoniacas, los *netuns* o «neptunos», es decir, hijos del diablo, que mantienen en cautiverio y servidumbre a sus rehenes hasta que surja el caballero invencible que las redima. Fascinante transposición literaria donde, bajo la mirada del dios Amor clásico, el autor va tejiendo la materia mágica de las leyendas de Bretaña, junto con los finos hilos de la doctrina cortés, y los célebres pleitos amorosos de la corte de Champaña, con detalles que la historiografía nos revela como realistas y veraces, propios de la sociedad y la época del autor; de esta forma, gracias en gran parte a Chrétien de Troyes, el *romanz* juglaresco va metamorfoseándose ante nuestros ojos en algo que terminará siendo la novela burguesa europea.

Marie-José Lemarchand
Bilbao, marzo de 1986

NOTA SOBRE LA TRADUCCIÓN

Para el trabajo de traducción del presente texto, joya de la literatura medieval tanto por la riqueza de la obra en sí, como por los múltiples estudios que ha suscitado, he cotejado los dos manuscritos que han servido de base a las ediciones de Wendelin Foerster (Halle, 1926), T.B.W. Reid (Manchester, 1948) y Mario Roques (París, 1960). Se trata del manuscrito *Bibl. nat., fr. 1433*, utilizado por los dos primeros editores modernos y del *Bibl. nat., fr. 794*, o copia de Guiot, en el que se basa el último. He tenido en cuenta las observaciones de Jean Frappier sobre las distintas ediciones (véase bibliografía). También he consultado el trabajo de Piere Jonin, *Prolégomènes à une édition d'Yvain* (Aix-en-Provence, 1958) y las traducciones al francés moderno de André Eskénazi, Claude Buridant y Jean Troitin.

El resultado de este trabajo comparativo me ha permitido utilizar con prudencia la edición más reciente, alejándome de ella cada vez que la fidelidad de Mario Roques a la copia de Guiot le lleva a adoptar lecciones confusas o contradictorias. En tales casos me he apoyado en el manuscrito *Bibl. nat., fr. 1433*, al que pertenece toda la iconografía publicada en el presente volumen.

Las obras medievales plantean al traductor el doble reto de pasar no sólo de un idioma a otro, sino de un código a otro, con referencias a un sistema de valores distintos y a signos culturales hoy de difícil percepción. Las notas y el estudio que acompañan al texto tienden a ayudar al lector moderno a recuperar tales claves de interpretación. Pero a fin de no caer en la proliferación de notas, se han limitado a aclaraciones sobre el contexto cultural, evitándose en cambio explicaciones de términos técnicos que figuran en los diccionarios.

He querido rehuir tanto el arcaísmo gratuito que utiliza por puro pintoresquismo unos vocablos en desuso, como la excesiva modernidad, que al adaptar palabras medievales al lenguaje contemporáneo prescinde del necesario distanciamiento, que señala hitos de épocas y culturas no sólo alejadas en el tiempo, sino de difícil comprensión entre sí o desde el presente. Por último huelga decir que la calidad estilística del texto de Chrétien es para su traductor motivo de ansiedad y gozo, de hallazgos felices y de frustración inevitable.

EL CABALLERO DEL LEÓN

[vv. 1-34]

Arturo, el noble rey de Bretaña, cuyas proezas son para nosotros ejemplos de valor y cortesía, al llegar la fiesta que llamamos Pentecostés, la celebró con todo el fasto propio de la realeza, reuniendo a su corte en Caraduel, en el país de Gales.

Después del banquete, los caballeros formaron grupos junto con las damas, damiselas o doncellas, según ellas les iban llamando para sentarse a su lado. Unos contaban historias, otras hablaban de Amor, de las angustias y tormentos que causa, y de los deleitosos bienes, de que a menudo gozaron los discípulos de su escuela, cuya regla era a la sazón dulce y buena. Hoy, en cambio, Amor ha perdido muchos de sus fieles, le han abandonado casi todos y con ello se ha envilecido, porque, como los que amaban a la antigua usanza conseguían fama de corteses, valientes, generosos y honorables, en nuestros días, Amor se ha vuelto fingimiento. Los que no sienten nada pretenden estar enamorados, pero es mentira, y al fingir que aman, sin ningún fundamento, convierten al amor en ficticio engaño.

Pero hablemos ahora de los que fueron y dejemos a los que están en vida, porque, a mi parecer, un hombre cortés, aun muerto, vale mucho más que un villano vivo. Por ello me complace contar unos hechos muy dignos de escucharse, [vv. 35-91] que tratan de aquel rey tan ejemplar, que se sigue hablando de él, aquí y más allá de estos reinos. Estoy de acuerdo con los Bretones: su fama permanecerá siempre, y gracias a ella, se seguirá recordando a los nobles caballeros a los que eligió y que se esforzaron con gran honra.

Pero aquel día se sorprendieron mucho al ver que el rey se levantaba muy pronto de la mesa, cosa que pesó a algunos y dio mucho que hablar, pues nunca antes había abandonado tan gran fiesta para retirarse a sus aposentos a dormir o descansar. Pero ocurrió aquel día que le retuvo la reina, y tanto se demoró a su lado, que luego, olvidándose de los demás, se abandonó al sueño.

Al otro lado de la puerta de la cámara estaban Didonel, Sagremor, Kay, mi señor Gauvain, así como mi señor Yvain y, con ellos, Calogrenante, un caballero muy afable, que empezó entonces a contar una historia, que no era para él motivo de honor sino de deshonra. Mientras iba avanzando en su relato, la reina le fue prestando oído, hasta que se levantó de junto al rey para acercarse a escondidas a los caballeros y, antes de que nadie pudiera verla, se sentó de improviso entre ellos, e inmediatamente Calogrenante se percató de su presencia y fue el único en levantarse, poniéndose de pie a su lado, casi con un brinco, Kay, que gustaba del sarcasmo y de zaherir con saña y perfidia, le increpó:

—Por Dios, Calogrenante, ¡qué ímpetu el vuestro y qué precioso salto el que os acabo de ver, y cómo me agrada que de todos nosotros seáis vos el más cortés, porque sin duda así opináis: hasta tal punto andáis desprovisto de toda cordura! Mi señora tendrá razón en pensar que vos nos ganáis a todos en nobleza y cortesía: si no nos hemos levantado, fue por pereza sin duda, o porque no nos dignamos hacerlo. ¡Pero

por Dios, señor, si no nos incorporamos, fue sencillamente por no haber visto a mi señora antes de que vos os levantaseis!

—En verdad, Kay —dice la reina—, me parece que habríais reventado de no poder descargar todo el veneno del que estáis lleno. Sois odioso e innoble, denostando así a vuestros compañeros.

[vv. 92-150]

—Señora —contesta Kay—, si no ganamos nada en vuestra compañía, cuidado que por lo menos no perdamos más. No creo haber dicho nada que se me pueda tomar a mal, pero os ruego que no hablemos más de ello: no es cortés ni razonable sostener pleitos ociosos. Esta disputa no debe proseguir para que nadie le dé más importancia. En cambio, debéis ordenarle que siga contando la historia que empezó, porque no guarda relación con estos reproches.

Calogrenante quiere intervenir para replicar a aquellas palabras:

—Señora —dice—, esta querrela casi no me afecta: poco caso hago de ella y le doy escasa importancia. Si Kay me ha ofendido, a mí esto no me perjudicará. A caballeros más valientes y prudentes que yo, vos, señor Kay, habéis ultrajado con infamias deshonorosas, según vuestra costumbre: es de ley que siempre apeste la basura y aguijonee el tábano, que el zángano siempre persiga con su zumbido, y el insidioso no deje de enojar e injuriar. Pero no contaré nada más hoy, si mi señora me da para ello licencia, y le ruego que no me lo pida ni insista su merced sobre asuntos que no son de mi agrado.

—Señora, todos los que están aquí —interviene Kay— os estarán muy agradecidos si le convencéis, y le escucharán de buen grado, No lo hagáis porque yo os lo pida, sino por la fe que debéis al rey, vuestro señor y el mío, y acertaréis ordenándole que siga con su relato.

—Calogrenante —dice la reina—, no os sintáis molesto por esta provocación de mi señor Kay, el senescal. Hasta tal punto tiene el escarnio por costumbre, que resulta en él un hábito imposible de reprimir. Os mando y os ruego que no se enfade vuestro corazón, ni por su culpa dejéis de contar algo que nos alegraría oír y, si queréis gozar de mi aprecio, volved a empezar desde el principio.

—En verdad, señora, me causa gran pesar lo que vos me ordenáis; antes me dejaría arrancar una muela, si no temiera enojaros, que proseguir ahora con mi relato, pero cumpliré vuestro deseo, ya que si a mí me pesa, a vos os complace. Escuchad entonces. Prestadme oídos y [vv. 151-219] corazones, porque todas las palabras se pierden, si no se entienden con el corazón. Hay quienes oyen algo sin entenderlo y sin embargo lo alaban, cuando para ellos es un mero sonido, pues su corazón no lo entiende; la palabra llega a los oídos como viento que vuela, que ni para ni reposa, y se aleja ligera, si el corazón no anda al acecho, listo para cogerla; porque si puede captarla al oírla, y la encierra y retiene, entonces los oídos son vía y conducto por donde llega la voz al corazón, y el corazón coge en el vientre[6] la voz que penetra

por el oído. Luego quien me quiera entender, me debe prestar oído y corazón, pues no es de sueño, ni de fábula o mentira de lo que quiero hablar.

»Lo que voy a contar me sucedió hace ya más de siete años, cuando yo iba en busca de aventura, solo, como anda el labriego, pero armado con todas las armas, como debe estar un caballero. Escogí un camino a la derecha y me adentré en un espeso bosque. Resultaba penoso avanzar por aquella senda, llena de zarzales y malezas traidoras, y sólo con gran esfuerzo pude mantener mi ruta. Fui cabalgando así casi todo el día, hasta que salí del bosque —que era el de Brocelandia—. Fuera del bosque, entré en una landa y vi una torre almenada a media legua galesa —algo menos quizás, pero más no habría—; me dirigí hacia allí al trote, vi la torre almenada con el foso, ancho y profundo, que la circundaba, y de pie, encima del puente, sobre el puño un azor ya mudado[7], al dueño de la fortaleza.

«Apenas le había saludado cuando vino a cogerme el estribo y me mandó descabalar. Descabalgué —¿qué otra cosa iba a hacer?—, pues necesitaba hospedarme; entonces me repitió más de siete veces seguidas:

»—¡Bendito sea el camino que os ha traído hasta aquí!

»Pasando el puente y la puerta, entramos luego en el patio. En medio del patio de aquel valvasor[8] —¡que Dios le dé alegría y honor, tanto como me dio a mí aquella noche!— estaba colgado un disco, que no llevaba, creo yo, hierro ni madera, ni nada que no fuese cobre; sobre aquel disco dio el valvasor tres golpes[9] con un martillo que colgaba de un pequeño poste. Al oír aquellas llamadas, los que estaban en el [vv. 220-277] interior de la mansión salen y bajan al patio. En cuanto me apeé del caballo, se lo llevó uno de los escuderos. Entonces vi venir hacia mí una doncella, de gran hermosura y distinción. Me detuve para contemplarla y vi que era bella, esbelta y de buena estatura; me quitó las armas con gran destreza —lo hizo a la perfección— y me vistió con un manto corto, de escarlata azul como pavo real, ribeteado con piel de petigrís[10]; todos se fueron retirando, hasta que no quedó nadie, salvo ella y yo, lo cual me resultó muy grato, pues yo no quería otra compañía.

»Luego ella me llevó a sentarme en un prado, el más hermoso del mundo, cercado por una pequeña valla alrededor. Entonces la encontré tan refinada, educada y culta en su conversación, de tanto solaz y encanto, que me deleitaba su compañía, hasta tal punto que bajo ninguna obligación hubiese querido alejarme de ella; pero al anochecer, mucha contrariedad me causó el valvasor, que vino a buscarme a la hora de la cena; no pude ya demorarme e hice lo que me mandó. De la cena sólo os diré que fue en todo de mi agrado, desde el momento en que vino a sentarse la doncella frente a mí.

»Después de cenar, me confió el valvasor que no sabría decir desde cuándo había hospedado a caballeros andantes, en busca de aventura, porque hacía mucho que no había dado hospedaje a ninguno. Luego me rogó con insistencia que volviese a pasar

por su castillo, como galardón para premiar sus servicios, y le contesté: “Me será muy grato, señor”. Pues habría sido vergonzoso rechazar su ofrecimiento: poca gratitud habría demostrado a mi huésped negándole este favor.

»Aquella noche quedé muy bien alojado, y al despuntar el alba, mi caballo ya estaba ensillado, tal como lo había pedido la víspera: se había cumplido mi ruego a la perfección. Encomendé al Espíritu Santo a mi buen huésped y a su querida hija; a todos pedí licencia para despedirme y me marché en cuanto pude.

»No me había alejado mucho todavía del castillo, cuando me encontré, en una artiga del bosque, con unos toros [vv. 278-336] salvajes, horribles fieras errantes que luchaban entre sí, con tal estampido e indomable fiereza que, os lo he de confesar, no pude reprimir el echarme un poco atrás, porque no hay bestia tan fiera ni tan indomable como un toro.

»Un villano, que se parecía a un moro por su monstruosa y desmedida fealdad, criatura más fea de lo que se podría decir con palabras, estaba sentado encima de un tronco, con un gran mazo en la mano. Al acercarme al villano, vi que tenía la cabeza muy gruesa, más que la de un rocín u otro animal de mala traza, el pelo hirsuto, la frente pelada, de más de dos palmos de ancha, enormes orejas velludas, como las de un elefante, cejas espesas y cara plana, ojos de búho y nariz de gato, boca hendida como la de un lobo, colmillos afilados y rojos, como los de un jabalí, roja la barba y torcidos los bigotes, la barbilla hundida en el pecho y una larga espalda, encorvada y gibosa. Apoyado en el mazo, iba vestido con un sayo tan extraño, que no era de lino ni de lana, sino que llevaba, atadas al cuello, las pieles de dos toros o dos bueyes recién desollados.

»El villano, en cuanto vio que me acercaba, se puso en pie de un salto; acaso quería ponerme la mano encima, no sé qué era lo que se proponía, pero cuidé de quedarme a la defensiva, mientras le veía quieto y sin moverse, subido encima del tronco —él mediría por lo menos diecisiete pies de alto— mirándome sin decir palabra, como si de un animal se tratara; y pensé que no sabía hablar y que no tenía uso de razón. Sin embargo, me arriesgué hasta preguntarle:

»—Oye tú, dime si eres criatura de Dios o del diablo.

»Y él me contestó que era un hombre.

»—¿Qué especie de hombre eres tú?

»—Tal como lo ves, no soy de otra manera.

»—¿Qué haces tú aquí?

»—Yo me quedo aquí para guardar los animales de este bosque.

»—¡Que los guardas! Pero, ¡por San Pedro de Roma, si estos animales no conocen al hombre! No creo que en una llanura o en un soto se pueda guardar una bestia salvaje, [vv. 337-394] ni en ningún otro lugar, de ninguna forma, si no está atada y encerrada.

»—Yo sí guardo estas y cuido que no salgan nunca de este coto.

»—¿Tú sabes mandarlas? Dime la verdad.

»—En cuanto me ve venir, no hay bestia que se atreva a moverse, porque cuando puedo coger una, la agarro por los dos cuernos, con estos puños que tengo, tan duros y fuertes, de modo que las demás se echan a temblar de miedo, y se juntan a mi alrededor, como para implorar piedad; no hay nadie salvo yo que pueda fiarse de ellas: cualquier otro que se les acercase moriría en el acto. Así que yo soy señor de mis animales, y tú me tendrías que decir ahora qué clase de hombre eres y qué andas buscando.

»—Yo soy un caballero —contesté—, que busca lo que encontrar no puede; bastante larga ha sido ya mi búsqueda, pero nada encontré.

»—¿Y qué querías tú encontrar?

»—Aventura, para poner a prueba mi valor y audacia. Te lo ruego, pido y suplico, cuéntame lo que sepas, si tú has oído de alguna aventura o hecho prodigioso.

»—Eso lo seguirás echando en falta: de aventura yo no sé nada, ni nunca oí hablar. Pero si tú quisieras ir hasta una fuente, cerca de aquí, te sería difícil volver sin haber cumplido con su costumbre[11]. Aquí cerca encontrarás en seguida un sendero, que te llevará hasta ella. Mantén siempre tu ruta derecha, si no quieres malgastar tus pasos, porque sería fácil que te desviaras: hay otros muchos caminos. Verás cómo hierve la fuente, pese a que está más fría que el mármol. Le da sombra el árbol más hermoso que haya podido crear Naturaleza. En todas las estaciones perduran sus hojas, porque ni siquiera las pierde con el invierno. Allí está cargada una vasija de hierro, de una cadena tan larga que toca hasta el fondo de la fuente. Al lado del manantial encontrarás un escalón, que no te puedo describir, pues nunca vi ninguno semejante: ya lo verás; y al otro lado, una ermita, pequeña pero preciosa; si quieres coger agua con la vasija y derramarla encima del escalón, verás entonces tal [vv. 395-458] tormenta, que no quedará bestia en esta floresta, ni ciervo ni cervatillo, ni gamo ni jabalí, y hasta los pájaros escapan de allí. Verás caer tal rayo, los árboles hechos trizas con tal vendaval, y llover, tronar y relampaguear con tal fuerza, que si logras salir sin duelo ni quebranto, serás el caballero mejor aventurero que haya estado allí.

»Me despedí del villano en cuanto me hubo indicado el camino. Sería quizás la hora tercia, puede ser que cerca del mediodía ya, cuando distinguí el árbol y la fuente. Del árbol puedo decir que era el más hermoso pino que haya crecido sobre la faz de la tierra. Creo que por mucho que hubiese llovido, no habría atravesado su follaje ni una gota: toda el agua resbalaría encima de su espesa copa. Vi, colgando del árbol, la vasija: era del oro más fino que jamás se pudo comprar en ninguna feria. Aquella fuente, podéis creerme, hervía a borbotones. El escalón era de esmeralda, ahuecado como una jarra, y con cuatro rubíes[12], de un rojo más llameante que el sol de la mañana cuando despunta hacia oriente —juro que en todo cuanto os estoy contando

no hay palabra que no sea verdad.

»Sentí curiosidad por aquel prodigio de los truenos y la tempestad y cometí una gran imprudencia: de haber podido, habría renunciado tan pronto como hube derramado el agua de la vasija encima del escalón. Pero demasiada debí de verter, me temo, porque vi entonces el cielo desgajarse en pedazos, con más de catorce relámpagos que me herían la vista, mientras las nubes revueltas de arriba abajo lanzaban lluvia, nieve y granizo. Tan horrorosa y violenta fue aquella tempestad, que cien veces creí morirme con los rayos que caían a mi alrededor y los árboles que se abatían. ¡Sabed que me asusté y esperé que el tiempo se apaciguara! Pero Dios me dio pronto sosiego y no pasó mucho tiempo hasta que los vientos amainaron y, en cuanto quiso, ya no se atrevieron a soplar las ráfagas.

»Cuando vi el cielo claro y puro, me sentí feliz y volví a tener confianza, porque la alegría —si acaso gocé de ella alguna vez— pronto hace olvidar la pena más honda. En cuanto pasó la tormenta, vi tantos pájaros amontonados [vv. 459-524] encima del pino que, por increíble que parezca, no se veía rama ni hoja, porque el árbol entero estaba cubierto de pájaros, que coronaban su hermosura. Dulcemente cantaban los pájaros al unísono, pero con distintas modulaciones: la melodía que cantaba uno, no se la oía cantar a otro. Me regocijé con su gozo, y me quedé escuchando a placer todo su oficio. Nunca oí música tan jubilosa, ni creo que la pueda alcanzar a oír nadie, si no va hasta aquella fuente de hermosura, que tanto me hechizó que creí enloquecer.

»Tan absorto andaba que me sorprendió un ruido como de diez caballeros —o al menos esto pensé al principio—, pero era uno solo el que con tanto estrépito llegaba. Cuando me di cuenta que venía sin compañía, sujeté las cinchas de mi caballo y lo monté sin demora; aquél cabalgaba con gran furia, más rápido que un alerión, y bravo en apariencia, como un león. Gritando todo lo que podía, me empezó a desafiar:

»—Vasallo, habéis cometido una infamia y me habéis causado un grave perjuicio, sin previo desafío. Deberíais haberme requerido, si para ello teníais motivo, o por lo menos haber reclamado vuestro derecho, antes de atacarme. Pero si puedo, sobre vos, señor vasallo, recaerá el daño que me ha causado este perjuicio patente, del cual tengo por testigo mi bosque abatido. Quien recibe golpes tiene motivos para quejarse, y yo me quejo con razón de que me hayáis expulsado de mi mansión, con lluvia y rayo; gran pesar me habéis causado, y maldito el que se alegre, pues habéis asaltado de tal forma mi bosque y mi castillo, que no me habría valido la ayuda de ninguna atalaya o alta muralla. Nadie habría quedado a salvo, ni dentro de una fortaleza, fuese de dura piedra o de madera. Pero tened por seguro que de aquí en adelante no os daré tregua ni descanso.

»Tras estas palabras, nos lanzamos el uno contra el otro, sujetando cada uno el escudo por la embrazadura, para cubrirnos con él. El caballero tenía buen caballo y

lanza tan rígida como para no doblarse, además me llevaba sin lugar a dudas toda la cabeza; así quiso mi mala fortuna que yo fuera más pequeño que él y su caballo mejor que el mío. Os [vv. 525-590] digo toda la verdad, sabedlo bien, para ampararme ante esta afrenta. Le asesté un golpe con toda la fuerza de la que era capaz —y nunca regateo esfuerzo— y le alcancé en el brocal del escudo; había golpeado con tal potencia que mi lanza voló en pedazos, pero la suya se quedó entera, porque no era nada ligera, sino que pesaba, a mi parecer, más que cualquier lanza de caballero; lanza tan gruesa no se la vi a ningún otro. El caballero me golpeó tan fuertemente encima de la grupa del caballo, que me derribó y caí abatido sobre el suelo raso; sin dignarse mirarme siquiera, me dejó con toda la afrenta y humillación. Se llevó mi caballo y emprendió el camino de retorno, dejándome abandonado. Y yo, que no sabía cuál era mi papel[13], me quedé pensativo y angustiado. Me senté un rato al lado de la fuente y permanecí descansando un poco; no me atreví a seguir al caballero, por temor a cometer una locura —de haberme atrevido, tampoco sabía dónde había ido a parar—. Al fin decidí cumplir con lo que había prometido a mi huésped y volver donde él. La idea me gustó y así lo hice; dejando en el suelo todas mis armas para caminar más ligero, regresé sintiendo toda la afrenta.

»Cuando volví por la noche al hostal, encontré a mi huésped igual que antes: tan alegre y cortés como le había dejado, y no noté para nada que él o su hija me mirasen de otra manera o me tratarasen con menos consideración que la noche anterior. Todos los de la mansión me rodearon de grandes honores —gracias les sean dadas— porque, según decían, de memoria de hombre no se había oído que nadie volviese de donde yo volvía, sino que todos habían quedado allí, muertos o apresados. Así marché, así volví. Ya tuve la insensatez de contaros lo que nunca hubiese querido contar.

—A fe mía, —exclama mi señor Yvain—, vos sois mi primo y nos debemos mutuo afecto, pero loco os tengo que llamar por haberme ocultado tanto tiempo esta aventura. Si os he llamado loco, no os deis por ofendido, os lo ruego, pues si puedo y me es lícito, iré a vengar vuestra afrenta.

—¡Cómo se ve que estamos de sobremesa! —salta Kay, [vv. 591-649] que no sabía estarse callado—. Caben más palabras en una jarra de vino que en un barril de cerveza, y dice el refrán que gato cebado, gato fogoso. Después de comer cualquiera puede matar moros y hasta al sultán Loradín[14] sin moverse de su silla, y vos iríais a tomar venganza del rey Forré. ¿Tenéis guarnecido ya vuestro escudo? ¿Habéis sacado brillo al hierro de vuestras calzas y desplegado vuestros estandartes? ¡Daos prisa, mi señor Yvain! ¿Cuándo saldréis de aquí, esta noche o mañana? Cuando vayáis camino del martirio, hacédnoslo saber, buen caballero, porque os queremos acompañar: no habrá preboste ni veedor que no se preste a daros escolta; así que no os marchéis, os lo ruego, sin tomar licencia. Y si esta noche tuvierais alguna pesadilla, abandonad el

proyecto.

—¡Cómo! ¿Acaso os habéis vuelto loco de rabia, mi señor Kay —exclama la reina— que vuestra lengua no puede callarse nunca? ¡En mala hora usáis de vuestra lengua, amarga como la escamonea!^[15]. En verdad, vuestra lengua os odia, pues a cada uno dice lo peor, pase lo que pase. ¡Maldita sea la lengua que nunca se cansa de hablar mal! La vuestra consigue haceros odioso a todos: peor no os puede traicionar. Sabed que si fuera mía, yo la requeriría por traición. Un hombre al que no se le puede corregir tendría que estar atado a las rejas del coro de la iglesia, como los locos.

—A fe mía, señora —contesta mi señor Yvain—, que no me importan sus sarcasmos. Tal es el poder y tan grande el saber y el valor de mi señor Kay, en todas las cortes, que nunca se quedará mudo ni sordo. Tiene el arte de contestar a las villanías con cortesía y prudencia, y nunca actuó de otro modo —vos sabréis si miento...—. Pero no quiero andar con querellas ni emprender locuras. No decide el combate quien asesta el primer golpe, sino el que toma venganza. Quien es capaz de insultar a un compañero, se querellaría hasta con un extraño. No quiero parecerme al dogo, que se eriza y descarga su rabia cuando los mastines enseñan los colmillos.

Mientras así conversaban, salió el rey de su aposento, donde se había quedado largo rato durmiendo hasta este ^[vv. 650-711] momento. En cuanto le vieron, los barones se pusieron en pie ante él; el rey les mandó sentarse y tomó asiento junto a la reina, quien inmediatamente le volvió a narrar, palabra por palabra, todas las aventuras de Calogrenante, con el gran talento que ella tenía para contar.

El Rey las oyó con mucho interés e hizo tres juramentos, sobre el alma de Uterpendragón, su padre^[16], sobre la de su hijo y sobre la de su madre: prometía ir a ver la fuente, la tormenta y el prodigio antes de que transcurriera una quincena. Allí estará la víspera de la fiesta de mi señor San Juan Bautista y se hospedará por la noche; añadió que le acompañaran todos cuantos quisieran. Con este proyecto del rey, se acrecentó la estima en que le tenía toda la corte, y muchos, lo mismo barones que jóvenes y futuros caballeros, quisieron acompañarle.

Pero mi señor Yvain, en medio de tanta alegría y gozo, se encontraba dolido, porque él hubiese preferido una aventura solitaria; le causaba angustia y ansiedad que hubiese decidido el rey esta salida. Le pesaba por una sola razón: el convencimiento de que la batalla la libraría, con toda certeza, mi señor Kay, a nada que hiciese el requerimiento: no se lo iba a negar el rey. ¿O quizás mi señor Gauvain haría el requerimiento el primero? Con que cualquiera de los dos lo requiriese, la batalla no les sería denegada. Pero él no les esperará por nada del mundo: no echa en falta su compañía; irá solo, a su guisa, caminando con gozo o con duelo. Quien quiera quedarse, que se demore, pero él, antes de tres días, pretende estar en Brocelandia. Buscará con todo ahínco y, si es posible, encontrará, por todo el ardor que pondrá en ello, la estrecha senda frondosa, la landa y la fortaleza, el deleite y solaz de la cortés

damisela, su gracia y hermosura, la hospitalidad, pródiga en honores, del noble valvasor y de su hija, que se esfuerzan con todo el empeño propio de personas de franco y buen linaje. Luego verá los toros en la artiga del bosque y al villano gigante que los guarda. La verdad es que siente impaciencia por ver a aquel villano, tan extraordinariamente feo, gigantesco, horrible y monstruoso, y tan negro como un herrero. Luego [vv. 712-775] verá, si es posible, el escalón y la fuente, la vasija, y los pájaros reunidos encima del pino; hará llover y ventiscar, pero nadie sabrá de su propósito hasta que la cosa se haya resuelto, con gran afrenta o mayor honra: sólo entonces saldrá a la luz su empresa.

Mi señor Yvain se marcha de la corte, sin reunirse con nadie, y se va hacia su hostel. Allí encuentra a toda su mesnada, manda ensillar su caballo y llama a un escudero suyo, con el que no tenía secretos.

—Mira —le dice—, ven aquí fuera conmigo y tráeme mis armas. Voy a salir por aquella puerta con mi palafrén ahora mismo. Procura no demorarte, que me es preciso viajar muy lejos. Cuida de que pongan buena herradura a mi corcel y tráemelo pronto; luego te llevarás a mi palafrén. Pero guárdate bien, te lo ordeno, cuando alguien te pregunte por mí, de darle la menor noticia. Porque si no, si tú ahora en algo te fías de mí, ya sólo confiarías para tu desgracia.

—Señor —contesta el escudero—, estad tranquilo, que por mí nadie sabrá nada. Marchaos, yo os seguiré.

Pronto monta mi señor Yvain su caballo; no volverá hasta vengar, si puede, la afrenta de su primo. Corre ahora el escudero hacia el buen caballo y lo monta sin demora, porque no le faltaba clavo ni herradura. Al galope siguió a su señor hasta verle: había descabalgado y le esperaba en un sitio apartado del camino desde hacía algún rato. Le trae su arnés y todo su aparato y él va vistiendo sus armas.

Mi señor Yvain, una vez armado, no se concedió descanso y empezó a cabalgar a lo largo y ancho de los bosques, recorriendo en cada jornada muchos montes y valles, lugares hostiles y salvajes, franqueando pasos angostos, desfiladeros traidores y peligrosos, hasta llegar a la estrecha senda tenebrosa, llena de zarzales: tuvo entonces la certeza de no poder ya extraviarse.

Por muy caro que le cueste, no se detendrá hasta ver el pino que da sombra a la fuente, el escalón y la tempestad que arroja lluvia, granizo, trueno y ventisca.

Por la noche tuvo, como podéis figuraos, hospitalidad tal como esperaba, pues el trato de consideración con que [vv. 776-835] le honró el valvasor sobrepasó todo lo que os que he narrado y en la doncella encontró como cien veces más sabiduría y hermosura de lo que había contado Calogrenante, porque es imposible sumar o medir los méritos de una mujer y de un hombre de valor, cuando despliegan sus cualidades con toda caballería: sería interminable de contar, porque el lenguaje no alcanza a describir todo el bien de que es capaz un hombre de honor. Aquella noche, mi señor

Ivain quedó muy bien alojado y muy complacido.

Al día siguiente, llegó hasta la artiga del bosque y vio los toros y al villano, que le indicó el camino, pero más de cien veces se persignó, sin dejar de hacerse cruces ante el prodigio que tenía a la vista: ¿Cómo había podido Naturaleza acometer obra tan fea y villana?

Luego cabalgó hasta la fuente y vio todo cuanto anhelaba ver. Sin detenerse ni un instante, derramó sobre el escalón la vasija llena de agua. Inmediatamente, empezó a ventear, llover y hacer el tiempo que debía hacer. Y cuando Dios devolvió sosiego al tiempo, acudieron los pájaros a posarse sobre el pino e hicieron una fiesta maravillosa encima de la fuente peligrosa.

Antes de que terminara aquel concierto, llegó, más encolerizado que brasa ardiente, un caballero con tanto estrépito como si cazara un ciervo en celo. En cuanto ambos se vieron, cada uno se lanzó al encuentro del otro, y en sus dos rostros se leía un mutuo odio a muerte. Armados con sendas lanzas duras y resistentes, intercambian tan duros golpes, que los dos se atraviesan los escudos de parte a parte; se desmallan las lorigas, se resquebrajan las lanzas y se hacen trizas, saltando los pedazos por los aires. Siguen entonces combatiendo con la espada. Con fragorosas cuchilladas, han cortado las correas de los escudos que, astillados por todas partes, ya no les sirven para cubrirse: los han destrozado de tal forma, que ya ensayan sus destellantes espadas contra flancos, caderas y pechos al descubierto. Se ponen a prueba con toda crueldad y sin ceder un solo pie de terreno, como si fueran dos rocas; nunca sostuvieron lucha tan encarnizada dos caballeros empeñados en precipitar su [vv. 836-897] muerte. Cuidan de no malgastar sus golpes y los emplean lo mejor posible, abollados y doblados los yelmos, teñidas con la sangre que se roban las lorigas, cuyas mallas vuelan hacia el cielo. A cuchilladas se golpean en pleno rostro. Tan caídas y desmalladas tienen ya las lorigas, que no les protegen el cuerpo más que si llevasen hábito de monje. Cualquiera se maravillaría viendo cuánto dura una batalla tan ferozmente dura. Pero ambos tienen tan fiero e indomable corazón, que ninguno cedería un palmo de terreno sin empujar al otro hasta la muerte. Lucharon con tanta lealtad, que nunca malhirieron o lastimaron en parte alguna a sus caballos, y no quisieron apearse ni una sola vez, sino que siguieron en sus monturas: así resultó más hermosa la batalla.

Al fin, mi señor Yvain desgajó el yelmo del caballero, que quedó aturdido y descalabrado; le entró pavor por golpe tal mortal como nunca había recibido; bajo la cofia de hierro, hendido el cráneo, le salía el cerebro, tiñendo con sangre las mallas de su brillante loriga. Tan hondo dolor sintió, que a poco le falló el corazón. Al saberse herido de muerte, empezó a huir —¿qué iba a hacer?—, pues ya era incapaz de defenderse.

Huyó apresuradamente, con el propósito de alcanzar sin demora su castillo, cuyo

puente levadizo se encontraba bajado y su portal abierto de par en par. Con todo ímpetu, mi señor Yvain espolea su caballo para seguirle. Como persigue, alzando el vuelo desde lejos, el gerifalte a la grulla, llegando tan cerca que, cuando ya cree tener cogida su presa, se le escapa, así seguía nuestro caballero al fugitivo, tan cerca como para agarrarle casi, pero sin conseguir alcanzarle, pese a que puede oír los quejidos que le arranca el dolor. Uno sigue huyendo mientras que el otro le acosa con todo el ahínco, porque teme haber malgastado sus esfuerzos, si no logra capturarlo, vivo o muerto, pues se acuerda de los sarcasmos de mi señor Kay. Todavía no se siente libre de la promesa que hizo a su primo, porque no darían crédito a su hazaña en absoluto, si no volviese con pruebas tangibles de la verdad.

Espoleando su montura, el fugitivo le ha llevado hasta [vv. 898-963] la puerta de su castillo. Ambos han penetrado en el recinto, sin encontrar a ningún hombre o mujer por las callejas, hasta llegar los dos con el mismo ímpetu ante la puerta del palacio.

Muy alta y ancha era aquella puerta, pero de tan estrecho acceso, que dos hombres o dos caballos no podían pasar de frente ni cruzarse en medio, sin entorpecerse e incluso causarse gran daño, por la siguiente razón: estaba hecha de tal forma, que funcionaba como un cepo, que espera a la rata cuando llega para cometer el hurto: la punta que la aguarda salta, golpea y la captura, porque se dispara y cae, en cuando el mínimo golpe, por ligero que sea, toca el cerrojo. De la misma manera, debajo de aquella puerta, había dos trampas, que mantenían en alto un batiente corredizo, afilado y cortante; en cuanto cualquier cosa tocaba este mecanismo, la puerta se abatía, tajando y trinchando todo cuanto estuviese a su alcance. El espacio medio entre ambas trampas era tan estrecho como una pequeña senda. Caminando justo por el medio, se ha aventurado el caballero con gran prudencia, mientras mi señor Yvain, totalmente incauto, se lanza tras él al galope, consiguiendo alcanzarle de tan cerca, que le coge por el arzón. De no haberse doblado hacia adelante, pronto hubiese quedado hendido de parte a parte, pero este lance de fortuna le salvó la vida porque sucedió que el caballo pisó la viga que sostenía aquella puerta de hierro; como un diablo infernal, se abate la puerta y cae partiendo todo de un tajo, pero sin mayor daño, pues no tocó, gracias a Dios, a mi señor Yvain, sino que fue a caer rozándole la espalda, de tal suerte que le rajó ambas espuelas, a ras de los talones. Él se desplomó espantado, mientras de este modo su enemigo escapó, herido de muerte.

Había, delante de la primera, otra puerta idéntica, que el caballero fugitivo franqueó, y que volvió a caer tras él, dejando así preso a mi señor Yvain. Angustiado y desconcertado, se queda encerrado en una sala, cuyas bóvedas estaban ribeteadas con clavos de oro, y cuyas paredes estaban adornadas con pinturas de gran arte y calidad. Pero nada [vv. 964-1020] le afligía tanto como el no saber a dónde había ido su enemigo.

Mientras seguía su desconcierto, oyó abrirse la puertezuela de un pequeño cuarto

próximo, de donde salió una doncella, de cuerpo gracioso y rostro hermoso, que volvió a cerrar la puerta tras ella. En cuanto vio a mi señor Yvain, pretendió asustarle:

—En verdad me temo, caballero —dice—, que en mala hora hayáis venido aquí: si os cogen en este lugar, pronto os harán pedazos, porque mi señor está herido de muerte y sé bien que sois vos quien le ha matado. Mi señora sufre por ello tal duelo, y su gente grita tanto a su alrededor, que por poco se matan, enloquecidos por la pena. Saben que estáis aquí, pero hay tal aflicción entre ellos, que no pueden todavía ponerse de acuerdo sobre vuestro castigo: la espada o la horca; pero de la muerte no os dejarán escapar, en cuanto decidan pasar al ataque.

Mi señor Yvain le contesta entonces:

—Nunca, si a Dios le place, me matarán ni me capturarán.

—No —dice ella—, yo pondré en ello, y con vuestra ayuda, todo mi empeño. No es de caballero asustarse: viéndoos tan poco alterado, os tengo por hombre de valor. Sabed bien que haré todo lo posible para serviros y favoreceros, pues antes vos así me tratasteis. Me mandó una vez mi señora a llevar un mensaje a la corte del rey; quizá no fuera todo lo prudente, cortés y llena de las demás virtudes de que debe hacer gala una doncella, el caso es que no hubo caballero alguno que se dignara dirigirme una sola palabra, salvo vos, que ahora estáis aquí: vos fuisteis el único, y mucho os lo agradezco, que me honrasteis y servisteis. De aquel honor que me hicisteis entonces, os devolveré ahora el galardón. Sé muy bien cómo os llamáis y os he reconocido perfectamente: sois el hijo del rey Urién, y os llaman mi señor Yvain. Tened por seguro que nunca, si queréis fiaros de mí, seréis capturado ni hostigado: vais a coger este anillo mío, y me lo devolveréis, os lo ruego, cuando os haya liberado.

[vv. 1021-1080]

Le entrega entonces el anillo, explicándole cómo tenía la misma virtud que la corteza encima del tallo: al cubrirlo le hace invisible. Pero le advierte que es necesario que lo guarde de tal forma, que la piedra quede encerrada en el puño, añadiendo que, quien lleve este anillo en el dedo, no tendrá luego nada que temer, porque ya nadie, por mucho que abra los ojos, podrá verle más que al tallo invisible bajo la corteza.

Esto fue lo que la doncella aconsejó a mi señor Yvain, y cuando hubo terminado de hablar, le llevó a sentarse en un lecho, cubierto de una colcha tan rica, como no la tuvo jamás ni el duque de Austria. Le propuso traerle algo de comer, si le apetecía, y él contestó que aceptaba con mucho gusto. Corre la doncella hasta su aposento y vuelve sin tardar nada, trayendo capón asado y una jarra llena de vino de muy buena cepa, todo cubierto con blanco mantel. Ella ofreció este agasajo, sirviéndole con dulzura, y su invitado, que necesitaba restaurar sus fuerzas, comió y bebió de muy buena gana.

Cuando hubo terminado de comer y beber, ya andaban por el castillo, acercándose en su busca, los caballeros que querían vengar a su señor, que yacía ya en su ataúd. La doncella le dijo entonces:

—Escuchad, amigo, todo este ruido, este tumulto: ya se acercan los que os están buscando, pero venga quien venga, salga quien salga, no os mováis, por mucho alboroto que haya, pues nunca os encontrarán si no os movéis de este lecho. Pronto veréis esta sala llenarse de gente sañuda y cruel, que acudirá aquí con la seguridad de encontraros. Es posible que aquí traigan el cuerpo antes de enterrarlo. Empezarán a buscaros debajo de los bancos, debajo de los lechos; quien no tuviese miedo, casi se podría divertir y recrear, viendo tanta gente dando palos de ciego, porque todos andarán tan cegados, engañados e impotentes, que se pondrán rabiosos de ira. No os puedo decir más por ahora, ni me atrevo a quedarme. Pero agradezco a Dios que me haya dado ocasión y medios para complaceros, pues de ello sentía gran deseo.

[vv. 1081-1147]

Se marchó entonces la doncella y tras su salida, se amontonó toda la mesnada a ambos lados de las puertas; toda una hueste enfurecida y despiadada, preparada para atacar, con espadas y estacas, se agolpaba en tropel. Cuando vieron, delante de la puerta, la mitad del caballo partido en dos, tuvieron la certeza de que, en cuanto se abriesen las puertas, dentro encontrarían a quien buscaban para matarle. Mandaron levantar aquel ingenioso artilugio, causa de muerte para tantos, pero en aquel asedio no hubo trampa ni cepo, sino que entraron todos de frente. En el umbral encontraron la otra mitad del caballo muerto, pero ninguno de ellos, por más que forzara la vista, tuvo ojos capaces de ver a mi señor Yvain, al que de muy buena gana hubiesen matado. Él, en cambio, les estaba viendo enfurecerse, con rabia y desesperación, y decían:

—¿Cómo es posible? Si aquí no hay puerta ni ventana por donde pueda escapar criatura alguna, salvo que sea un pájaro que vuele, una ardilla o una musaraña —cualquier animal de ese tamaño o más pequeño— porque aquí las ventanas tienen rejas y se cerraron las puertas en cuanto salió nuestro señor. ¡Muerto o vivo, aquí tiene que estar su cuerpo, porque fuera es imposible! Aquí dentro está una buena mitad de la silla, ya la vemos, pero de él nada encontramos, sino las espuelas cortadas, que le cayeron de los pies. Busquemos por todas partes y dejémonos de discursos inútiles, porque aquí tiene que estar: o todos estamos embrujados o nos lo han raptado los demonios.

Así iban todos enardeciéndose, buscando airados por toda la sala, golpeando paredes, lechos y bancos; de los golpes sólo se salvó el lecho donde estaba recostado el caballero, al que ni apalearon, ni tocaron siquiera, pero libraron toda una batalla, dando estacazos a su alrededor, como ciegos buscando a tientas.

Mientras iban hurgando y volcando lechos y taburetes, llegó una de las damas

más bellas que se haya visto en esta tierra —de criatura tan hermosa no se oyó jamás contar palabra—, pero andaba enloquecida de dolor, casi a punto de matarse, alternando arrebatos y desmayos: se alzaba, [vv. 1148-1207] gritando todo lo fuerte que podía, para caer nuevamente sin conocimiento. Cada vez que se levanta del suelo, como una mujer demente, empieza a arañarse, a arrancarse el pelo, retorciéndose las manos, rasgándose las prendas, para volver a desmayarse a cada paso, al ver cómo se llevan, delante de ella, depositado en el ataúd, el cuerpo de su esposo muerto. Piensa que se quedará sin consuelo, y este pensamiento le arranca alaridos de dolor.

En cabeza iban las cruces, el agua bendita y los cirios, con las damas de un convento, luego los evangelios e incensarios, con los clérigos, que administran el bien supremo al que aspira el alma cautiva.

Mi señor Yvain oyó los gritos y el duelo indescriptible —jamás se podrá describir, ni hay quien pueda reflejarlo, ni queda escrito en ningún libro—. Pasó la procesión, pero, en medio de la sala, se creó un inmenso remolino de gente alrededor del ataúd, porque la sangre caliente, clara y bermeja, había vuelto a brotar de la herida: esto era para ellos prueba manifiesta[17] de que, con toda certeza, andaba todavía por el castillo el enemigo que libró batalla con su señor y le causó la muerte. Y la gente venga a buscar y rebuscar, a volcar y hurgar, demudados todos por la angustia y el pavor ante la sangre bermeja, que acababan de ver gotear ante sus propios ojos. Entonces sí que resultó apaleado y golpeado mi señor Yvain, en el lecho donde estaba tendido, pero no se movió de un ápice por ello. Viendo con estupor cómo se abrían las llagas, sin saber por qué sangraban ni a quién delataba la sangre, la gente gritaba cada vez más, repitiendo unos y otros:

—¡Entre nosotros está el que le mató, y no acertamos a verle! ¡Será un sortilegio diabólico!

Enloquecida la dama por el dolor que la estremecía, gritaba fuera de sí:

—¡Ay, Dios! ¿No encontrarán nunca al homicida, al traidor que ha matado a mi noble señor? ¿Noble? ¡No, sino ciertamente, de los nobles, el mejor! Dios verdadero, la culpa será tuya, si de aquí lo dejas escapar. Sólo a ti debo reprochar que lo robes a mi vista. No se ha visto nunca poder [vv. 1208-1269] como el tuyo, ni daño como el que me causas, impidiendo que yo vea a quien está tan cerca de mí. Como no lo veo, tengo que afirmar que aquí entre nosotros han surgido fantasmas o demonios, que han embrujado todo mi ser. ¿O acaso sea un cobarde, puesto que me teme? Sí, acobardado está, cuando me tiene miedo, y de tan insigne cobardía viene el que no se atreva a mostrarse ante mí. ¡Ah! Fantasma, medrosa criatura, ¿por qué te acobardas ante mí, cuando te atreviste ante mi señor? ¿Por qué no te tendré ahora a mi merced? ¡Ya se habría desvanecido tu poder! ¿Por qué no podré apresarte? ¿Pero cómo pudiste tú matar a mi señor, sino por traición? Ya comprendo que tú nunca habrías derrotado a mi esposo, si te hubiera visto —él, que no tenía par en el mundo, a los ojos de Dios ni

a los de los hombres, y ahora no habrá otro que le iguale—. Ciertamente, si tú fueras mortal, no te habrías atrevido con mi señor, a quien nadie podía vencer.

Así se debate la dama, así lucha contra sí, destruyendo toda su persona, y a su alrededor su séquito vuelve a dar pruebas del mayor duelo que se puede mostrar, según van llevando el cuerpo para darle tierra. Tanto han buscado y escudriñado, que se han hartado con la busca, y ya lo dejan con gran pesar, pues no logran ver a nadie que pueda ser sospechoso.

Ya habían celebrado las monjas y el sacerdote el servicio fúnebre y, al volver de la iglesia, fueron a rezar sobre la sepultura. Pero la doncella del aposento no pone en ello todo su cuidado; ella piensa en mi señor Yvain y vuelve pronto a su lado, diciéndole:

—Noble señor, toda una hueste de gente ha estado aquí, descargándose como una tormenta, rastreando cada escondite, con más minuciosidad que un braquete cuando persigue el rastro de una perdiz o de una codorniz. Sin duda, debisteis pasar mucho miedo.

—A fe mía —contesta el caballero—, decís verdad: nunca creí que me asustaría tanto. Sin embargo, si fuera posible, me gustaría ver pasar la procesión, por una ventana o cualquier agujero.

[vv. 1270-1328]

Pero él no tenía el menor interés en ver ni cadáver ni procesión: lo que de verdad habría querido es que se los hubiese llevado el fuego a todos, cien marcos habría pagado para que ardiesen. ¡Qué cien marcos! ¡En verdad, aunque fuesen más de cien mil! Todo lo decía con la esperanza de ver lo único que le importaba: la señora del castillo. Le llevó la doncella hasta una ventana, porque, hasta donde fuera posible, ella quería devolverle el favor que le hizo. Acechando a la bella dama por aquella ventana, mi señor Yvain sorprende sus lamentos:

—Noble señor, Dios tenga vuestra alma en su merced, pues es cierto que jamás montó caballo, que yo sepa, caballero cuyo valor os alcance. En el honor, noble y querido esposo, no hubo nunca caballero que os igualara, ni en la cortesía. Generosidad era vuestra amiga, y valentía compañera vuestra. ¡En compañía de los santos quede vuestra alma, gentil y tierno esposo!

Luego rompe y desgarrá todo cuanto llega a sus manos. Con gran esfuerzo refrena mi señor Yvain el deseo de correr a sujetarle las manos, pase lo que pase. Pero con toda delicadeza y dulzura, la doncella multiplica sus ruegos, consejos, súplicas y exhortaciones, para que se guarde de cometer alguna locura, diciéndole:

—Aquí estáis muy bien. Tened cuidado de no moveros por nada hasta que haya remitido todo este duelo. Dejad que la gente se vaya, que ya se marcharán pronto. Si permanecéis tranquilo hasta entonces, como os lo aconsejo, os podrá ser de gran provecho. Aquí podéis quedaros sentado, viendo a la gente ir y venir, entrar y salir, y

sin que nadie os vea —lo que no es poca ventaja—, pero guardaos de proferir insultos, pues quien se deja llevar de la ira, empeñándose en sermonear y ultrajar a los demás en cuanto tiene fácil ocasión, para mí no está siendo valiente sino cobarde. Tened buen cuidado, si se os ocurre alguna locura, de no llevarla a cabo. Sabio es quien sofoca pensamientos insensatos y se esfuerza en acometer lo razonable dentro de sus posibilidades. Obrad prudentemente, no vaya a ser que tengáis que dejar la cabeza como prenda, sin que os [vv. 1329-1385] paguen rescate. Preocupaos de vuestra persona y acordaos de mi consejo, quedaos tranquilo hasta que vuelva, que no me atrevo a permanecer aquí por más tiempo, pues si se prolongase mi ausencia, acaso empezarían a desconfiar, al no verme con los demás en el bullicio de las gentes, y me regañarían de mala manera.

Con estas palabras, ella se marcha, mientras él se queda solo, sin saber cómo comportarse. Siente gran pesar al no poder llevarse algo del cuerpo de su enemigo, al que están enterrando ante sus ojos, como prueba tangible de haberle dado muerte; si no tiene ningún testimonio fehaciente que pueda mostrar para garantizar la verdad de su parlamento ante la corte, entonces será acusado de infamia, sin escapatoria, porque Kay actúa tan perversa y villanamente, que irá preparado para dispararle acusaciones y arruinarle con sus ataques, justo como hizo aquel día: tiene todavía frescos en la memoria y en carne viva sus insultos y sarcasmos.

Pero con sus dulces mieles, le cura y suaviza Amor novel, que ha invadido su feudo y se ha cobrado su presa: enemiga suya es la dueña de su corazón, pues él ama al ser que más le odia. Sin saberlo siquiera, la dama ha vengado con creces la muerte de su esposo, pues mayor venganza se ha tomado de lo que habría imaginado —ahora ni lo sabe— si Amor no se hubiese encargado de vengarla, hiriendo a su enemigo con tal dulce requerimiento, que con la mirada le traspasa el corazón. Tal golpe dura y duele más que los de una lanza o espada: un golpe de espada pronto cura y sana por arte de un médico, pero herida de Amor peor se vuelve, cuanto más cerca está su medicina.

Herida de esta clase lleva mi señor Yvain, de la que nunca curará, porque Amor le ha subyugado. Amor va trasegando los lugares por donde pasa, y luego se retira, porque no quiere otro huésped ni hospedaje, y prueba su valor abandonando y despreciando los lugares conquistados una vez que se le han entregado. No creo que deje huella en otro sitio, pero busca en lugares aun detestables, Es una [vv. 1386-1446] gran lástima cuando Amor es tan vil como para albergarse en el peor lugar que encuentra, como si fuera el mejor hospedaje. Pero esta vez, en cambio, le acoge una morada noble, un lugar donde gustará de morar y demorarse. Así debería comportarse siempre Amor, que es de muy noble naturaleza, porque no deja de ser sorprendente que se atreva vergonzosamente a alojarse hasta en los lugares más infames. Se parece entonces al que derrama bálsamo sobre el polvo, al que odia el honor y gusta de la

deshonra, al que incorpora hollín a la miel y mezcla azúcar con la hiel. Pero en esta ocasión, Amor se ha alojado en un feudo franco y noble y esto nadie se lo puede reprochar.

Después del entierro, marchóse toda la gente: no quedaron ni clérigos, ni caballeros u hombres de armas, ni damas, salvo la que no oculta su dolor. Ella permanece sola y a menudo se lleva las manos a la garganta, aprieta los puños, se golpea las palmas, otras veces lee sus salmos en un salterio iluminado con letras de oro.

Mi señor Yvain sigue apostado en la ventana, desde donde la contempla; cuanto más la mira, más hermosa la encuentra. ¡Cuánto quisiera que dejase sus llantos y su lectura y consintiera en conversar con él! Amor le ha conquistado en la ventana, arrojándole a este querer, que le desespera porque no puede pensar ni creer que tal deseo llegue a cumplirse y así se debate:

—Por loco puedo tenerme, cuando quiero lo que nunca podré poseer: a su esposo herí de muerte, ¡y pienso que hará las paces conmigo!

»¡A fe mía, como si no supiera que ahora ella me odia y con todo derecho!

»“Ahora”, dije, hablando con sabiduría, porque la mujer tiene más de cien estados de ánimo y esta tesitura, en la que ahora se encuentra, quizá cambie pronto.

»Y sin “quizá”: seguro que cambiaré y estoy loco por desesperarme. Dios le conceda cambiar pronto de parecer, pues si así lo quiere Amor, me es preciso quedar en su poder para siempre: quien no accede de buen grado al requerimiento de Amor en cuanto le atrae a su vera, comete [vv. 1447-1505] traición y villanía, y lo afirmo para que lo oiga quien quiera, no tiene derecho a ningún gozo.

»En cuanto a mí, no desmereceré y siempre amaré a mi enemiga, porque no debo odiarla, si a Amor no quiero traicionar: lo que quiere Amor, debo yo amar.

»Pero ¿y ella? ¿Debe llamarme su amigo? Claro que sí, porque yo la amo, y yo la llamo enemiga mía, porque me odia, con todo derecho: yo he matado al objeto de su amor.

»¿Soy enemigo suyo entonces? Ciertamente no lo soy, sino su amigo.

»¡Cuánto suplicio padezco por sus hermosos cabellos! Nada creí amar nunca tanto. De tanto como relucen, su belleza sobrepasa la del oro fino. Me incendia e irrita el alma con ira al verlos romper y destrozarse.

»¡Que no pueda jamás enjugar las lágrimas que caen de sus ojos! ¡Cuánto me disgusta todo ello! Ojos tan hermosos nunca se vieron, pese a estar llenos de incesantes lágrimas. Me duele cuanto llora y nada me causa tal congoja, como verla herirse un rostro, que no hubiese merecido tal martirio: nunca vi otro tan bien dibujado, ni tan fresco de color.

»Pero me descorazona sobre todas las cosas el que sea su propia enemiga. Realmente, no finge e intenta todo lo posible para destruir la belleza de su rostro,

cuando no hay cristal tan transparente ni tan pulido espejo.

»¡Dios mío! ¿Por qué comete tan gran locura hiriéndose las manos? ¿Por qué retuerce sus preciosas manos y se araña el pecho? ¿No sería pura maravilla verla alegre, cuando enfurecida resulta tan bella?

»Sí, es verdad, puedo jurarlo, Naturaleza jamás pudo sobrepasarse hasta tal punto, como creando esta belleza: ha sobrepasado la medida, ¿o acaso no ha tenido parte en esta obra?

»¿Cómo pudo ser esto? ¿De dónde surgió tan gran belleza? Dios la hizo, con su mano desnuda, para que la Naturaleza se quedase soñando. Podría malgastar todo su tiempo, si quisiera imitarla, porque ya ni Dios podría volver [vv. 1506-1561] a traer al mundo, si se empeñara, semejante criatura ni, creo yo, a nadie podría enseñar tal modelo, por más que se esforzara...

Así describe mi señor Yvain a la dama, quebrantada por el duelo, y nunca ocurrió, que yo sepa, que un hombre apresado, con tal suerte como la de mi señor Yvain, es decir, temiendo por su vida, amase tan locamente a quien acaso jamás, ni él ni otro de su parte, pudiese requerir de amores.

Permaneció en la ventana, hasta que vio cómo retornaba la dama, y se dio cuenta de que ya habían bajado ambas puertas corredizas.

Cualquier otro, que prefiriese la libertad al confinamiento, se habría preocupado por ello, pero a él, que las cierran o que las abran, le resulta igual: ciertamente, no se iría por nada del mundo si se las abriesen, ni si la dama le diese licencia para marcharse perdonándole generosamente la muerte de su esposo, para que se marchara sin nada que temer, porque Amor y Deshonor le retienen, enfrentándosele por ambos lados: si se marcha, quedaría deshonrado, porque nadie iba a creer que hubiera logrado tal hazaña; por otra parte, siente tal deseo de volver a ver a la hermosa dama, aunque otro favor no le fuera posible alcanzar, que no le importa el cautiverio: prefiere morir que irse.

Pero vuelve la doncella, queriendo hacerle compañía, darle solaz y esparcimiento, buscar y traerle cuanto quiera y se le antoje. Ella le encuentra preocupado y debilitado por el amor que le domina.

—Mi señor Yvain —pregunta—. ¿Cuál ha sido vuestra suerte desde que me fui?

—Una suerte —contesta— que me ha tenido muy complacido.

—¿Complacido? ¡Por Dios! ¿Decís verdad? ¿Cómo puede quedar complacido quien ve cómo le persiguen para matarle? ¡A no ser que ame y desee su muerte!

—Ciertamente —dice—, dulce amiga mía, no quisiera morirme por nada del mundo, porque mucho me complació [vv. 1562-1611] lo que vi, y Dios me sea testigo, me complace todavía y me complacerá siempre.

—Dejemos por ahora este asunto —contesta la doncella, que sabe captar muy bien el significado de sus afirmaciones—, no soy tan necia ni tan insensata como para

no entender perfectamente vuestras palabras, pero ahora seguidme, que trataré de haceros salir de esta prisión; esta misma noche o mañana, si os place, os dejaré a salvo en buen lugar; pero venid ahora, que os conduciré.

—Tened por seguro —replica— que de aquí no saldré en mucho tiempo, ni tampoco a hurtadillas como un furtivo. Cuando toda la gente esté reunida ahí afuera, en medio de las calles, entonces es cuando saldré, porque resultará más honroso que hacerlo de noche.

Y con estas palabras, penetró tras ella en el pequeño aposento. La doncella, que era muy lista, se afanó en servirle generosamente, y no reparó en obsequiarle con todo lo que necesitase.

Después de marcharse, ella se estuvo acordando de cómo el caballero le dijo cuánto le había complacido lo que vio, a pesar de que le anduviesen buscando por la sala unas gentes que le odiaban a muerte.

Esta doncella estaba tan a bien con su señora, que no había nada que no se atreviese a contarle, siempre que fuera importante, ya que ella era su gobernanta y dama de honor. ¿Cómo iba a sentir temor por dar consuelo a su dama, aconsejándole por su bien? Así que la primera vez que pudo hablarle a solas, le dijo:

—Señora, me sorprende mucho tan descomedido comportamiento por vuestra parte. ¿Pensáis acaso, señora, que con vuestro duelo llegaréis a recobrar a vuestro esposo?

—¡Ay!, de ninguna manera —exclama—, pero si fuera por mí, ya me habría muerto de dolor.

—¿Por qué?

—Para seguirle.

—¿Seguirle? Dios os guarde y devuelva tan buen esposo como está en su poder.

[vv. 1612-1667]

—Nunca has dicho semejante mentira: jamás podría devolverme otro tan bueno.

—Otro mejor todavía, si queréis tomarlo. Os lo demostraré.

—¡Cállate y desaparece de mi vista! Nunca encontraré otro igual.

—Sí podríais, señora, si aceptarais. Pero ahora decidme sin enfadaros, ¿vuestra tierra, quién la defenderá cuando llegue el rey Arturo, que la semana próxima ha de acudir al escalón y a la fuente? ¿Es que no habéis recibido recado sobre ese asunto en la carta que os mandó la Doncella Salvaje? ¡Ay! ¡Qué bien ha empleado ella el tiempo! Cuando deberíais estar preparándoos ahora mismo para defender vuestra fuente, no cesáis de llorar. No deberíais demorar esta decisión, querida señora, pues es cierto que, como bien sabéis, todos los caballeros que tenéis no valen una camarista: hasta el que más se precie, no cogerá ni escudo ni lanza. Tenéis a mucha gente, pero cobarde toda ella, y no habrá ninguno con suficiente audacia para montar su caballo, mientras el rey que viene con su ejército se apoderará de todo sin

encontrar resistencia.

La dama lo sabe muy bien y piensa que le aconseja con buena fe, pero lleva dentro una especie de locura, común a otras mujeres: todas, o casi, se comportan de tal manera, que revelan su insensatez negándose a aceptar su propia voluntad.

—¡Márchate! —contesta—. Déjame en paz. Si alguna vez te oigo mencionar este asunto, lamentarás haberlo hecho. Pero desaparece ya, pues demasiado enojo me causan tus discursos.

—¡Enhorabuena, señora! —exclama—. Cómo se ve que sois mujer, pues las mujeres suelen enfadarse al oír a quienes sólo pretenden darles un buen consejo.

Se marchó entonces, dejando sola a la dama, que volvió a darse cuenta de cómo se había equivocado: hubiese querido saber cómo podría la doncella demostrarle que era posible encontrar mejor caballero de lo que había sido su esposo. De buen grado se lo oiría contar, pero ella misma se [vv. 1668-1729] lo había prohibido. Con este pensamiento, espera la vuelta de la doncella, que no tiene en cuenta la prohibición y le vuelve a decir:

—¡Ah, señora, os parece mérito el mataros de dolor! Por Dios, no os castigéis así, renunciad a esta deshonra: a dama de tan alto linaje, no conviene mantener tan largo duelo, Acordaos de vuestra honra y de vuestra cortesía. ¿Es que pensáis que toda proeza ha muerto con vuestro señor? Otros tan buenos o mejores quedan en el mundo.

—¡Dios me confunda si no mientes! Y sin embargo nómbrame un solo caballero que haya dado pruebas de valentía como hizo mi esposo a lo largo de su vida.

—Y vos no me lo agradeceríais, sino que volveríais a enojaros y a amenazarme.

—No, te doy mi palabra de que no lo haré.

—Así sea, para vuestra felicidad futura, si la aceptáis, ¡y Dios quiera que lo decidáis así! No veo razón por la que deba callar, ya que no hay nadie para escuchar ni oírnos. Acaso me tendréis por impertinente, pero me parece que bien puedo haceros esta pregunta: cuando dos caballeros han librado combate, midiéndose con las armas, ¿cuál de los dos creéis que vale más, si uno vence al otro? Por lo que a mí respecta, doy el premio al vencedor, ¿y vos?

—Me parece que me estás tendiendo una trampa, y que me quieres coger con la palabra.

—A fe mía, podéis entender que yo voy por el camino de la verdad, y os estoy demostrando irrefutablemente que tuvo más valor que vuestro esposo el que le venció: le derrotó y persiguió atrevidamente hasta aquí, encerrándole además en su propia casa.

—¡Nunca oí tamaño disparate! ¡Este es el mayor que se me ha dicho! ¡Vete, malévola, y nunca vuelvas a mencionar ante mí una sola palabra sobre ese caballero!

—Ciertamente, señora, ya sabía yo muy bien que no tendría de vos la menor

gratitud, y ya os lo dije antes, pero me habíais prometido que no os ibais a enojar, ni guardarme rencor por ello. Mal habéis cumplido vuestra promesa y así me ha ocurrido: vos me habéis dicho cuanto habéis [vv. 1730-1780] querido, y yo he perdido buena ocasión de callarme.

Tras estas palabras, vuelve la doncella a su aposento, donde demora mi señor Yvain, a quien cuida, colmándole de todas las atenciones. Pero a él no hay nada que le agrade, si no puede ver a la dama. En cuanto a las propuestas en su favor que hace la doncella, él no sospecha ni sabe nada.

Sin embargo toda la noche, la dama, muy preocupada como estaba por defender su fuente, estuvo haciéndose graves reproches a sí misma. Así empieza a arrepentirse de haber reprobado, regañado y maltratado a su doncella, porque tiene la absoluta certeza de que ella nunca le propondría algo por interés de premio o recompensa, o por favorecer al caballero: la ama más a ella que a él, y no le aconsejaría por nada del mundo algo deshonesto o que le causara perjuicio, porque es demasiado leal amiga suya. Y con este pensamiento, vierais cambiar a la dama; cree que nunca, a ningún precio, volverá a hacerlo, y que debe amarla de todo corazón. En cuanto al caballero que acaba de rechazar, buscará muy leales argumentos para disculparle: según la razón y el derecho, no la ha ofendido en nada, Con gran ardor, empieza a llevar el debate, como si estuviera en un pleito y tuviese enfrente al acusado:

—Entonces, ¿pretendes negar —exclama— que de mano tuya muriese mi señor?

—De tal hecho no sólo no reniego —contesta—, sino que os lo confieso sin reparo.

—Dime entonces por qué lo hiciste. ¿Para causarme daño? ¿Por odio o por desprecio?

—¡Muera yo al instante si lo hice por causaros daño!

—Entonces tú no me has ofendido en nada, ni tampoco hacia él tuviste culpa alguna, porque, de haber podido, él también te hubiera matado.

»Me parece que con justicia he juzgado, y que este es fallo conforme a derecho.

Así se demuestra a sí misma, encontrando argumentos en la justicia y la razón, que no tiene derecho a odiarle, y siguiendo el discurso de su propio deseo, se enciende en [vv. 1781-1831] su mismo ardor, como un humeante fuego, que de repente prende en vivas llamaradas, sin que le atice ningún soplo de aire.

Y si ahora viniese la doncella, sin duda ganaría la causa por la que tanto abogó, y que le valió copiosas recriminaciones.

A la mañana siguiente, volvió aquélla y retomó sus latines donde los había dejado, mientras la dama le escuchaba cabizbaja, sintiéndose culpable de haberla amonestado tan injustamente. Esta vez trata de enmendar su conducta y le habla con prudencia y humildad, para preguntarle el nombre del caballero, su condición y linaje.

—Quiero implorar vuestro perdón por el grave ultraje y la manera orgullosa e insensata en que os hablé. Ahora seguiré los preceptos de vuestra escuela. Pero decidme, si lo sabéis, este caballero, del que me habéis hablado tanto, ¿qué clase de hombre es y de qué casa o linaje? Si me iguala en rango, y no hay obstáculo por su parte, le haré, os lo prometo, señor de mi tierra y de mi persona. Pero convendrá llevar este negocio de tal forma que yo no dé que hablar, ni se pueda decir de mí: esta es la que se casó con el que mató a su esposo.

—En el nombre de Dios, señora, así se hará. Tendréis además el esposo más noble, más cortés y más hermoso que nunca salió de linaje de Abel.

—¿Cómo se llama?

—Mi señor Yvain.

—A fe mía, no tiene nada de villano, sino que es de noble alcurnia este nombre. Ya lo sé: es el hijo del rey Urién.

—Ciertamente, señora, decís verdad.

—¿Y cuándo podremos tenerlo?

—Dentro de cinco días.

—Es un plazo demasiado largo, y si dependiese de mí, ya estaría aquí. ¡Que venga esta misma noche o mañana a más tardar!

—Señora, no creo que siquiera un pájaro pueda volar tanto en un solo día. Pero le mandaré recado despachando a uno de mis mozos, muy experto jinete, que será capaz, [vv. 1832-1889] creo yo, de llegar a la corte del rey Arturo mañana por la noche, porque antes imposible dar con el caballero.

—¡Demasiado largo y holgado es este plazo: los días son largos! Decidle pues que cabalgue más rápido de lo que acostumbra, para estar de vuelta aquí mañana por la noche, porque a nada que quiera esforzarse, de dos jornadas podrá hacer una: cuando de noche luzca la luna, que haga como si fuera de día, y yo le regalaré todo cuanto desee cuando vuelva.

—Dejadlo a mi cuidado y le tendréis a vuestro lado dentro de tres días, a más tardar. Mañana convocaréis a vuestra gente y pediréis consejo acerca de la llegada del rey. Para mantener la costumbre os será preciso tomar buenas medidas en defensa de vuestra fuente, y como no habrá nadie, ni siquiera de alta condición, que se atreva a arrostrar el desafío, podréis decir entonces con perfecto derecho que os convendría casaros: que os requiere de amores un muy afamado caballero, pero que no os atrevéis a tomarlo por esposo, si no os lo aconsejan unánimemente y asumen la responsabilidad de tal compromiso.

»Ya me conozco yo a los cobardes, que con tal de que otros se encarguen de llevar el peso que ellos mismos tendrían obligación de cargar, caerán de rodillas a vuestros pies para agradecer vuestra decisión, porque así quedarán librados de su propio miedo. Pues quien se asusta de su misma sombra cuida de evitar, si puede,

encontrarse con lanza o dardo, que no son artes para cobardes.

—A fe mía, eso es justo lo que deseaba y acepto gustosa vuestro plan, pues había pensado precisamente lo que acabáis de exponer, y así lo haremos. ¿Pero por qué seguís aquí? Marchaos. No os demoréis más. No descanséis hasta traerle y, mientras, yo convocaré a mis gentes.

Así terminan ambas su parlamento. La doncella finge mandar un correo hasta la tierra de mi señor Yvain para ir a su busca. Mientras tanto, le da un baño diario, le lava y alisa el cabello; también le va preparando una túnica de escarlata bermeja, forrada de petigrís, aún espolvoreada con tiza[18] y no regatea en nada cuando pueda contribuir a [vv. 1890-1935] ataviarle vistosamente: para abrocharle al cuello, un firmal de oro, engastado con piedras preciosas, que labran los orfebres de este país con una gracia exquisita y, colgada de la cintura, una escarcela de rico brocado.

Cuando ya lo tiene embellecido con todos sus arreos, anuncia secreta y sigilosamente a la dama que su mensajero está de vuelta y su misión cumplida con pleno acierto.

—¿Pero cómo! —exclama—. ¿Y cuándo vendrá mi señor Yvain?

—Si ya está aquí.

—¿Que está aquí? ¿Pues que venga entonces aprisa, ahora mismo, aunque con gran discreción y sigilo, y siempre que me encuentre a solas. Cuidad que no venga nadie más, porque un cuarto testigo me resultaría odioso.

Sale entonces la doncella para volver al lado de su huésped, pero no le muestra en su rostro la alegría que anida en su corazón, sino que le cuenta la situación, como si su dama supiera que ella le ha guardado entre estas paredes, diciéndole:

—A Dios gracias, mi señor Yvain, ya no es menester ocultaros, pues han progresado tanto vuestros asuntos, que ya sabe mi señora que estáis aquí, por lo que me ha hecho graves reproches y he merecido sus reprimendas y su enojo; pero me ha dado garantía de que os puedo conducir ante su presencia, sin que tengáis que sufrir ningún percance o acechanza. No os causará ningún daño, creo yo, con una sola condición que os debo confesar, pues de otro modo os traicionaría y llevaría a engaño: quiere teneros en su prisión, y así como quiere tener a vuestro cuerpo encarcelado, también vuestro corazón.

—Ciertamente —contesta el caballero—, no me causará ningún pesar, pues deseo fervorosamente quedarme preso en su cárcel.

—Preso habéis de quedar, os lo juro, por esta mano diestra con la que ahora os retengo. Venid ya, pero os aconsejo que os comportéis con mucha humildad, para que no se os haga dura la prisión. Pero no os asustéis: cárcel de esta especie, pienso yo que no os ha de resultar muy penosa.

[vv. 1936-1985]

Le lleva entonces la doncella, que tan pronto asusta al pobre caballero como le

tranquiliza, y le habla, jugando a disfrazar sus palabras, de esta prisión donde le van a encerrar, pues no hay amigo que no conozca de amor el cautiverio, y ella piensa que tiene derecho a reivindicar esta cárcel, fuera de la cual no hay amigo.

La doncella lleva de la mano a mi señor Yvain hasta el lugar donde ha de ser muy amado, pero él en cambio teme ser muy mal acogido —temor que no tiene nada de extraño.

Hallaron a la dama, sentada encima de una rica colcha bermeja. Mi señor Yvain se llevó, os aseguro, un gran susto en el umbral de la habitación donde se encontraba la dama, que no se inmutó y siguió sin decir palabra; este prolongado silencio fue lo que le atemorizó y se quedó aturdido por el miedo, porque llegó a pensar que había sido traicionado. Se mantuvo en el umbral sin dar un paso, hasta que tomó la palabra la doncella y exclamó:

—¡Maldita sea quinientas veces quien lleva a la habitación de una hermosa dama a un caballero que no se le acerca, ni tiene lengua, ni boca, ni ingenio para saber abordarla!

Entonces ella le sacude y le agarra del brazo diciéndole:

—Venid acá, caballero, no tengáis miedo, que mi señora no os morderá. Pedidle paz y concordia y yo os apoyaré para rogarle que os perdone la muerte de su esposo, Esclados el Pelirrojo.

Mi señor Yvain, que al punto se ha arrodillado, le suplica juntando las manos, como un leal amigo:

—Señora, verdaderamente, yo no imploraré vuestra clemencia, sino que os he de agradecer cualquier tratamiento que me queráis dar, porque, viniendo de vos, no me podría desagradar ninguno.

—¿Ninguno, señor? ¿Y si mando mataros?

—Señora, os lo agradeceré y nunca me oiréis quejarme.

—¡Jamás —exclama ella— oí algo parecido: abandonáis a mi merced toda vuestra persona por libre albedrío y sin que yo os obligue a ello!

[vv. 1986-2027]

—Señora, no mentiré si os digo que no hay fuerza en el mundo que me obligue, salvo la que me ordena doblegarme en todo ante vuestra voluntad. Nada temo cumplir de lo que os plazca mandarme, y si pudiera enmendar la muerte con la que os he ofendido, la enmendaría sin reparos.

—¿Cómo? —replica la dama—. Contestadme, y así quedaréis libre de expiar vuestra culpa, si al matar a mi esposo, no habéis sido culpable ante mí.

—Señora —responde—, perdonadme si os pregunto: cuando me atacó vuestro esposo, ¿qué culpa tuve al defenderme? Si un caballero quiere matar o apresar a otro y su adversario le mata en defensa propia, decidme si este último es culpable.

—En absoluto, si se atiende al derecho. Pienso además que aunque os condenase

a muerte, de nada me serviría. Me agradecería mucho saber, en cambio, de dónde viene esta fuerza que os manda plegaros a mi voluntad, sin ningún reparo. Sentaos, y os dejaré libre de toda culpa y reparación, si me contáis cómo os tiene así de esclavizado y dominado.

—Señora —contesta mi señor Yvain—, de mi corazón, que os pertenece, surge esa fuerza; es mi corazón el que me arrojó a este querer.

—Y al corazón, hermoso y tierno amigo, ¿quién le subyugó?

—Mis ojos, señora.

—Y a los ojos, ¿quién?

—La gran belleza que vi en vos.

—Y la belleza, ¿de qué tiene la culpa?

—De tanto hacerme amar, señora.

—¿Amar? ¿A quién?

—A vos, mi amada señora.

—¿A mí?

—Así es, en verdad.

—¿De qué manera?

—De tal manera que no puede existir amor más grande, de tal suerte, que de vos no se aparta mi corazón, ni jamás puedo hallarlo en otro lugar. Hasta tal punto, que en [vv. 2028-2078] ninguna otra morada puedo albergar mis pensamientos. Tal que a vos me entrego por entero y os amo más que a mí mismo, y que a vuestra merced y discreción, por vos quiero morir o vivir, según os plazca.

—¿Y os atreveríais a emprender combate en mi nombre, en defensa de mi fuente?

—Sí, ciertamente, señora, contra la humanidad toda.

—Sabed entonces que acordamos la paz entre nos.

Y así, en tan breve plazo, quedaron reconciliados. La dama, que antes había reunido en consejo a sus barones, le dice:

—Vayamos hasta aquella sala, donde están mis consejeros, que acaban de autorizarme a que vuelva a tomar esposo, por la necesidad que ven en ello. Allí mismo, me entregaré a vos, sin buscar más lejos otro pretendiente, pues no debo rechazar como esposo a buen caballero e hijo de rey.

Así vio logrados y cumplidos la doncella todos sus propósitos. En cuanto a mi señor Yvain —os lo puedo atestiguar— no sintió ningún enojo por tan feliz desenlace, ni cuando se lo llevó consigo la dama hasta la sala, que estaba llena de caballeros y hombres de armas a su servicio. Todos quedaron admirados ante la nobleza de mi señor Yvain; a su llegada se levantaron e inclinándose para saludarle, fueron comentando lo que ya adivinaban:

—Este es el que tomará por esposo nuestra señora. Maldito quien se lo prohíba, pues parece un caballero de una nobleza admirable. Ciertamente, él sería digno

esposo hasta de la emperatriz de Roma. ¡Ojalá le hubiera jurado ya fidelidad y ella le hubiese prometido su mano! Así, hoy mismo o mañana, podrían casarse.

Estos comentarios se iban oyendo y otros del mismo estilo. Al fondo de la sala, había un banco, donde fue a tomar asiento la dama, de modo que toda la asamblea podía verla. Mi señor Yvain pareció querer sentarse a sus pies, pero ella le hizo levantarse, para que estuviese a su lado. Luego, invitó a su senescal a tomar la palabra, para que le oyeran todos.

[vv. 2079-2126]

Empezó entonces su parlamento el senescal, que era hombre prudente y sensato:

—Señores —dice—, nos amenaza una guerra: no hay día que el rey no mande preparar cuanto dispone, para atacar y devastar nuestras tierras. Antes de que pasen dos semanas, toda nuestra tierra quedará asolada, si no encuentra un buen defensor. Cuando mi señora se casó, no hace seis años todavía, lo hizo por consejo de sus señorías, pero su esposo ha muerto, lo que la sume en la aflicción.

»Ahora quien tuvo a todo este país y lo llevó con tan buen gobierno, sólo posee una toesa de tierra. ¡Cuánto debemos lamentar la pérdida tan temprana! La mujer no puede llevar escudo ni golpear con la lanza, pero sí, en cambio, enmendar su estado y elevar su rango, tomando esposo de alta condición. En esta necesidad, más fuerte que nunca, se encuentra ahora nuestra señora; así que debéis aconsejarle todos que tome esposo, para preservar la costumbre que ha mantenido a este castillo, desde hace más de sesenta años.

Después de oír estas palabras, todos manifiestan su acuerdo con esta propuesta, que les parece justa. Luego, rodean a la dama, cayendo a sus pies, ansiosos por conocer su decisión.

Ella se hace de rogar para aceptar lo que más le agrada, hasta que al final, otorga, como si fuera a su pesar, lo que habría llevado a cabo, aunque todos, uno por uno, se hubiesen opuesto, y declara:

—Señorías, puesto que os complace oírme, os diré que este caballero, aquí sentado a mi lado, me ha rogado y requerido con insistencia: quiere ponerse a mi servicio, para defender mi feudo y mi persona, como hombre ligio, lo que le agradezco; vuestras señorías también se lo agradecerán.

»Ciertamente, hasta el día de hoy no le había visto nunca, pero sí había oído nombrar a menudo a este afamado caballero, pues es hombre de alto linaje: ¡sabed que es hijo del rey Urién!

»Además de ser de tan elevada condición, es de tal valentía, cortesía e ingenio, que nadie me debe desaconsejar esta unión. Todos, creo yo, habéis oído hablar de mi señor [vv. 2127-2179] Yvain de forma elogiosa, pues él en persona es quien pide mi mano: así que tomaría por esposo, si llega ese día, a un caballero de más alto linaje que el de mi propio rango.

Y todos exclaman:

—Si obráis sabiamente, no pasará el día de hoy sin que se celebren los esponsales, pues negocio provechoso es insensato demorarlo, aunque sólo sea por una hora.

Tanto insisten rogándole, que ella otorga lo que hubiese hecho contra viento y marea, pues Amor le manda cumplir aquello para lo cual pide consejo y aprobación, pero a mayor honra se casará, si tiene licencia de su mesnada. Tantos ruegos no le importunan, sino bien al contrario, le aguijonean el corazón e incitan a seguir su inclinación: caballo que trota, al galope se lanza, en cuanto se le espolea.

Delante de todos sus barones, se entrega la dama a mi señor Yvain, y él recibe, de la mano de su capellán, a Laudina de Landuc, hija del duque de Laududez, aquel héroe del que se canta un cuento. Aquel mismo día, sin demora, la tomó por esposa y se celebraron los esponsales. Se congregaron multitud de cruces y mitras, por tantos obispos y abates como había convidado la dama, y acudieron muchas personas de alta nobleza; en fin, cundió la alegría y el regocijo más de lo que os podría contar, aunque empleara mucho tiempo en hacerlo, y por esta razón ahora prefiero callarme, en vez de seguir con esta historia.

Ahora mi señor Yvain es el dueño y señor, y olvidado queda el muerto. Quien le mató tomó a su viuda y ambos comparten el mismo lecho. La gente tiene al vivo en mayor aprecio y estima de los que dispensaron al difunto. Se pusieron a su servicio con mucho afán durante las bodas, que duraron hasta las vísperas del día en que el rey llegó, con su séquito, hasta la fuente y el escalón prodigioso. En esta aventura, cabalgaba el rey al frente de toda su mesnada, pues no había dejado allí ni uno solo de sus hombres.

—¡Por Dios! —dijo mi señor Kay—. ¿Qué habrá sido de mí señor Yvain, que no ha venido, después de tanto [vv. 2180-2228] presumir en la sobremesa de que iría a vengar a su primo? Me imagino que habrá huido, porque no se hubiera atrevido a venir aquí, por nada del mundo. Todo fue pura jactancia, y soberbia desmesura. Muy osado hay que ser, para osar atribuirse unos méritos que los demás no le conceden y afianzar su fama sobre el mero testimonio de una vanagloria falaz. Dista mucho el cobarde del valiente: el primero discurre junto al fuego, deshaciéndose en elogios sobre su propia persona y toma por necios a los demás, a nada que sospeche que no goza de su aprecio. El segundo, en cambio, sentiría angustia al oír relatar en su presencia tantas proezas como acometió. Sin embargo, la verdad es que estoy completamente de acuerdo con el cobarde: no se equivoca al pensar que, si no hablase él mismo a su favor, ¿quién iba a hacerlo? Cierto es que los heraldos callan sus nombres, cuando pregonan las hazañas de los valerosos por las cuatro esquinas, y a los cobardes mandan a tomar vientos, así que no encuentran a nadie que mienta en beneficio suyo.

Estos comentarios iba haciendo mi señor Kay, pero intervino mi señor Gauvain:

—¡Piedad, mi señor Kay, piedad! Mi señor Yvain no está aquí todavía, pero vos ignoráis qué tarea le retiene. Tened por cierto que él jamás se rebajó a hablar mal de vos, pues sabe demasiado de cortesía para actuar de forma tan villana.

—Señor —contesta Kay—, me callo y hoy no me oiréis hablar más de este asunto, pues veo que os enoja.

Entonces el rey, que quería presenciar el aguacero, vertió la vasija llena de agua encima del escalón, debajo del pino, e inmediatamente empezó a llover, y caían chuzos de punta.

No tardó nada en llegar mi señor Yvain, que ya había entrado armado en el bosque, y venía galopando sin parar, montado en un caballo muy grande, recio, fuerte, rápido y fogoso.

A mi señor Kay se le antojó abrir combate, pues sin importarle el desenlace, siempre quería empezar justas y [vv. 2229-2280] torneos, enfureciéndose mucho si no se le concedía este honor. En presencia de todos, se cae de rodillas ante el rey, rogándole que le deje emprender la batalla.

—Kay —dice el rey—, puesto que os complace y lo habéis solicitado el primero, no se os debe vedar el honor de esta batalla.

Kay le da las gracias y monta su caballo. Mi señor Yvain se alegraría y sentiría gran satisfacción, si pudiera ahora humillar a este fanfarrón, al que ha reconocido fácilmente por sus armas. Coge el escudo por las enarmas, y Kay el suyo. Agujoneando sus caballos, se lanzan uno contra otro, bajando las lanzas, que tenían apoyadas en lo alto, hasta sostenerlas sólo por las empuñaduras. Con tal ansiedad se enfrentan y se esfuerzan con sus golpes al chocar, que ambas lanzas rompen a la vez, y se les van resquebrajando en los puños.

Tan fuerte golpe le asesta a Kay mi señor Yvain, que le hace caerse de la silla, dar una voltereta e hincársele el yelmo en la tierra. No le quiere infligir más castigo mi señor Yvain, que ahora descabalga y le quita el caballo a su adversario.

Se alegraron muchos de los que contemplaban la justa, y hubo algunos para decirle:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Qué bien os sienta estar ahí derrumbado, cuando no habéis dejado de despreciar a los demás! Pero es de justicia que os hayan perdonado la vida, porque no habíais conocido todavía la derrota.

Mientras tanto, se acercó mi señor Yvain ante el rey, llevando el caballo por la brida, porque lo quería devolver, y así se lo manifestó:

—Señor, mandad recoger este corcel, porque haría mal quedándome con algo que os pertenece.

—¿Pero quién sois vos? —pregunta el rey—. Sólo por la voz me costaría reconocerlos, si no os viese u oyese nombrar.

Entonces revela su nombre mi señor Yvain, y es tan grande para Kay la humillación, cuando él ha acusado a su vencedor de haber huido, que ahora no sólo queda [vv. 2281-2337] derrotado, sino también aturdido por la vergüenza, mudo y anonadado.

Los demás, en cambio, se alegran mucho y celebran gozosamente que el honor de mi señor Yvain haya salido victorioso. Hasta el rey mostró satisfacción y agrado, pero el júbilo de mi señor Gauvain superó con creces al de cualquiera, porque apreciaba la compañía de mi señor Yvain por encima de la de cuantos caballeros conocía.

El rey le pide encarecidamente que les cuente, si no le importa, qué hazañas había acometido hasta llegar aquí, pues tenía gran deseo de conocer su aventura, y le invita a relatarla lo más fielmente posible. Todo les fue contado entonces por mi señor Yvain: la generosidad con que le trató la doncella y el favor que le hizo. No faltó palabra a su relato, ni se olvidó de ningún detalle. Luego rogó al rey que le acompañase a su castillo, para hospedarse allí, con todos sus caballeros, pues albergarles bajo su techo sería para él un honor y un placer. Contestó el rey que gustosamente le haría compañía, durante ocho días enteros, con toda amistad y alegría. Se lo agradece mi señor Yvain, y sin demora montan sus caballos para encaminarse hacia el castillo. Pero mi señor Yvain manda por delante de la comitiva a un escudero con un halcón grullero para avisar a la dama, que no le sorprenda una llegada inesperada y que sus gentes fueran adornando sus mansiones en honor al rey.

Cuando se entera la dama de la llegada del rey, siente gran alegría, y no hay nadie que no se ponga contento al oír la noticia, ni al que deje de importarle tal acontecimiento. La dama convoca a todos, para aconsejarles que vayan al encuentro del rey, y ellos, sin discutir ni regañar, cumplen su deseo de buen talante.

Al encuentro del rey de Bretaña van todos montados sobre grandes caballos españoles, y saludan con una fuerte ovación, al rey Arturo primero, y luego a todos los de su séquito:

—¡Bienvenida sea —gritan— esta compañía de tan valientes caballeros!
¡Bienvenido sea quien les lleva y nos trae a tan valiosos huéspedes!

[vv. 2338-2392]

El castillo entero resuena del júbilo con que se celebra la llegada del rey. Paños de seda se han desplegado afuera, a modo de adorno, y con alfombras encima del pavimento, han tapizado las calles en honor del rey, cuya llegada aguardan. En sus preparativos, no se han olvidado de resguardar del sol al rey, y han dispuesto colgaduras que cubren las calles de un lado a otro. Campanas, cuernos y trompas retumban en el castillo con tal estruendo, que no se oiría ni a Dios tronar. Por donde bajan las doncellas, suenan flautas y violas, zampoñas, panderos y tambores. En otros lugares, ágiles saltimbanquis dan muestra de su arte, con saltos y piruetas. Todos rivalizan en festiva alegría, y preparan con gozo una acogida a la altura de tal

circunstancia.

Ahora ha salido la dama, que lleva un atuendo digno de una emperatriz: vestido ribeteado de armiño nuevo, y en la cabeza, una diadema, toda engarzada de rubíes. De su rostro ha desaparecido toda huella de enojo y la dicha ilumina su sonrisa — resultaba, a mi parecer, más hermosa que una diosa.

Todo el gentío se arremolinaba alrededor, gritando una y otra vez:

—¡Bienvenido sea el rey, señor de todos los reyes y señores de este mundo!

Se queda el rey sin poder contestar a todos y ahora ve venir hacia él a la dama, que esboza el gesto de sujetarle el estribo; como el rey adivina su intención, se le adelanta, apresurándose en desmontar. Cuando ha descabalgado, ella le saluda con estas palabras:

—¡Bienvenido cien mil veces sea el rey mi señor, y bendito su sobrino, mi señor Gauvain!

—¡Alegría tengan vuestro cuerpo y vuestro espíritu, hermosa criatura —contesta el rey—, y que seáis muy dichosa!

Luego el rey la abrazó, cogiéndola por la cintura, en un gesto de franca cortesía, y ella le rodeó con sus brazos.

No voy a seguir con todas las manifestaciones de bienvenida con que la dama acogió al resto del séquito, pero nunca oí hablar de personas tan festejadas, honradas y bien [vv. 2393-2451] atendidas. Si no temiese malgastar mis palabras, no me hartaría de contaros tanto regocijo, pero sólo voy a recordar, en un breve relato, la entrevista secreta, celebrada entre la luna y el sol.

¿Sabéis a quiénes quiero referirme? Aquel que fue señor de caballeros, y de todos el más afamado, bien merece llamarse «Sol»: hablo de mi señor Gauvain, por quien queda iluminada toda la caballería, del mismo modo que el sol de la mañana, al penetrar con sus rayos, devuelve la claridad a cuantos lugares alcanza.

En cuanto a la «Luna», no puedo hablar más que de una, de gran lealtad y entrega. Sin embargo no lo digo sólo por su fama, sino porque Luneta era su nombre.

Así que Luneta se llamaba la doncella, que era una amable morenita, hábil, sagaz y astuta. Se gana la tierna amistad del señor Gauvain, que la aprecia y quiere mucho, e incluso la llama su amiga. Como ella ha salvado de la muerte a su amigo y compañero, él se pone a su servicio. Ella, por su parte, le cuenta con detalle todos los esfuerzos que desplegó, para persuadir a su señora de que tomara a mi señor Yvain por esposo, y cómo le salvó de sus perseguidores: ¡él estaba en medio de ellos, pero nadie le veía! Le dijo entonces mi señor Gauvain, que se había reído mucho durante su historia:

—Amiga mía, os entrego con mi persona a un caballero tal como es, dispuesto a serviros sin contrapartida; este caballero, no lo cambiéis por otro jamás, si no pensáis ganar con el cambio; vuestro soy, sed de aquí en adelante amiga mía.

—Os doy las gracias, señor —contesta ella.

Así intercambiaron ambos promesas de amor, pero otros se entregaban también a juegos amorosos, porque damas había quizás noventa, a cual más hermosa, llenas de cortesía, donaire, talento, valor y prudencia, y todas de gran nobleza y alto linaje. Con ellas podían los caballeros solazarse, abrazándolas y besándolas, conversar e intercambiar miradas, sentarse a su lado: este privilegio por lo menos, todos pudieron disfrutarlo...

[vv. 2452-2507]

¡Qué fiesta ahora para mi señor Yvain, el compartir su morada con el rey! La dama honra con tanta consideración a cada uno de los convidados en particular y a todos en general, que hay insensatos como para creer que este trato lleno de atenciones, que ella les proporciona, está inspirado por el amor: necios merecen ser llamados los que piensan ser amados cuando una dama es bastante cortés para dar muestras de cariño a un infortunado, acariciarle y abrazarle; con sólo hermosas palabras, el tonto enloquece de alegría y pronto los demás se burlan de él.

Toda la semana, los invitados pasaron el tiempo recreándose con toda suerte de placeres: muchos se entretuvieron, dedicándose a la caza por el bosque, y a la pesca, mientras otros, que quisieron recorrer la tierra conquistada por mi señor Yvain al casarse con la dama, salieron a divertirse por los castillos de los alrededores, hasta las seis leguas, o cinco, o cuatro, a la redonda.

Cuando el rey estimó que ya no debía prolongar su estancia, mandó emprender los preparativos para su salida. Pero durante la semana, todos los compañeros de mi señor Yvain habían puesto su empeño en lograr que él les acompañara.

—¡Cómo! —le decía mi señor Gauvain—. ¿Seríais acaso de los que echan a perder su valía por culpa de su mujer? ¡Por Santa María, quede deshonrado quien se case para desmerecer! Quien tiene una noble y hermosa dama por amiga o mujer, debe ganar méritos, pues es justo que ella le deje, si van a menos su fama y su valor. Tened por cierto que su amor os llegaría a enojar, si fuese motivo de demérito. Una mujer no vacila en retirar su amor, y está en su derecho, si desprecia al que ha desmerecido, nada más hacerse señor de su reino.

»Lo más importante es que se acreciente vuestra honra. Romped el freno y el cabestro, e iremos a tornear, vos y yo, que no se os pueda llamar cobarde. No debéis soñar despierto, sino frecuentar torneos, disputar justas, y abandonar todo lo demás, cueste lo que cueste. Demasiado sueña, quien no se mueve.

[vv. 2508-2561]

»No lo dudéis, es preciso que nos acompañéis, no tendréis escapatoria. Cuidad, noble compañero, de no apartaros de nuestra compañía; por mi parte, la mía no os faltará nunca.

»¿Acaso no es sorprendente que se pueda seguir deseando un placer que siempre

perdura? ¡Pero si gana la felicidad en demorarse! Es más dulce de apurar un ínfimo placer que se ha demorado, que uno mayor del que se goza sin interrupción. El goce del amor que se demora, se parece al verde leño cuando arde: cuanto más tarda en prender, más calor desprende y más tiempo se consume. Además, uno puede llegar a aferrarse a una costumbre de tal forma, que cada vez es más penoso el abandonarla, e imposible luego, aunque se quiera.

»Pese a todo cuando os estoy diciendo, si yo tuviera tan bella amiga como tenéis, querido y noble compañero, ¡Dios y todos los santos me sean testigos, con qué dolor la abandonaría! Pienso que andaría loco de amor por ella. Así da buenos consejos, quien no sabría aconsejarse a sí mismo, como los predicadores, que enmascaran su desvergonzada lujuria, elogiando en sus sermones todo el bien que no quieren llevar a la práctica.

Tanto insistió mi señor Gauvain, abogando con estos argumentos, y tantas veces le suplicó, que él le prometió tratar de este asunto con su mujer: se marcharía, si ella le daba licencia; a locas o sabiendas, pondrá todos los medios para que ella se la conceda, y pueda retornar a Bretaña.

Se reúne con la dama, que no sospecha nada de esta petición, y le dice:

—Muy querida señora mía, vos que sois corazón y alma mía, mi bien, mi alegría y solaz, tenéis que prometerme una cosa, sobre vuestro honor y el mío.

La dama, que ignora lo que quiere pedirle, se lo concede de antemano, diciéndole:

—Querido esposo, vos podéis mandarme lo que os parezca.

Ahora le pide mi señor Yvain licencia para acompañar al rey e irse a tornear, para que no le llamen cobarde.

[vv. 2562-2620]

—Os concedo, licencia, —le dice—, pero dentro de un cierto plazo. Tened por seguro, que el amor que os tengo se tornaría en odio, si prolongaseis vuestra ausencia más allá del término que os fije. Sabed que no admitiré mentiras al respecto, y si vos mentís, yo mantendré la verdad. Si queréis conservar mi amor, y me tenéis algún afecto, pensad en volver pronto, por lo que antes de que haya transcurrido un año, ocho días después de la fiesta de San Juan, en cuya octava entramos hoy. De mi amor seréis despojado y apartado, si no estáis de vuelta aquí a mi lado, antes de ese día.

Mi señor Yvain llora y suspira tanto, que apenas si puede decirle:

—Señora, muy largo se me hace este plazo. Ojalá fuera una paloma, para acercarme a vuestro lado muy a menudo, todas las veces que quisiera. Ruego a Dios que, si le place, no permita que me demore tanto.

»Pero quien piensa volver pronto, desconoce el porvenir que le reserva su aventura. Yo ignoro lo que me ha de suceder. Si la necesidad me retuviese enfermo o preso, a tanto me obligáis, que no hacéis ninguna salvedad, ni siquiera la imposibilidad física.

—Señor —contesta ella—, sí la incluyo, pero os juro, que si Dios os protege de la muerte, no os espera ninguna dificultad, mientras os acordéis de mí.

»Ahora, poned en vuestro dedo el anillo mío, que os presto. Quiero deciros sin rodeos, cuál es la virtud de la piedra que lleva: a su amparo, no puede quedar apresado ningún amante leal y verdadero, ni perder sangre, y no le sucederá mal alguno. Quien lo lleve y tenga por preciado, permanece con el recuerdo de su amiga y se vuelve más duro que el hierro: este anillo mío os servirá de escudo y loriga. Verdaderamente, a ningún caballero se lo quise prestar o regalar, pero os lo doy como prueba de amor.

Ahora tiene mi señor Yvain licencia para marcharse, pero mucho ha llorado al despedirse. Pese a las súplicas, el rey no quiso demorarse, sino que esperaba impaciente que le trajesen todos los palafrenes, enjaezados y ensillados. En [vv. 2621-2673] cuanto lo ordenó, todo quedó dispuesto y les trajeron los palafrenes, listos ya para montar.

No sé si debo seguir contando la salida de mi señor Yvain, los besos con que le despiden, besos sembrados de lágrimas y con dulzura embalsamados. Y del rey, ¿qué os he de contar? ¿Cómo le acompaña la dama, con su séquito de doncellas y caballeros? Me entretendría y se demoraría demasiado el relato.

Viendo a la dama llorar con tal desconsuelo, el rey le ruega que deje de hacerles escolta y regrese a su castillo, y como tanto le insistió, ella, muy a pesar suyo, se volvió llevándose a sus gentes.

Mi señor Yvain, a duras penas, se ha separado de su amiga, pero su corazón no se aparta de ella. El rey puede llevarse su cuerpo, pero de su corazón no se llevará ninguna parcela, porque permanece tan estrechamente ligado al corazón de la abandonada, que no hay poder que se lo lleve. Sin el corazón, el cuerpo no puede sobrevivir a ningún precio, y jamás se ha sabido de algo tan prodigioso como que sobreviva el cuerpo sin el corazón; sin embargo con mi señor Yvain se ha producido tan increíble prodigio, cuando ha retenido la vida su cuerpo, aun después de que le abandonara su corazón, que pese a estar acostumbrado a hospedarse allí, no quiso seguirle en su aventura. El corazón ha encontrado hermosa morada y el cuerpo vive con la esperanza de retornar a su lado. Pero de qué manera tan extraña tendrá hecho el corazón, si cuando alardea de volver a su esperanza, al mismo tiempo la traiciona, faltando a su promesa. No sabrá, nunca, creo yo, en qué momento quedó traicionado, pero si pasa en un solo día el plazo que juntos han acordado, ya le será muy difícil encontrar tregua y paz al lado de su dama. Y sobrepasará el plazo, lo sé, porque mi señor Gauvain no le dejará apartarse de su compañía.

Por todos los lugares donde hay torneos, allí van ambos a tornear, y pasa muy rápido el año, porque mi señor Yvain cumplió con tal valentía, que mi señor Gauvain procuraba [vv. 2674-2733] dejarle casi siempre los honores del combate, y así le hizo

demorarse tanto, que no sólo transcurrió el año, sino parte del siguiente, hasta mediados de agosto, cuando el rey reunió a su corte, con vistas a celebrar unos festejos.

La víspera de la fiesta, los dos volvieron de un torneo, donde había luchado mi señor Yvain, y ambos caballeros se habían llevado todo el mérito del encuentro — esto cuenta, me parece, la historia.

Los dos compañeros acordaron no hospedarse en la ciudad, y haciendo montar su pabellón fuera del recinto palaciego, reunieron allí a su corte, sin acercarse a la corte del rey; en cambio, el rey vino a la suya, pues con ellos estaba toda la flor de la caballería.

El rey Arturo se acababa de sentar entre ellos, cuando Yvain empezó a meditar. Jamás desde que se despidió de su dama, le había sorprendido pensamiento como el que le invadía ahora, en que se percataba de que había traicionado su promesa, traspasando el término fijado. A duras penas, iba reteniendo sus lágrimas, y sólo la vergüenza que sentía la ayudaba a contenerlas.

Mientras así se hallaba, meditabundo, vieron venir una doncella, que cabalgaba derecho hacia ellos. Al galope llegaba, montada sobre un palafrén negro, con motas de color pío. Descabalgó delante del pabellón, sin que nadie le ayudase a desmontar, ni fuera a coger su caballo. En cuanto pudo ver al rey, dejó caer su manto, y sin esta prenda, penetró en el pabellón y se presentó justo delante del rey.

—Mi señora —dijo— saluda al rey, a mi señor Gauvain y a todos los demás, salvo a Yvain, el mentiroso, el pérfido felón e impostor, que la ha traicionado y engañado. Pero ella ya se ha dado cuenta de su deslealtad. Él fingía ser un amante leal, cuando no era más que un falso seductor y un ladrón. Sedujo a su dama sólo para despojarla, y ella, toda inocencia ante el mal, en absoluto pudo sospechar que la desposeería de su corazón, pues amantes leales no roban corazones, y sólo les llaman ladrones los ciegos que no saben nada de amor. El verdadero amigo coge el corazón de su amiga no para robarlo, sino para cuidarlo, y quienes lo [vv. 2734-2789] roban son unos rufianes, que fingen ser nobles caballeros, siendo unos hipócritas e impostores, y se empeñan en quedarse con un corazón que nada les importa. El leal amigo, en cambio, vaya donde vaya, cuida con amor, hasta devolverlo, el corazón que tiene en su custodia.

»Mi señor Yvain ha matado a mi señora, porque ella pensaba que guardaría su corazón y se lo devolvería, antes de que hubiese transcurrido el año.

»¡Qué olvidadizo has sido Yvain, incapaz de acordarte de que debías volver al lado de mi dama, antes de un año! Ella te dio como plazo hasta la fiesta de San Juan, y tú has actuado con tal desprecio, que jamás volviste a acordarte. Mi señora, en cambio, ha ido marcando día a día, cada momento, en su cámara, pues el que ama vive en una continua ansiedad, todas las noches, contando y sumando, sin permitirse

nunca un sueño feliz, los días que vienen y se van, porque así porfían contra témporas y estaciones, los leales amantes.

»No es sinrazón su queja, ni es prematura, y no estoy hablando para formular una querrela, sino que insisto: nos ha traicionado el que ha traspasado el término señalado por mi señora.

»Yvain, mi dama no siente por ti más que desamor, y me manda decirte que no vuelvas jamás a su lado, ni te quedes por más tiempo con su anillo. Por mi mediación aquí presente, te manda decir que se lo envíes. ¡Devuélvelo, como es tu obligación!

Yvain no puede contestarle, porque le fallan el sentido y las palabras, y la doncella se precipita hacia él y le arranca el anillo del dedo. Luego la doncella encomienda a Dios al rey y a todo su séquito, salvo a aquel al que abandona sumido en profundo sentimiento. Crece mientras, para el desdichado, el desasosiego hasta tal punto, que todo lo que ve le apena, que cuanto oye le enoja, y desearía haber huido, encontrarse solo en una tierra tan salvaje que no se supiera dónde buscarle, ni existiera alma viviente con más noticias suyas que si se hubiese hundido en un abismo. No hay nada en el mundo que odie tanto como a sí mismo, y se [vv. 2790-2843] pregunta quién podría ofrecerle consuelo, cuando él es el artífice de su propia pérdida. Pero antes preferiría desangrarse hasta la muerte, que dejar de tomar venganza de sí mismo, por haberse despojado de su dicha.

Abandona la asamblea de los barones, porque teme volverse loco en su compañía. Como nadie sospecha su estado, le dejan marcharse solo, pensando que no le importan sus conversaciones y su trato.

Anda errante largo rato, hasta alejarse mucho de tiendas y pabellones. Entonces le va subiendo a la cabeza tal vértigo, que le hace perder la razón. Camina enloquecido, rompiendo y haciendo trizas sus vestiduras, huyendo por los campos labrados. Ahora, con gran desconcierto, se preguntan sorprendidas sus gentes dónde puede estar, y le buscan a diestra y siniestra, por setos y vergeles, donde acostumbran a acomodarse los caballeros, es decir, le buscan justo donde no está.

Él sigue un buen trecho, hasta encontrar al lado de un cercado a un mozo que llevaba un arco con cinco flechas, de puntas muy anchas y aceradas. Yvain camina hacia el mozo, a quien quiere coger el arco y las flechas, que llevaba en la mano.

Ya no se acuerda de ninguno de sus actos pasados. Anda por el bosque, al acecho de los animales, para luego matarlos y alimentarse con esta caza totalmente cruda.

Llevando esta vida de loco salvaje, iba vagando por el bosque desde hacía cierto tiempo, cuando encontró una casa bajita y pequeña que era de un ermitaño. Su dueño andaba artigando el bosque con fuego, para desbrozarlo. Cuando vio el ermitaño aquel hombre desnudo, se dio cuenta sin lugar a dudas de que no tenía uso de razón, y convencido de que se trataba de un loco, se metió todo asustado en su choza. Sin embargo, por caridad, cogió el santo varón un pedazo de su pan y un cántaro de agua

fresca, y lo dejó afuera, en el borde de una ventana estrecha. Se acerca entonces el pobre hambriento, con unas ganas enormes de coger el pan e hincarle el diente. Creo que jamás había probado pan tan áspero y tan poco refinado, seguro que no [vv. 2844-2902] costaría más de cinco sueldos el sextario de grano con que se hizo, pues era más amargo que la levadura, amasado con cebada y paja, enmohecido y seco como la corteza de un árbol. Pero el hambre, cuando es ya tan apremiante y sin medida, empuja a comer cualquier cosa. Así que mi señor Yvain se apresuró a comer el pan del ermitaño, que le supo a gloria, y se bebió el agua fresca del cántaro.

Nada más comer, volvió al bosque en busca de ciervos y ciervas. Cuando le ve irse el santo varón, que seguía bajo techo, ruega a Dios que le guarde y proteja, para que no vuelva a aparecer por sus lares aquel demente. Pero nadie que tenga un mínimo de sentido común, deja de volver de buen grado al lugar donde le han hecho algún bien; así que desde entonces, y mientras siguió poseído por aquel delirio furioso, nunca dejó pasar más de ocho días sin colocar delante de su puerta alguna bestia salvaje que hubiera cazado. Desde entonces, esta vida llevó: el ermitaño se encargaba de desollar las piezas de caza y guisarlas en cantidad suficiente; cada día estaban en la ventana el pan y el cántaro de agua, para aplacar al furioso, y además tenía para comer su propia caza, aunque fuera sin sal ni pimienta, y agua fresca de la fuente para beber. También se preocupaba el santo varón de vender las pieles, para comprar pan de cebada y centeno sin levadura.

Transcurrieron semanas, con su buena ración de pan y caza, hasta que un buen día le encontraron durmiendo en el bosque dos doncellas, que iban en compañía de una dama, a cuya mesnada pertenecían. Al ver a aquel hombre desnudo, una de las tres descabalgó y corre hacia él. Le estuvo mirando mucho tiempo, antes de distinguir en su cuerpo alguna señal que le permitiera reconocerle, y sin embargo, ella que tanto le había visto, pronto le habría reconocido si hubiese vestido el rico atuendo que siempre solía llevar. Tardó mucho en reconocerle, pero a fuerza de examinarle, distinguió en su cara la larga huella de una herida. Mi señor Yvain llevaba idéntica señal, ella lo sabía por habérsela visto a menudo. Por aquella cicatriz lo ha reconocido, y que es él en persona no lo duda un instante, pero le sorprende [vv. 2903-2964] mucho encontrarle en tan distinto estado de pobreza y desnudez. Se persigna ante tan extraño hecho y sin tocarle ni despertarle, vuelve a montar a caballo, para reunirse con las demás y narrarles llorando su aventura.

No me demoraré mucho contando el duelo que le causó aquel espectáculo, y referiré sólo las palabras que dijo entre sollozos a su señora:

—Señora, he encontrado a Yvain, el caballero más esforzado del mundo, el de más probado mérito, pero no sé por qué infortunio ha caído en tanta desgracia un hombre de condición tan noble. Acaso alguna desventura le haya provocado esta conducta extraña. Se puede enloquecer de dolor, y salta a la visa que él no está en su

sano juicio, porque jamás, de verdad, habría podido comportarse con tal bajeza, de no haber perdido el uso de la razón.

»¡Ojalá Dios le devolviera el juicio, tan bueno o mejor que antes, y le permitiera acudir en vuestra ayuda! Pues demasiado daño os causan los ataques del conde Alier, que guerrea contra vos. La guerra entre ambos se resolvería a vuestro favor, si Dios le diese tan buen hado que recobrarla la razón y se encargara de prestaros ayuda en tan grave apremio.

—No os preocupéis —le contesta la dama—, porque seguramente, si no huye de aquel lugar, creo que con la ayuda de Dios, le libramos la cabeza de tal frenesí, pero nos conviene actuar rápidamente porque me acuerdo que me dio un unguento la sabia Morgana, diciéndome que no hay delirio tan violento, que no tenga la virtud de aliviar y quitar de la cabeza.

Cabalgan aprisa hacia el castillo, que estaba muy cerca, pues no distaba más de media legua —leguas de aquel país, donde una equivale a dos de las nuestras, y dos a cuatro de aquí.

Yvain permanece solo y dormido, mientras la doncella va en busca del unguento. Abre la dama una de sus arquetas, saca un cofrecillo, y lo entrega a la doncella, rogándole que no despilfarre tan precioso bálsamo, y le frote la frente y las sienes, sin necesidad de untar otra parte del cuerpo, [vv. 2965-3018] sólo sienes y frente, insiste, y que guarde con cuidado lo que sobre, pues aparte del cerebro no le duele ninguna otra cosa.

La dama ha mandado sacar atavíos forrados de piel, una túnica y un manto de seda escarlata. Todo lleva consigo la doncella, que por la diestra conduce a un buen palafrén. Ella ha añadido a este atuendo, como regalo suyo, una camisa y calzones de tela fina, y delicada calzas negras.

Se aleja deprisa con todo este equipaje, y pronto encuentra, en el mismo lugar donde lo había dejado, al caballero, todavía dormido. Deja a sus caballos bien atados en un bosquecillo, y se encamina, con el traje y el unguento, hacia el durmiente; con gran decisión y valor, se acerca a aquel loco furioso, hasta probar a tocarle y palparle. Coge el unguento y le unta, hasta que no queda en el tarro ni onza de bálsamo, pues tanto desea su curación, que se esmera en frotarle todo el cuerpo. Gasta con prodigalidad, pues no le importa ni se acuerda de las recomendaciones de su señora, y echa más de lo necesario, porque le parece que siempre estará bien empleado; no sólo le frota las sienes y la frente, sino el cuerpo entero, hasta los dedos de los pies...

Tanto le frotó, al sol ardiente, las sienes y todo el cuerpo, que consiguió sacar del cerebro toda la furia y la melancolía, pero fue una insensatez lo de untarle todo el cuerpo, porque no había ninguna necesidad —pero creo que, si ella hubiese tenido cinco sextarios de bálsamo, habría hecho lo mismo. Ahora huye, para esconderse al lado de sus caballos, llevándose el cofrecillo, pero no la ropa, porque quiere que

cuando se despierte, el caballero la vea allí dispuesta y la coja para vestirse.

La doncella permanece al acecho, detrás de un alto roble, hasta que el caballero, que ya ha dormido lo suficiente como para encontrarse sano y repuesto, recobra el sentido y la memoria. Al verse desnudo como una estatuilla de marfil, siente gran vergüenza —mayor hubiese sentido, de haber sabido su aventura— pero ignora por qué se encuentra desnudo. Ve delante de él estos atavíos nuevos y se [vv. 3019-3077] pregunta, con una sorpresa sin límite, cómo y por qué prodigio llegaron aquí, y tan estupefacto y desconcertado está ante su desnudez, que piensa que habría sido para él muerte y traición si en tal estado, alguien le hubiese encontrado y reconocido. Sin embargo se viste, sin dejar de mirar por el bosque, por si viese venir algún ser humano. Piensa poder levantarse y sostenerse de pie, pero no consigue andar: necesita encontrar ayuda, para apoyarse y caminar, porque el mal le ha afectado hasta tal punto, que apenas puede tenerse en pie.

En este preciso momento, la doncella, que ya no quiere permanecer escondida por más tiempo, pasa delante de él, cabalgando como si ignorase que está allí, y el caballero, que tenía gran necesidad de ayuda —no le importaba cuál— para que le llevasen hasta un castillo donde recobrar la salud, la llama con grandes esfuerzos. La doncella va mirando a su alrededor, vuelve a pasar de largo, como si no supiera nada de su presencia, se hace la sorprendida, lleva el caballo de un lado a otro, porque no quiere cabalgar derecho hacia donde él está. Y él sigue llamando:

—¡Doncella, por aquí, por aquí!

Y la doncella, por fin, endereza hacia él el trote de su palafrén. Le hizo creer con esta finta, prueba de recato y cortesía, que no sabía nada de él, ni le había visto nunca. Ahora se presenta ante él, diciendo:

—Señor caballero, ¿qué queréis de mí, cuando con tal urgencia me llamáis?

—¡Ah! —contesta—, gentil damisela, no sé por qué desgracia, me encuentro en este bosque. Por Dios y vuestra fe, os ruego que me prestéis como galardón o me regaléis este palafrén que lleváis.

—De buen grado, señor, pero acompañadme adonde voy.

—¿A dónde? —pregunta.

—Fuera de este bosque, hasta un castillo próximo.

—Damisela, decidme de verdad si me necesitáis.

—Sí —contesta—, pero creo que en este momento no os valéis muy bien vos mismo; os convendría descansar, por [vv. 3078-3134] lo menos unos quince días. Coged el caballo que llevo a la diestra y cabalgaremos hacia el castillo.

Aquél, que no pedía otra cosa, lo coge y se monta, y van cabalgando hasta llegar a un puente, encima de un torrente que bramaba, desapacible y ruidoso. Al agua arroja de pronto la doncella el tarro, que llevaba vacío, pensando que así podrá disculparse ante su dama por el bálsamo malgastado: le dirá que, al pasar el puente, quiso la mala

suerte que se le cayera al agua, porque, al tropezar su palafrén, se le escapó el cofrecillo del puño en que lo tenía encerrado, y poco faltó para que le siguiese en la caída —pero entonces habría sido más grave la pérdida—. Toda esta fábula, hará creer a su señora, cuando esté en su presencia.

Juntos han cabalgado hasta llegar al castillo. La dama ha acogido a mi señor Yvain con alegría, y sólo cuando ambas quedaron a solas, preguntó a la doncella por el tarro, y ésta le contó la mentira que tenía preparada, pues no se atrevió a decirle la verdad. Se irritó mucho la dama y le dijo:

—Es una pérdida muy enojosa, porque estoy segura de que jamás volveré a conseguir unguento tan valioso, pero ya que ha desaparecido, no queda más que renunciar a ello. A veces cree uno desear su felicidad, y sólo está deseando su desgracia: así con este vasallo, que creí que me proporcionaría alegría y dicha cuando me ha hecho perder lo más caro y mejor de cuanto tenía. Sin embargo, os ruego que le atendáis con todos los honores.

—¡Ah! Señora, ¡qué bien decís, pues qué mala jugada sería el convertir una desgracia en dos! —responde la doncella.

Del bálsamo ya no se vuelve a hablar y ambas rodean a mi señor Yvain con todas las atenciones habidas y por haber: le dan un baño, le lavan la cabeza, le afeitan —pues se le podían haber arrancado de la cara puñados de barba— le frotan y le vuelven a frotar, con aceites y perfumes. No hay deseo suyo que no se apresuren a satisfacer: ¿Quiere armas? En seguida se las proporcionan. ¿Un caballo? Le dejan el más grande, hermoso, fuerte y vigoroso.

[vv. 3135-3193]

Así pasó su estancia, hasta que, cierto martes, llegó ante el castillo el conde Alier, con su séquito de caballeros y hombres de armas, que iniciaron el ataque, sembrando de incendios y pillaje todo a su alrededor. Suben aprisa las gentes del castillo, para proveerse de armas, y salen todos, con armas y sin ellas, hasta alcanzar al enemigo, ya preparado, que no se digna ni moverse, porque les está esperando en un desfiladero.

Mi señor Yvain, que tras este prolongado descanso ha recuperado toda su fuerza, arremete a golpes contra la apretada hueste. Con tal fiereza golpea a un caballero en medio del escudo, que me parece que dejó volteados a caballo y caballero, uno encima del otro, sin que el caballero pudiera jamás volver a levantarse: quebrada ya la espalda por el medio, se le reventó en la tripa el corazón. Se echa un poco atrás mi señor Yvain para tomar distancia, y pronto vuelve a la carga, y cubriéndose con el escudo se lanza para abrirse paso. ¡Veríasele derribar a cuatro caballeros en un santiamén, con más facilidad y en menos tiempo de lo que se tarda para contarlos, uno, dos, tres y cuatro!

Gracias a él iban cobrando coraje sus compañeros de armas, porque un hombre de

corazón cobarde, cuando tiene ante sus ojos a un caballero que se esfuerza en su tarea con tal valentía, se siente invadido por una deshonra tan grande, que la vergüenza empuja al corazón pusilánime que lleva en el cuerpo, y le sostiene, dándole coraje y corazón de caballero. Así de valientes se tornaron sus compañeros, y cada uno estuvo perfectamente en su lugar durante el combate.

La dama, subida a lo alto de la torre de su castillo, sigue los combates, y el ataque que marca la reconquista del desfiladero, contemplando heridos y muertos que yacen en el suelo, tanto de sus gentes como del enemigo, pero más de estos últimos, porque el cortés, el valiente y noble señor Yvain los tiene a su merced, como el halcón a las cercetas. Los hombres y las mujeres que se han quedado en el castillo, desde donde observan la batalla, exclaman:

—¡Ay! ¡Qué guerrero tan valiente! ¡Con qué vigor, a sus [vv. 3194-3248] enemigos obliga a doblegarse, requiriéndoles con tan recia firmeza! Arremete contra sus filas, como el león entre los gamos, cuando le acosa y persigue el hambre. ¡Qué fieros e intrépidos se han vuelto nuestros caballeros, que luchan con desconocido arrojo, cuando si no fuera por su ejemplo, no hubiesen quebrado lanza ni desenvainado espada para pelear! Cuando se encuentra a un hombre tan noble, hay que rodearle de afecto y estima.

»Mirad qué pruebas de valor está dando este caballero y con qué firmeza se mantiene ante el cerco de los combatientes. ¡Cómo tiñe ahora de sangre su lanza, y su espada desnuda! Ya veis cómo se abre paso, empujando a sus enemigos en tropel, cómo se lanza, pasa adelante, esquiva el golpe y se vuelve. ¡Qué rapidez, cuando esquiva, pero cómo se demora para encararse al volver! Mirad, cuando arremete en medio de la lucha, qué poco caso hace de su escudo y deja que lo despedacen. No tiene piedad, ni poca ni mucha, sólo siente el fuerte deseo de vengarse de los golpes que le dan.

»Si le hubiesen fabricado lanzas con el bosque de Argona entero, creo yo que a estas horas de la noche no quedaría ninguna, pues no dan abasto para colocarle en el fieltro del arzón tantas como va quebrando.

»Ahora, mirad cómo saca y blande la espada. Ni Roldán con Durandal, luchando contra los turcos, hizo tal masacre, ni en la batalla de Roncesvalles, en España. Si tuviera el refuerzo de algunos compañeros del mismo temple, pronto se retiraría vencido el felón que nos aqueja, o saldría deshonrado del combate.

Y añaden a estos comentarios, que en buena hora habría nacido la mujer a quien entregase su amor, él, cuya bravura con las armas se reconoce entre todos, como un cirio entre las velas, como la luna entre las estrellas, como el sol, cuyos rayos hacen palidecer a la luna; con sus proezas, se ha ganado los corazones de todas las gentes: cada uno, y cada una, hubiera querido que tomara por esposa a la dama del castillo y que quedase el feudo bajo su gobierno.

Así que todos, hombres y mujeres, cantaban alabanzas del preciado caballero, pero lo que contaban era pura verdad, pues a tantos enemigos alcanzó, que huyeron a cual mejor. Pero él los acosa desde muy cerca, seguido de todos sus compañeros, que a su lado se encuentran tan seguros como si estuviesen rodeados por una alta y espesa muralla.

Dura mucho el acoso, porque los perseguidores andan a la caza de los agotados fugitivos, y cuando los alcanzan, los despedazan y destripan sus caballos. Ruedan los vivos encima de los muertos, hiriéndose o matándose entre ellos en lucha encarnizada.

A toda prisa huye el conde, pero mi señor Yvain no vacila en perseguirle y hostigarle, hasta que le alcanza al pie de una empinada cuesta, muy cerca de la entrada de una fortaleza que le pertenecía. Allí quedó detenido en su huida el conde, pues nadie acudió en su ayuda, y sin súplicas ni dilaciones, le tomó mi señor Yvain juramento de sumisión, porque estando los dos solos, de igual a igual, el conde no tenía defensa ni posibilidad de escapar, o esquivar sus obligaciones; así que le prometió por su honor, que se entregaría a la dama de Norisón, rindiéndose preso y atendiendo a sus condiciones de paz. Después de tomarle juramento, le hizo desarmarse, y quitado el yelmo de la cabeza y el escudo del cuello, se rindió el vencido haciendo entrega de su espada desnuda.

Le cayó entonces en suerte a mi señor Yvain el honor de llevar preso al conde, para entregarle a sus enemigos, que no se alegrarían poco de esta aventura. Pero la noticia de tan señalado acontecimiento empezó a correr, antes de que llegase al castillo; así que todos van saliendo a su encuentro, con la dama a la cabeza. Mi señor Yvain le hace entrega del preso, al que lleva de la mano. Entonces jura y promete el conde hacer su voluntad, sin reparos, atender a sus condiciones como vencido, respondiendo ante ella, con todas las garantías, del cumplimiento de tal compromiso: le promete por su honor que mantendrá la paz con ella de aquí en adelante, y la compensará de todas las pérdidas [vv. 3305-3362] cuyas pruebas adujere, volviendo a edificar cuantas casas haya destruido.

Cuando quedaron asentadas estas capitulaciones a gusto de la dama, mi señor Yvain le pidió licencia para irse, cosa que ella nunca le habría otorgado, si él hubiese querido tomarla por esposa o amiga; pero no es el caso: ni siquiera deja que le acompañen y hagan escolta, y se marcha inmediatamente, sin que valga súplica alguna. Reemprendió su camino sin demora, dejando muy afligida a la dama, a la que acababa de colmar de alegría. Precisamente porque tanta felicidad le había proporcionado, mayor era ahora su pesar y desesperación, al ver que no quiere quedarse más tiempo, cuando ella hubiese deseado cubrirle de honores. De haber aceptado, le habría hecho señor de todos sus feudos, o a cambio de su servicio, le

habría dado cuantiosas soldadas, a su antojo. Pero él se negó a escuchar las razones de nadie, fuera hombre o mujer. Así se separa entonces de la dama y de su séquito, pese al profundo pesar que todos sienten, porque no quiere permanecer entre ellos.

Mi señor Yvain camina meditabundo por un espeso bosque, cuando oye salir del soto un grito de dolor desgarrado. Se dirige entonces hacia el lugar desde donde había partido el grito, y al llegar a un claro del bosque, ve en el fuego de la artiga a un león, al que una serpiente tenía agarrado por la cola, y le iba quemando la espalda a llamaradas. Sin entretenerse mucho contemplando este prodigio, mi señor Yvain delibera en su fuero interno a cuál de los dos animales prestar ayuda. Ya lo tiene pensado, se pondrá de parte del león, porque a las especies traidoras y venenosas sólo se las debe dañar, y tanta felonía rezuma la serpiente venenífera, que vomita fuego por la boca. Por esta razón, decide mi señor Yvain que lo primero es matarla. Saca la espada y avanza hacia la bestia, el escudo delante de la cara para que no le alcance la llama, que la bestia va echando por una boca más ancha que una olla. Si el león le asalta luego, ya tendrá batalla por respuesta, pero ocurra después [vv. 3363-3423] lo que ocurra, ahora Piedad le suplica e inspira, para que ayude a este animal noble y franco.

Con su espada, que corta fina y fácilmente de un tajo, se lanza al ataque de la serpiente traidora y la parte por la mitad, hasta el suelo, y volviendo a tajar los dos trozos, golpea y sigue golpeando, asestándole tajos y más tajos hasta dejarla descarnada y desmenuzada en mil pedazos. Pero al león no tiene más remedio que partirle el trozo de la cola que seguía agarrado a la cabeza de la serpiente felona. Se esmeró en cortarle lo menos posible, sólo lo imprescindible.

Cuando hubo liberado al león, pensó que tendría que enfrentársele, porque se le echaría encima, pero aquel animal estaba lejos de albergar esas intenciones. Escuchad lo que hizo entonces el león: se comportó como un caballero de buen linaje, adoptando los mismos gestos que quien se entrega preso: estiraba hacia él ambas patas juntas, apoyándose en las de atrás, e inclinaba la cabeza, volviendo a arrodillarse, con toda la cara mojada de lágrimas, en señal de humildad. Mi señor Yvain sabe perfectamente lo que esto significa: el león se humilla ante él, y le da señales de gratitud, por haberle librado de la muerte matando a la serpiente. Esta aventura llena al caballero de gozo.

Limpia su espada, manchada por el veneno y la inmundicia de la serpiente, y vuelve a envainarla, para reemprender el camino. Sigue su marcha flanqueado por el león, que ya jamás se apartará de su lado: de aquí en adelante, quiere acompañarle siempre, estar a su servicio y protegerle.

El león va por delante, para abrir el camino, y cuando husmea en el viento el olor de algún animal salvaje paciendo, se queda quieto, como al acecho. El hambre y el instinto le empujan a buscar la presa y cazarla, para proveerse de su alimento: es ley de Naturaleza. Sigue un poco la pista, para mostrar a su señor que ha olfateado y

rastreado una bestia salvaje, pero después se detiene y le mira atentamente, porque quiere servirle obedeciendo sus deseos, y no irá a ninguna parte en contra de la voluntad de su amo. Éste le [vv. 3424-3483] comprende con su sola mirada: está demostrándole que le espera. Percibe y entiende perfectamente lo que significa: si se queda parado, él también se detendrá, pero si le sigue, cobrará la pieza que ha olfateado. Entonces le excita jaleándole, como hiciera con un perro braco, y ahora el león vuelve a caminar, el hocico al viento, siguiendo la pista que ha husmeado. Y no le había engañado, pues a menos distancia de lo que alcanza un arco vio a un cervatillo, que pacía solo en un valle. El león decidió capturarlo, y lo consiguió al primer envite, bebiéndole la sangre caliente. Después de matarlo, se lo echó al lomo y lo entregó a su señor, quien a partir de aquel momento lo tuvo en gran estima, por tanto afecto y generosidad como veía en él.

Como ya iba anocheciendo, le pareció conveniente acampar allí y despellejar el cervatillo, para poder comer cuanto le apeteciera. Empieza entonces a desollarlo, le va cortando y separando la piel, encima de la costilla, para quitar y trinchar un filete del lomo. Sacando chispas de un guijarro pardusco, prende fuego a un leño seco, luego ensarta su filete, para asarlo al fuego vivo, y le va dando vueltas hasta que está bien tostado; pero no resultó muy de su agrado la comida, pues no tenía nada para acompañar este manjar, ni pan, ni vino, sal tampoco, ni cuchillo ni mantel: carne a secas.

Mientras estuvo comiendo, el león se quedó echado delante de él, sin moverse ni un ápice, pero sin dejar de mirarle, mientras iba comiendo tan grueso asado, hasta quedar totalmente satisfecho. Sólo entonces, empezó el león a devorar las sobras del cervatillo, comiéndose hasta los huesos. Toda la noche descansó el caballero con la cabeza encima del escudo, pero el león tenía tanta prudencia, que se quedó en vela, y vigilaba también al caballo, que iba paciando una yerba escasa, con la que poco habría de engordar.

Al día siguiente marcharon juntos, y me parece que repitieron lo de la noche anterior. Llevaban viviendo de esta guisa casi quince días, cuando la aventura les llevó hasta la fuente, debajo del pino. Al acercarse a la fuente, junto al [vv. 3484-3557] escalón y a la ermita, ¡ay!, poco faltó para que mi señor Yvain volviera a enloquecer. Mil veces se acusa, llamándose miserable e infortunado, y de tanta desesperación cae desmayado. En la caída, su espada deslizándose en la vaina se escapó del forro, y cayó apuntándole al cuello, cerca de la mejilla, a través de las mallas de la loriga, y como no hay malla que no se desclave, la hoja de la espada le cortó la piel del cuello, haciendo brotar la sangre encima del blanco gorjal.

El león, que cree ver muerto a su compañero y señor, jamás había sentido pena mayor. Empieza a dar señales de duelo, manifestando su desamparo, con tales arrebatos, que yo nunca oí contar nada parecido: se retuerce, entre alaridos, rasguños

y arañazos, resuelto del todo a quitarse la vida, con la espada que según cree ha matado a su noble señor. Con los dientes, la saca de la herida, y adosándola contra un árbol caído, la mantiene apoyada con otro tronco por detrás, pues teme que se resbale cuando se golpee el pecho contra su hoja. El león ya iba a cumplir su fatal deseo cuando el caballero, recobrado el sentido, le retuvo, agarrándole con todas sus fuerzas, para arrancarle de una muerte a la que a ciegas se arrojaba con la demencia de un jabalí furioso.

Cuando volvió en sí, tras su desmayo encima del escalón, mi señor Yvain se hizo reproches por haber dejado transcurrir más de un año, lo que había sido la causa del odio que le tenía ahora su dama, y de este modo se lamentaba:

—¿Qué puede hacer, sino matarse, el desventurado a quien la alegría ha abandonado? ¿Qué voy a hacer yo, desdichado, sino matarme? ¿Acaso puedo demorar mi muerte, cuando veo el desamor que mi dama me tiene? ¿En mi cuerpo, por qué se queda mi alma? ¿Qué hace ésta en tan doliente morada? De haberla abandonado, no padecería tal martirio.

»Odiarme, culparme, anonadarme con desprecio, es para mí un deber, al que no falto. Quien pierde alegría y solaz por su culpa, comete un delito y debe odiarse a muerte. Ha de matarse por odio hacia sí mismo, y yo, que ahora gozo [vv. 3558-3589] de la soledad propicia, ¿por qué estoy perdonándome la vida? ¿Acaso no he visto a este león llevar tanto duelo por mi persona, que golpeándose con la espada, quiso atravesarse con ella el pecho?

»Yo, que el gozo en duelo he trocado, ¿acaso debo temer a la muerte? De mí, como de un extraño, ha huido toda alegría. ¿Alegría? ¿Qué clase de alegría? No, no diré ni una palabra más: ¡Qué pregunta más vana hice, a la que nadie sabría responder! Sólo sé que, cuando tenía asegurada de todas las dichas la más dichosa, no la apuré ni hice que durara. Quien deja que se malogre por desatino su propia ventura, no merece aventura lograda.

Mientras así se quejaba el caballero, una cautiva, encerrada en la ermita, estuvo viéndole y oyendo sus lamentaciones, a través de una brecha de la pared. En cuanto, tras este acceso de desesperación, se incorporó el caballero, ella le llamó:

—¡Dios! —grita—. ¿Qué veo allí? ¿Quién es el que tanto se queja?

—¿Y quién sois vos? —responde él.

—Yo soy —dice—, una cautiva, el ser más doliente que exista en esta tierra.

El caballero le reprende:

—¡Calla, insensata! ¡Tu dolor es alegría! Lo tuyo es un bien, comparado con los males que padezco. Quien ha tenido por escuela el gozo y el deleite, se queda más desconcertado y abrumado que otro hombre cuando le surge el agobio. El débil lleva su carga por uso y costumbre, mientras otro más fuerte, por nada del mundo podría cargar con tan pesado lastre.

—A fe mía —replica ella—, ya sé que cuanto decís es verdad, sin embargo no me convence de que estéis más aquejado que yo, y no lo puedo creer por la siguiente razón: vos sois libre de ir a cualquier lugar que se os antoje, mientras yo aquí permanezco apresada. En tal trance me encuentro además, que mañana vendrán aquí, para llevarme a cumplir una sentencia de muerte.

—¡Ay! ¡Dios! —exclama—, ¿por qué delito?

[vv. 3590-3639]

—Señor caballero, ¡que Dios no se apiade jamás de mi alma, si en algo dejé de servirle! Ahora mismo os diré la verdad, sin recurrir a ninguna mentira. Aquí estoy encarcelada porque me requieren por traición, y no encuentro a quien me defienda de tal acusación e impida que mañana me quemen en la hoguera o me lleven a la horca.

—Pero yo de verdad —insiste—, puedo volver a afirmar que el duelo y enojo mío sobrepasan vuestro dolor, porque vos gozáis de la posibilidad de quedar libre de este peligro, que desaparecería, si viniese cualquiera en vuestra ayuda.

—¡Sí! Pero no sé todavía quién podría librarme: sólo hay dos caballeros en el mundo que osarían emprender batalla en mi defensa, luchando en duelo contra tres combatientes.

—¡Tres! ¡Por Dios! ¿Cómo puede ser esto?

—Sí, señor, a fe mía, tres son los que me acusan de traición.

—¿Y quiénes son los que en tal estima os tienen, que tendrían tanto valor, como para atreverse a luchar, uno solo contra tres, para defenderos y salvaros?

—Os lo diré sin mentir: uno es mi señor Gauvain y el otro es mi señor Yvain, por cuya culpa mañana seré entregada inocentemente al mortal suplicio.

—¿Por culpa de quién —pregunta— habéis dicho?

—Señor, que Dios me ayude, por culpa del hijo del rey Urién.

—Ya, demasiado os he entendido. Pero jamás permitiré que muráis por esta causa, pues antes moriría él. Yo mismo soy ese Yvain, por cuya culpa estáis sumida en esta desgracia, y sois vos, estoy seguro, la doncella que me protegió en la sala: vos me salvasteis la vida cuando, apresado entre ambas puertas corredizas, me encontraba presa de la angustia, dolido y desconcertado; y sin la valiosa ayuda que me brindasteis, allí me habrían capturado y dado muerte. Pero decidme ahora, dulce amiga mía, quiénes son los que os acusan de traición y os han apresado y encarcelado en este lugar.

—Señor, ya que os complace saberlo, no os lo ocultaré. [vv. 3640-3694] La verdad es que no dudé en ayudaros con toda buena fe, y fui yo quien persuadí a mi señora de que os tomara por esposo; ella creyó en mi consejo y siguió mis recomendaciones, pero yo, lo juro por Nuestro Señor, pensaba actuar, y todavía lo pienso, más en beneficio de ella que de vos: ahora puedo confesároslo, tanto he buscado, Dios me salve, lograr el bien de ella como satisfacer vuestro deseo. Pero cuando sucedió que

habíais sobrepasado el plazo de un año, al cabo del cual debíais volver al lado de mi señora, pronto se enfadó conmigo, pensando que al haberse fiado de mi consejo, había sido víctima de una traición. Cuando se enteró el senescal —un traidor, de una deslealtad criminal—, éste, que me tenía gran envidia, porque mi señora en más de un asunto confió más en mis consejos que en los suyos, se dio cuenta de que podría sembrar la discordia entre ella y yo. Así que en plena corte, delante de todos, me acusó de haber traicionado a mi señora en beneficio vuestro, y yo me quedé sin el apoyo ni la ayuda de nadie, pues no hubo quien respaldara mi testimonio, cuando declaré que nunca había cometido ni urdido traición contra mi señora.

»Señor, por Dios, creedme, yo todo asustada, de pronto, sin tomar consejo, prometí buscar la defensa de un caballero, que lucharía contra tres adversarios. Jamás habría sido tan cortés el senescal, como para dignarse rehusar mí propuesta, relevarme de mi juramento o cambiar de parecer. Nada de esto se le hubiera ocurrido, sino al contrario, me tomó la palabra y tuve que comprometerme, entregando una prenda, a encontrar a un caballero, que peleara contra tres, en un plazo de cuarenta días. Luego me marché a varias cortes: visité al rey Arturo, pero allí no encontré amparo ni protección, ni a nadie que me dijera algo que me conviniese saber sobre vos, pues no tenían noticias.

—¡Pero, cómo! ¿Y mi señor Gauvain, el noble y amable caballero, dónde estaba entonces? Su ayuda nunca le ha faltado a ninguna doncella desamparada.

—Ya hubiese sido una gran alegría para mí encontrarle en la corte: estoy segura de que no hay requerimiento mío al que se hubiese negado. Pero, según me dijeron, a la [vv. 3695-3755] reina se la ha llevado un caballero[19], pues el rey cometió la loca imprudencia de dejarla irse tras él, e incluso creo que Kay, el senescal, acompañó a la reina, hasta que se reuniese con su raptor. Mi señor Gauvain ha emprendido la penosa tarea de ponerse en busca de la reina, y jamás se concederá descanso, ni por un día, hasta volver a encontrarla. Ya os he contado toda la verdad sobre mi aventura. Mañana moriré de muerte infame, y me quemarán sin apelación, por una acusación injusta, y por el odio que os tienen.

—¡Nunca quiera Dios —exclama el caballero—, que por culpa mía os hagan ningún daño! ¡Mientras esté en mi poder, jamás moriréis! Podéis fiaros de mí; mañana, habré aunado todas mis fuerzas, para poner mi persona a vuestro servicio y libraros, como es mi obligación. Pero debéis guardaros de cualquier alusión o comentario con la gente sobre mi identidad. Cualquiera que sea el desenlace de esta batalla, cuidad de que no me reconozcan.

—Señor, os aseguro que ni en caso extremo descubriré vuestro nombre, ya que así lo queréis, y que antes sufriría la muerte. Pero ahora, os ruego que por mí no volváis al combate. No quiero que emprendáis una lucha tan arriesgada y desigual. Os agradezco tan generosa promesa como me hicisteis, y que cumpliríais con total

entrega, pero yo os relevo por completo de este compromiso, porque prefiero ser la única en morir, antes de ver a aquéllos alegrarse por vuestra muerte y la mía: yo jamás escaparía a la muerte, si ellos llegasen a mataros, y más vale que sigáis con vida a que muramos ambos por la misma causa.

—¡Cuánta tristeza llevan vuestras palabras, noble amiga! —replica mi señor Yvain—. ¿Acaso renunciáis a libraros de la muerte o despreciáis el amparo y ayuda que os brindo? No voy a disputar con vos, sino sólo a daros una razón: es tan grande la deuda que he contraído con vos, que es mi deber el no dejar de respaldaros siempre que lo necesitéis. Entiendo muy bien vuestros temores, pero, si así lo quiere Dios, en el que tengo fe, los tres combatientes quedarán afrentados y derrotados.

—Ahora me marchó, para acomodarme en algún lugar [vv. 3756-3806] de este bosque, pues no conozco ningún castillo por aquí cerca.

—Señor —contesta la doncella—, Dios os dé buen hospedaje y buen descanso, y os guarde, como es deseo mío, de todo cuanto os pueda perjudicar.

Se despide mi señor Yvain y se marcha, siempre seguido del león.

Caminaron largo rato, hasta llegar a una fortaleza, que pertenecía a un barón, y estaba rodeada en todo su recinto de espesas y altas murallas. Con tantas fortificaciones, este castillo no tenía nada que temer del asalto de trabucos o balistas. Pero, tras estas murallas, aquella plaza estaba totalmente desierta y arrasada: no quedaba ninguna casa, ni una choza siquiera —ya tendréis ocasión de oír la razón de cosa tan extraña, más adelante, cuando venga a cuento.

Se dirige mi señor Yvain hacia la fortaleza por el camino más recto. Salen hasta siete mozos a su encuentro, para bajarle el puente, pero a la vista del león que le acompaña, sienten verdadero espanto y le ruegan que tenga la bondad de dejar en la puerta a su león, para que no les ataque y mate. Él les contesta:

—No insistáis porque sin él no entraré: o los dos nos podemos hospedar aquí, o me quedaré fuera, porque le quiero tanto como a mi propia persona. Pero no tenéis nada que temer, porque lo vigilaré muy bien, y estaréis completamente a salvo.

Le responden que haga como quiera. Se adentran en el castillo, y siguen hasta encontrar caballeros, damas, hombres de armas, y unas doncellas muy agraciadas, que le ayudan a descabalar y se ocupan de desarmarle, tras saludarle con estas palabras:

—Bienvenido seáis entre nosotros, noble señor, y Dios os conceda una larga estancia, en la que podáis aunar honra y ventura.

Desde el mayor hasta el más pequeño, todos se afanan en festejarle y le llevan hasta el palacio, con gran júbilo. [vv. 3807-3862] Pero después de agasajarle largo rato, el dolor que aflige a todos les hace olvidar la alegría, y reanudan entonces sus gritos y llantos, infligiéndose rasguños en arrebatos de desesperación. Así alternan sin cesar las muestras de alegría con las de duelo; fingen estar alegres, para honrar a su

huésped, pero no tienen humor para ello, porque se encuentran presa de una terrible angustia, por una aventura que esperan para el día siguiente, y ello ha de ocurrir, todos están seguros, antes de que den las doce.

Mi señor Yvain, asombrado ante tan súbitas mudanzas, al ver sus muestras de júbilo tan pronto trocadas en manifestaciones de duelo, inquirió la razón preguntándole al señor del castillo:

—Por Dios, noble, amable y querido señor, decidme, si os place, por qué me habéis acogido con tantas honras y gozo, para echaros a llorar luego.

—Sí, ya que es vuestro deseo, pero sería preferible que os dierais por satisfecho si lo callara y ocultara, porque me costará deciros algo que os aflija. Dejados mejor llevar solos nuestro duelo, sin que ello afecte a vuestro corazón.

—Eso es del todo imposible: ¿cómo iba yo a contemplar vuestro duelo, sin sentir nada en mi corazón? Deseo con toda mi alma saber cuál es su causa, por mucho que me pese.

—Entonces —contesta—, os lo diré: me ha causado mucho daño un gigante, que pretende que yo le entregue a mi hija, cuya belleza sobrepasa la de todas las doncellas del mundo. Este gigante pérfido, a quien Dios confunda, se llama Harpín de la Montaña. No pasa día sin que se apodere de cuanto pueda coger en mis posesiones. Nadie tiene más razones que yo para quejarse, sentirse afligido y dar muestras de duelo. Debería haberme vuelto loco de dolor, yo, que tenía seis hijos —no he conocido a más hermosos caballeros en el mundo— ¡y a los seis meses se los ha llevado el gigante! Mató a dos de ellos, ante mis propios ojos, y mañana matará a los otros cuatro, si no encuentro a quien libre batalla contra él, para salvarlos, o si no le entrego a mi hija; y cuando la tenga, la cederá para su entretenimiento a los mozos de su casa, a los criados de más baja extracción, los más [vv. 3863-3922] soeces, para que luego nadie pueda dignarse tomarla por esposa. Para mañana puedo esperar esta desgracia, si Dios no acude en mi ayuda, y encontrándonos ante tal infortunio, no deben sorprenderos nuestros llantos, noble ypreciado amigo; para honraros, sin embargo, nos esforzaremos a su vez en aparentar alegría, dentro de lo que podemos, porque insensato es quien atrae a su vera a un caballero valiente y cortés, y no le tributa los honores, y vos me parecéis caballero de grandes cualidades.

»En suma, acabo de exponeros, señor, las razones de nuestra angustia. Ni castillos ni fortalezas nos ha dejado el gigante; sólo lo que aquí queda. Si habéis prestado atención anoche, ya habréis visto cómo, fuera de estas murallas, nada ha dejado a salvo, ni por el valor de una tabla, pues sometió todas las casas a pillaje, y después de llevarse el botín, prendió fuego a las demás, tal es la felonía con que se burla de mí.

Mi señor Yvain escuchó entero el relato de su huésped, y luego tomó la palabra para darle su parecer:

—Señor, me duele y causa honda aflicción vuestro infortunio, pero hay algo que

no deja de sorprenderme: ¿cómo no fuisteis a buscar ayuda a la corte del gran rey Arturo? Ningún hombre tiene tanta virtud, como para no hallar en su corte a quienes quieran poner a prueba su valor con el suyo.

Le confiesa entonces el noble señor que, de haber podido encontrar a mi señor Gauvain, habría contado con una ayuda segura.

—No hubiese apelado a su ayuda en vano, porque mi mujer es hermana suya. Pero un caballero extranjero, venido de otra tierra, llegó a la corte en busca de la reina, a la que tiene ahora en su poder. Jamás se la habría llevado, de no haber engañado al rey ese bribón de Kay, para que dejara a la reina bajo su protección. El rey demostró una temeridad insensata, y la reina, atolondrada, se fió a la ligera de su escolta, pero a mí me ha perjudicado en exceso y causado un gravísimo daño, porque con toda certeza, si se hubiera enterado de esta aventura mi señor Gauvain, el [vv. 3923-3983] valeroso, habría acudido aprisa en ayuda de sus sobrinos. Pero él ignora la desgracia que tanto me abrumba, que a poco se me parte el corazón, porque anda persiguiendo a aquel caballero, sobre quien caiga la justicia divina, por haberse llevado a la reina.

Al escuchar estas palabras mi señor Yvain no deja de suspirar, por la lástima que le inspiran, y le responde:

—Noble y apreciado señor, de buen grado me comprometería en esta aventura peligrosa, si el gigante y vuestros hijos llegasen mañana a una hora bastante temprana, para no demorarme demasiado, porque mañana mismo tendré que marchar de aquí al mediodía, para atender una promesa que hice.

—Noble señor, os doy las gracias una y mil veces, por este ofrecimiento que me hacéis.

Entonces salió de un aposento la doncella, hermosa de cuerpo y de rostro muy bello y deleitoso. Caminaba cabizbaja, recatada y calladamente, mirando hacia el suelo, como si no viese nunca el fin de su desgracia; a su lado, iba su madre, pues el señor del castillo les había mandado buscar, para presentárselas a su huésped. Llegaron embozadas en sus mantos, para ocultar sus lágrimas, pero él les manda destaparse la cara y levantar la mirada, diciéndoles:

—No debe enojaros lo que os mando, puesto que Dios y la buena ventura nos han traído aquí a un caballero de tanta generosidad y largueza, que me promete luchar contra el gigante. Así que no demoréis el arrodillaros a sus pies, para agradecérselo.

—Dios no quiera que contemple tal espectáculo —prorrumpe mi señor Yvain—. Me resultaría penoso en extremo el ver caer a mis pies a la hermana de mi señor Gauvain y a su sobrina. Dios no permita que mi orgullo alcance a tolerar que caigan de hinojos ante mí. Verdaderamente, sentiría una vergüenza insoportable, y jamás podría olvidarme de este trance.

»En cambio les estaría muy agradecido, si se sosegaran hasta mañana, viendo

cómo Dios les querrá amparar. A mí sólo me resta rezar, para que el gigante venga bastante [vv. 3984-4039] pronto, antes de obligarme a violar un compromiso, pues no me permitiría, por nada del mundo, dejar de atender, mañana al mediodía, el asunto más importante con que jamás me haya enfrentado.

Aunque él no quiera darles una seguridad absoluta —porque teme que el gigante no acuda a una hora bastante temprana, para que pueda llegar a tiempo y salvar a la doncella apresada en la ermita—, sin embargo bastan sus promesas para infundirles una gran esperanza. Todos, hombres y mujeres, le dan las gracias por ello, y sienten hacia él una gran confianza, pensando que muy noble y cortés caballero será, cuando tiene por compañero a este león, tan mansa y gentilmente echado a su lado, como hiciera un corderito. Por la esperanza que tienen en él, se sienten confiados y se alegran, sin dar ya ninguna muestra de aflicción. Cuando llegó la hora de dormir, le llevaron a un aposento claro; la doncella y su madre le acompañaron también, pues ya le tenían mucho cariño, y más le hubiesen tenido todavía de haber sabido de toda su cortesía y grandes proezas. Se acostaron ambos, el león y él, y descansaron los dos: más gente no se habría atrevido a compartir su descanso en el mismo cuarto, y no sólo esto, sino que tomaron la precaución de encerrarles bajo llave, para que no pudieran salir hasta el día siguiente, cuando clareara con el despuntar del alba.

Cuando quedó abierto el aposento, se levantó y oyó misa mi señor Yvain, y se quedó esperando hasta la hora de prima, como lo había prometido. Llegado este momento, llama delante de todos al señor del castillo en persona y le dice:

—Señor, se me acaba el plazo y me iré, pero no os enojéis, porque no me es lícito demorarme. Tened por seguro que de buen grado y gustosamente, de no haber tenido que atender un asunto muy grave lejos de aquí, me habría quedado más tiempo, para ayudar a los sobrinos de mi señor Gauvain, al que tengo gran cariño.

Al oír estas palabras, se asustan tanto la dama y el valvasor, que el corazón les da un brinco en el pecho, y [vv. 4040-4101] sintiendo tal temor de que se marche, intentan caer y arrodillarse a sus pies, pero él no quiere tolerar un gesto que no le parece digno ni noble. Entonces el señor le ofrece compartir sus posesiones, tierras u otros bienes, con tal de que espere más todavía. Él responde:

—¡Dios no quiera que obtenga nada a cambio!

La doncella, espantada, rompe a llorar, suplicándole entre sollozos que se quede. Angustiada y acongojada, le ruega, por la Reina del cielo y de los ángeles, y por Nuestro Señor, que no se marche todavía, que espere sólo un momento; se lo ruega también por su tío, al que, según dijo, conoce, aprecia y estima.

Mi señor Yvain siente que le invade una inmensa compasión, al oírle invocar a su mejor amigo, a la Reina celeste y al eje del mundo y modelo de dulzura. Suspira con angustia que, por nada del mundo, ni por el reino de Tarso[20], quisiera que pereciese en la hoguera la doncella a quien prometió ayuda, porque no sobreviviría o perdería

su vida todo sentido, si llegase demasiado tarde. Pero por otro lado, otra pena le apremia al acordarse de la gran caballerosidad de mi señor Gauvain, su amigo, y a poco se le rompe el corazón, porque sabe que no puede demorar su partida.

Sin embargo, todavía no se ha puesto en marcha, sino que se queda esperando, cuando de pronto surge el gigante, llevando consigo a los caballeros a paso de carga. Del cuello le colgaba una maza, gruesa y punzante, con la que no cesaba de aguijonearles. Ellos no llevaban ropa ni por el valor de un comino, sino harapos mugrientos a modo de camisa, e iban atados de pies y manos con unas cuerdas, sentados sobre cuatro rocines de mala traza, que cojeaban, flacos, endebles y desfallecidos. Llegaban cabalgando cerca del bosque. Un enano, de una fealdad repelente, con cara abotargada, como la de un sapo hinchado, había atado a los rocines por las colas e iba flanqueando a los cuatro hermanos, golpeándoles sin cesar con un látigo de seis nudos; pensaba que lo suyo era una proeza, y no se recataba de azotarles hasta que sangraban. ¡De tal vileza era la escolta que ofrecían el gigante y el enano a sus víctimas!

[vv. 4102-4163]

En medio de la llanura, delante de la puerta de la muralla, se para el gigante y le grita al noble señor que sus hijos quedarán condenados a morir, si no le entrega a su hija, a la que abandonará a la lujuria de sus criados más pordioseros, pues él no la quiere, ni la aprecia lo suficiente para dignarse envilecerse con ella. ¡Mozos tendrá con ella un millar, desnudos, piojosos, que no la soltarán, ribaldos, pinches, marmitones, que todos la compartirán a escote!

Cree enloquecer de rabia el noble señor, al oír a aquel monstruo decirle que deshonorará a su hija haciendo de ella una prostituta, o que matará si no a sus cuatro hijos, ante sus propios ojos. En sus quejas se llama desdichado, infortunado, suspira y llora a lágrima viva. Entonces le habla mi señor Yvain, como caballero de generoso y franco corazón:

—Señor, este gigante en un arrogante felón, que ahora se jacta, al otro lado de la muralla. ¡Pero Dios quiera que jamás se apodere de vuestra hija, a la que despreciaría y envilecería! Sería demasiada desgracia, que una criatura tan hermosa y nacida de tan alto linaje, fuera entregada a mozos pordioseros.

«Traigan ya mis armas y mi caballo, y mandad que bajen el puente, para que pueda pasar al otro lado. De los dos uno tendrá que quedar derrotado, no sé si él o yo, pero a este monstruo de felonía y crueldad, que aquí nos está provocando, ojalá pueda yo desbaratar, para que os devuelva a vuestros hijos, y enmiende las infamias con que os ha ultrajado. Luego os encomendaría a Dios y marcharía a donde me requiere mi obligación.

Entonces le sacan el caballo, le traen todas sus armas, y se afanan en servirle. Pronto le visten su armadura, tardando lo menos posible en ajustarle las armas y

equiparle, y cuando ya está armado con todo el arnés, sólo les queda bajar el puente, para que salga. Ya lo han bajado y sale, pero justo detrás camina el león, que no le abandonaría por nada del mundo. Los de dentro le encomiendan al Salvador, pensando con verdadero pánico, que aquel diabólico monstruo, que ante sus propios ojos mató a más de un caballero [vv. 4164-4216] en medio de la plaza, puede volver a acometer la misma matanza. Ruegan a Dios que le guarde de tan mortal suerte y se lo devuelvan sano y salvo, otorgándole la muerte del gigante; todas estas plegarias elevan cada uno, rezando con gran fervor. Y al mismo tiempo el monstruo denuesta al caballero, amenazándole con todo atrevimiento:

—¡Poco aprecio te tenía quien aquí te mandó, por mis ojos! Mejor no podía haberse vengado de ti, por nada del mundo. ¡Buena revancha se ha tomado ya de la fechoría que le hiciste!

—Huelgan discusiones —contesta el caballero, que no teme a nada—, lucha lo mejor que sepas, que yo lo haré también, pues me cansan los discursos ociosos.

E inmediatamente mi señor Yvain, que siente gran impaciencia por salir, se abalanza sobre el gigante para golpearle en el pecho, donde sólo lleva una piel de oso, a guisa de armadura. Haciendo fuerza con la estaca y todo su peso, el gigante se le echa encima, pero mi señor Yvain le asesta tal golpe en medio del pecho que, no sólo le arranca el pellejo que le servía de loriga, sino que le hinca la lanza en el cuerpo, tan adentro que moja el hierro en la sangre como si fuera salsa, mientras el adversario le golpea con tan fuertes mazazos, que lo deja doblado. Pero ahora mi señor Yvain saca la espada, en cuyo manejo destaca por su vigor, y encuentra desprotegido al gigante: tanto se ha fiado éste en la fuerza de su cuerpo, que no ha querido armadura. Entonces arremete contra él el caballero con la espada, y golpeándole, no con el filo sino con la hoja, le arranca de la mejilla un tajo de carne, como para una carbonada, pero con tan terrible embestida le responde el gigante, que lo voltea de bruces encima de su corcel.

Con este golpe, el león, la melena erizada por la ira, salta enfurecido, para ayudar a su señor, y atacando al gigante con toda su fuerza, le raja la piel velluda, como si fuera la corteza de un árbol, y cuando ya lo tiene casi desollado, le arranca de la cadera un buen pedazo, y le sigue tajando nervios y carne del muslo. El gigante, mugiendo como un toro, porque el león lo ha lastimado de muerte, se alza [vv. 4217-4280] agarrando la estaca con ambas manos, para arremeter contra él, pero cuando cree alcanzarle, el león esquiva el golpe con un brinco y cae la maza cerca de mi señor Yvain, pero sin alcanzarle. ¡Con ninguno de los dos ha podido el gigante! Ahora mi señor Yvain blande la espada y con dos golpes, le deja entreverado el cuerpo: antes de que se dé cuenta, con el filo de la espada le ha desgajado el hombro del tronco, y a la segunda cuchillada, toda la hoja le ha atravesado, entrando por el pecho e hincándose hasta el hígado. Rozándole la muerte se desploma el gigante. Mayor

estruendo no causaría, creo yo, la caída de un gran roble, que la de aquel monstruo retumbando al caer.

Con este último lance, dejan sus puestos todos los que asistían al combate desde las almenas, y acortando distancias los más rápidos, se lanzan como jauría al encarne, cuando los perros están a punto de cobrar la bestia que han forzado. Así corren hombres y mujeres, apresurándose sin escatimar esfuerzos hasta el lugar donde yace el monstruo boca arriba. El mismo señor del castillo corre hacia allí, con toda su corte, y allí también acuden madre e hija. Ahora tras tantos sufrimientos, los cuatro hermanos se entregan a la alegría. Saben con certeza que nadie podría retener ya a mi señor Yvain, por nada del mundo, pero le ruegan que, vaya donde vaya, vuelva a su lado, para celebrar unos festejos, tan pronto como haya llevado a cabo su empresa. Les contesta que no se atreve a prometérselo, porque no puede adivinar cómo saldrá de aquel trance, pero hace al señor el siguiente ruego: quiere que su hija y sus cuatro hijos se lleven al enano y vayan a ver a mi señor Gauvain, cuando sepan que ha vuelto, para contarle cómo ha luchado, porque en nada tiene su valor, quien quiere que se oculte.

—No sería justo —le contestan— callar una proeza tan ejemplar. Cumpliremos con vuestra voluntad, pero sólo queremos preguntaros, señor, a quién podremos atribuir esta hazaña, cuando estemos delante de mi señor Gauvain, si no sabemos cómo os llamáis.

—Cuando estéis en su presencia —les responde mi señor Yvain—, podréis decirle que el Caballero del León os [vv. 4281-4343] dije que era mi nombre, y además debo rogaros que le mandéis decir de mi parte lo siguiente: que él me conoce perfectamente, como yo a él, pese a que ignore quién he llegado a ser. Nada más tengo que pedir, porque debo marcharme de aquí y nada me asusta tanto como el pensar que me haya demorado demasiado.

Se marcha entonces, no sin que le haya rogado antes el señor, con toda la nobleza que le caracterizaba, que se llevara a sus cuatro hijos, y si lo hubiese aceptado, todos se habrían afanado en servirle pero, sin querer compañía de nadie, abandonó la plaza.

Ahora tan aprisa como puede llevarle su caballo, retorna hacia la ermita, siguiendo el camino hermoso y recto que tan bien conoce. Pero antes de que llegara a la ermita, ya habían sacado a la doncella, y preparado la hoguera donde iba a ser quemada sin otra prenda que su camisa. Ante el fuego, la iban agarrotando, quienes injustamente la acusaban de lo que jamás había soñado siquiera. Llegó mi señor Yvain, y al verla tan cerca de la hoguera, donde quieren arrojarla, debió sentir una profunda angustia: ni cortés ni sabio sería quien nunca temiese a nada. La verdad es que se afligió mucho, pero confiando en que Dios y el derecho estarían de su parte: se fía mucho de su ayuda, y tampoco reniega de la de su león. Se abre paso entre el gentío que se arremolinaba, gritando:

—¡Dejad a la doncella, bribones, dejadla! ¡No es justo que arda en la hoguera, cuando ningún delito ha cometido!

Unos y otros se van apartando y abriéndole paso, mientras él siente impaciencia por contemplar con sus ojos a la que su corazón sigue viendo, en cualquier lugar donde se halle. Tanto la busca con la mirada, que ya la encuentra, y lo que ve pone su corazón a tal prueba, que él se esfuerza en refrenarlo, como cuando uno intenta a duras penas retener con el freno a un caballo desbocado. Sin embargo, se complace en contemplarla suspirando, pero con gran [vv. 4344-4407] desasosiego ahoga sus suspiros, para que no los oiga la gente. Siente gran compasión, viendo y oyendo a unas pobres damas, que llevaban un extraño duelo, diciendo entre sí:

—¡Ay, Dios! ¡Qué desamparadas y abandonadas nos vamos a quedar, al perder tan buena amiga, que tanto nos ayudaba y apoyaba en la corte! Gracias a sus consejos, mi señora nos regalaba sus vestidos, guarnecidos de petigrís, pero mucho va a cambiar ahora nuestra suerte, sin nadie que nos defienda. Maldito sea quien nos la quita. Maldito aquel por cuya culpa vamos a perderla, con tan grave perjuicio. Ya no habrá nadie en la corte para decir:

»Y este manto, este brial también, aquella túnica otrosí, querida señora, dadlos a esta noble mujer, porque sin lugar a dudas, bien empleadas estarán estas prendas, si se las regaláis, pues ella anda muy necesitada.

Así se lamentaban aquellas damas, y mi señor Yvain, que se encontraba entre ellas, iba oyendo perfectamente sus quejas, que no eran afectadas ni fingidas, cuando consiguió ver a Luneta de rodillas, despojada de toda prenda, salvo su camisa, y que ya confesada, había pedido perdón a Dios por sus pecados y proclamado su culpa. Él, que tanto afecto le había tenido, se acercó a ella y le ayudó a levantarse, diciéndole:

—Doncella mía, ¿dónde están los que os culpan y acusan? Ahora mismo, si no la rechazan, les será librada batalla.

Ella, sin haberle visto ni mirado todavía, exclamó:

—Señor, Dios es quien os manda en tan grave apremio. Los que levantan falso testimonio contra mí ya tenían preparada esta hoguera, y si os hubieseis demorado algo más, ya sería brasas y ceniza. Habéis venido para defenderme, Dios os dé poder para ello, como tan verdad es que yo soy inocente de lo que me acusan.

Tras oír estas palabras, el senescal, que estaba con sus hermanos, empezó a gritar.

—¡Ah, mujer, criatura parca en verdades y pródiga en mentiras! Poco prudente es quien, fiándose de tus palabras, [vv. 4408-4465] carga con tal peso. ¡Qué malhadado el caballero que vino a morir por ti, pues él está solo, frente a nosotros tres! Pero le permito escapar, antes de que le ocurra tamaña desgracia.

El caballero, enojado por este discurso, le replica airado:

—¡Quien tenga miedo, que se marche! Yo no temo a vuestros tres escudos, como para darme por vencido sin combatir. Vosotros esperáis de mí que, sano y salvo, deje

campo libre, abandonándoos la plaza, pero no os complaceré. Mientras me quede vida y salud, no huiré ante esta clase de amenazas. Pero a ti, senescal, te invito a que proclames la inocencia de la doncella, a la que has acusado injustamente, pues ella dice —y yo la creo, porque me lo ha jurado por su honor, con peligro de condenar su alma por perjurio— que nunca traicionó a su señora, con actos o con palabras, ni con el pensamiento siquiera. Yo creo absolutamente todo cuanto ella me ha afirmado, y la defenderé hasta donde pueda, porque su derecho me sirve de auxilio. A decir verdad, Dios está del lado del derecho. Si Dios y el derecho, que se mantienen unidos, acuden en mi ayuda, tengo mejor compañía y auxilio que tú.

Pero el senescal le responde temerariamente, que puede emplear todos los medios a su antojo para lastimarles, pero que no les haga daño el león. Yvain alega que no ha traído a su león como campeón, y que sólo quiere poner en juego su propia persona, pero que si su león les requiere, que se defiendan, porque él no les puede garantizar nada a este respecto.

—Digas lo que digas —replican—, si no castigas a tu león, para enseñarle a estarse quieto, no tienes por qué permanecer aquí: márchate, será más sensato, pues siendo conocido por todo el país cómo ella ha traicionado a su señora, es de justicia que el fuego y las llamas le devuelvan su merecido.

—No lo quiera el Espíritu Santo —responde el caballero, que sabe la verdad—, y Dios me conceda el no marcharme hasta que la haya liberado.

[vv. 4466-4521]

Entonces manda al león echarse atrás y quedarse quieto, y éste obedece sus órdenes.

Ahora que el león se ha retirado, dejan los combatientes discursos y litigios por otras lides y se alejan para tomar campo. Juntos arremeten al galope contra mi señor Yvain sus tres adversarios, mientras él se dirige al paso a su encuentro, porque no quiere apurarse ni desviarse con el primer golpe. Les deja quebrar sus lanzas y guarda la suya entera, esgrimiendo su escudo, para esquivar sus golpes, como si fuera un estafermo, donde cada intento se salda con una lanza hecha añicos. Luego hinca las espuelas para tomar campo y se aleja de ellos un arpende, pero pronto vuelve a la pelea, sin preocupación por demorarse. En su vuelta, alcanza al senescal, que cabalga delante de sus dos hermanos, quebrándole su lanza en el cuerpo. Tan soberbio ha sido el golpe, que su adversario a su pesar se desploma, cayendo al suelo, donde yace largo rato, sin que ya nada le importe.

Ahora los otros dos arremeten contra él, y blandiendo sus espadas desenvainadas, ambos le golpean vigorosamente, pero más fuertes son los golpes que reciben, pues uno solo de los suyos vale por dos de sus adversarios. Tan magistralmente se defiende, que no logran ninguna ventaja, pero ahora el senescal se vuelve a levantar, y tanto se esfuerzan entre los tres, que le dejan lastimado y malherido.

El león, que está mirando el combate, no tarda en acudir en su ayuda, porque le parece que la necesita. Todas las damas, que tienen en gran estima a la doncella, no cesan de invocar al unísono el nombre de Dios, rogándole de todo corazón que no permita por nada del mundo que mi señor Yvain, arrojado a esta pelea por salvar a la doncella, pierda la vida o la libertad en este trance. Con plegarias le ayudan sus mercedes, a falta de bastonazos...

En cuanto al león, es tan valiosa su ayuda desde la primera embestida, que con todo ímpetu ha golpeado al senescal, que se encuentra desarzonado y sin montura, haciendo volar como si fuesen pajas, las mallas de su loriga. Al suelo lo derriba, y arremete contra él con tal fuerza, que le [vv. 4522-4583] arranca un tendón desde el hombro por todo el flanco, y le va desgarrando en carne viva hasta las vísceras. Pagarán caro sus dos compañeros la derrota del senescal, porque ahora la justa ha de enfrentar a los combatientes de igual a igual. No puede escapar a la muerte el senescal, que se estremece y revuelve en las olas de sangre bermeja, que brotan de su cuerpo. El león ataca a los otros, porque mi señor Yvain está demasiado malherido como para poder amonestarle y apartarle, pero además está seguro el león de que su señor no desprecia su ayuda en absoluto, sino que, al contrario, le hace amarle más; así arremete fieramente contra sus adversarios, mientras ellos se quejan de sus golpes y no dejan de malherirle y lastimarle.

Cuando mi señor Yvain ve herido a su león, se le revuelve el corazón en las entrañas, con toda razón; se esfuerza en vengarle, abalanzándose contra ellos con tal arrojo, que no pueden oponer resistencia y se entregan a su merced. Decisiva ha sido la ayuda del león, ahora desesperado y espantado por las heridas que lleva. Mi señor Yvain, por su parte, tampoco está a salvo, pero no le asusta tanto su maltratado cuerpo, como contemplar los sufrimientos de su león.

Así, tal como quería, ha librado a su doncella, a quien aplacada toda su ira, ha perdonado la señora de buen grado. En cuanto a aquellos traidores, ardieron en la hoguera encendida para la doncella, porque es de justicia que quien acusa a otro injustamente, tenga que morir de la misma muerte que había sentenciado. ¿Y Luneta? Está alegre y feliz después de haberse reconciliado con su señora, y ambas celebran este desenlace con un alborozo extraordinario. Todos se ofrecen a ponerse al servicio de su señor: se brindaban a llevar a cabo lo que verdaderamente era su obligación, pero es que nadie le había reconocido, e incluso la dama dueña de su corazón, ignoraba su identidad: le rogó encarecidamente que se dignara permanecer con ellos, hasta que se repusieran de sus heridas, él y su león. Pero le contesta:

—Señora, no podré quedarme aquí, mientras no haya [vv. 4584-4628] obtenido el perdón de mi dama: cuando remita su furor y cese su ira hacia mí, entonces finalizarán mis pruebas.

—Lo lamento de verdad —replica ella—, y no tengo por muy cortés a la dama

cuyo corazón siente rencor hacia vos. No debería cerrar su puerta a un caballero de vuestra valía, a no ser que hayáis cometido algo deshonesto para ella.

—Señora, por mucho que me pese, cuanto a ella se le antoja, a mí me complace, pero no esperéis que os hable más de sus motivos, o de la culpa que tuve, porque no hablaré de ello por nada del mundo, salvo con los que saben de este pleito.

—¿Acaso hay alguien, aparte de los dos, que esté al tanto de este asunto?

—Sí, ciertamente, señora.

—Pero, si os place, decidnos vuestro nombre, noble señor, y así marcharéis totalmente libre.

—¿Libre del todo, señora? No lo estaré, porque debo más de lo que podré devolver. Sin embargo, no he de ocultaros cómo me hago llamar: jamás oiréis hablar de mí si no es por el nombre de Caballero del León, pues así quiero que me llamen.

—Por Dios, noble señor, ¿cómo puede ser que no nos hayamos visto nunca, ni os hayamos oído nombrar?

—Señora, esto os demuestra que soy caballero de escaso renombre.

La dama volvió a la carga:

—Una vez más, si no temiese enojaros, os rogaría que os quedarais.

—En verdad, señora, no podría aceptar, hasta tener la certeza de haber recobrado el amor de mi dama.

—Entonces, marchaos con Dios, noble señor, ¡y que Él tenga a bien tornar en alegría el dolor que os atormenta!

—Señora —contesta—, ¡Dios os oiga!

Luego añadió, murmurando entre dientes:

—Sois vos, señora, quien lleváis la llave, quien poseéis la cerradura y el arca, donde encerrada está mi alegría, y no lo sabéis...

[vv. 4629-4694]

Se marcha muy turbado, porque no le ha reconocido nadie, salvo Luneta, que le acompañará un buen trecho: ella es su única escolta, y según van cabalgando, le ruega que no revele la identidad del que ha sido su campeón.

—Señor, así lo haré —promete ella.

Ahora mi señor Yvain le hace otro ruego, que se acuerde de él y abogue en su favor delante de su señora, en toda ocasión. Ella le interrumpe: huelgan estas recomendaciones, porque no es perezosa, ni descuidada, y nunca lo olvidará. El caballero se lo agradece mil veces.

Se aleja, lleno de inquietud por su león, al que tiene que llevar, porque es incapaz de seguirle. En su escudo, le ha preparado una litera, con helechos y musgo, y le ha echado, con gran delicadeza, encima de este lecho. Siempre transportando así al león, tumbado dentro de su escudo vuelto del revés, llega delante de la puerta de un hermoso castillo fortificado. Al encontrarla cerrada, llama, e inmediatamente, sin que

tenga que repetir la llamada, le abre el portero, que cogiéndole la rienda del caballo, le saluda con estas palabras:

—Noble señor, recibid este hostel, que os brinda mi señor, si os place descabalar y albergaros aquí.

—Acepto con gusto este ofrecimiento —contesta— porque me es menester hospedarme ahora.

Al franquear el umbral, descubre a toda la mesnada, que sale a su encuentro. Le saludan y ayudan a descabalar; unos ponen su escudo en el león encima de su escalón, mientras otros se llevan su montura a las caballerizas, y los escuderos, como es su obligación, le quitan y se llevan su arnés. Nada más enterarse de la noticia de su llegada, acude al patio el señor del castillo, para saludarle, seguido de su esposa, hijo y todas sus hijas, a los que acompañan otras muchas gentes. Le acogen con gran alborozo y le hospedan en un cuarto muy tranquilo, porque le parece que está enfermo, y redoblan sus atenciones, al dejar junto a él a su león. Dos doncellas, expertas en remedios, se afanan en cuidarle: eran las hijas del señor del castillo.

Cuántos días permaneció el caballero, no lo sé, hasta [vv. 4695-4749] que ya curados, él y su león, hubieron de reemprender el camino.

Pero ocurrió, mientras tanto, que el señor de la Negra Espina sostuvo pleito con la muerte, que tanto le apremió, que le alcanzó su embestida y tuvo que morir. Después de que falleciera, surgió una querrela entre sus dos hijas: la mayor declaró que disfrutaría de todo el feudo, cada día de su vida, a su antojo, sin compartir nada de esta herencia con su hermana; entonces dijo la hija menor que iría a la corte del rey Arturo en busca de apoyo, para reivindicar lo que en justicia le correspondía. Cuando vio que su hermana, bajo ningún concepto le abandonaría la totalidad del feudo sin entablar pleito, se quedó muy preocupada la hija mayor, y afirmó azoradamente, que a poder ser llegaría a la corte antes que la otra.

Inmediatamente, emprende sus preparativos y se encamina sin demora hacia la corte, donde llega quemando las etapas, mientras su hermana le sigue con no menos premura, aunque malgasta sin embargo sus apresurados pasos, porque la mayor ya ha defendido su causa ante mi señor Gauvain, otorgándole el caballero todo cuanto le ha rogado. Pero el pacto que ambos han hecho lleva una cláusula: debe mantenerse en secreto, pues si alguien se enterase por culpa de ella, él ya no tomaría las armas en su defensa, y ella suscribió esta condición.

En esto, ya llegó a la corte la hermana menor, vestida con un manto corto de escarlata, guarnecido de armiño. Tres días hacía que había vuelto la reina, librada del cautiverio en que la había tenido Meleagante, junto con otros presos, mientras Lanzarote había sido encerrado a traición en la torre. Ocurrió que aquel mismo día en que la doncella llegó a la corte, allí se había recibido la noticia de que el gigante, aquel monstruo de crueldad, había sido exterminado en duelo por el Caballero del

León. De parte de este último, habían saludado sus sobrinos a mi señor Gauvain, relatándole su sobrina el valioso e inapreciable servicio que les [vv. 4750-4802] había prestado aquel caballero en nombre de su amistad, y cómo había añadido que, aun sin saber quién era, mi señor Gauvain conocía bien al caballero.

Ha oído estas declaraciones la doncella, que anda desamparada, desconcertada y presa del desasosiego, pensando que ya no podrá encontrar en la corte ayuda ni protección, ahora que le ha fallado el mejor de los caballeros: ella había intentado convencerle de muchas maneras, suplicándole que interviniese en nombre de su amistad:

—En vano me rogáis, amiga, para que emprenda lo que no puedo, porque no me lo permitiría otro asunto, en el que ando comprometido.

Le deja entonces la doncella, y se presenta ante el rey:

—Rey —dice—, he acudido a ti y a tu corte en busca de apoyo, pero ha sido en vano. Me asombra no encontrar ayuda, sin embargo faltaría a la cortesía, si me marchase sin tu licencia. En cualquier caso, sepa mi hermana que le cedería algo de la parte mía, por la vía amistosa, si lo aceptase, pero que por la fuerza, mientras sea capaz, aunque yo no haya encontrado amparo ni protección, no le abandonaré mi herencia.

—Es muy razonable lo que decís —contesta el rey—, y puesto que ella está aquí presente, yo le aconsejo, ruego e insto, a que os deje la parte que os corresponde según derecho.

Pero la otra, que se sentía apoyada por el mejor caballero del mundo, responde con vehemencia:

—Señor, ¡que Dios me confunda, si alguna vez comparto con ella algo de mi tierra, castillo, villa, artiga, bosque, llanura o cualquier cosa! Pero si hay caballero que se atreva a tomar armas en su defensa, sea quien sea, y acepte sostener su causa, que se presente ahora mismo.

—Lo que proponéis no es aceptable —replica el rey—, pues este asunto requiere más tiempo, y ella puede procurarse el campeón que quiera, de aquí a cuarenta días, y someterse a juicio ante cualquier corte.

Le responde la doncella:

—Noble señor, rey, podéis establecer vuestras leyes a [vv. 4803-4856] vuestro antojo y como os plazca. A mí no me afecta ni me concierne, y no tengo derecho a desacatarlas, enfrentándome a vos, así que debo aceptar este plazo, si ella lo solicita.

Entonces la hermana menor manifiesta su requerimiento: ella desea y reclama que así se haga. Luego encomienda al rey a Dios, y declara que, por todas las tierras, buscará sin cesar al Caballero del León, que no ahorra esfuerzos para socorrer a las doncellas, cuando de su ayuda tienen menester.

Emprendió al punto la doncella su búsqueda, recorriendo varias comarcas. Pero

del caballero no tuvo la menor noticia, lo que le afligió tanto, que cayó enferma. Quiso sin embargo su buena fortuna que pudiera hospedarse donde uno de sus mejores amigos, y allí, nada más verla, se percataron de que su salud estaba muy quebrantada, por lo que se esforzaron en retenerla, y fue tal su solicitud, que ella les contó el motivo de su preocupación. Una doncella se brindó entonces para emprender la aventura que ella había iniciado, y se lanzó en busca del caballero; así pudo la enferma quedarse descansando.

La otra doncella cabalgó de un tirón y sin escolta durante toda una jornada, hasta que llegó la noche oscura. Con el anochecer, sintió gran desasosiego, y la lluvia redobló sus temores, pues llovía con toda la furia e ímpetu con que Dios es capaz de descargar las aguas del cielo, cuando ella se encontraba precisamente en lo más hondo del bosque. La noche y el arbolado le atemorizaban, y con mayor pavor que la noche o el bosque, el aguacero. Tan malo era además el camino que, una y otra vez, su caballo quedó embarrado hasta las cinchas, o casi. ¡Qué desasosegada caminaba la doncella por el bosque, sin otra compañía que sombra y tormenta, y en una noche tan oscura que ni podía ver la montura que cabalgaba! Así que no dejaba de invocar a Dios primero, luego a su Madre, y después a todos los santos y santas del paraíso, y pasó toda la noche rezando a Dios, para que le hiciera salir de este bosque, y le llevase a buen hospedaje.

Al cabo de tantas plegarias, oyó tocar el cuerno, y [vv. 4857-4914] sintió gran alegría al pensar que encontraría hospedaje, siempre que pudiera hallar el camino hasta allí. Se dirige hacia aquella parte, tomando una calzada, que le lleva recta hacia el cuerno cuyo sonido sigue oyendo, cuando tres veces vuelve a sonar, largo tiempo y con mucha fuerza. Guiándose por el sonido, camina derecho, hasta llegar a una cruz, a la diestra de la calzada. Espolea su caballo, pensando que por allí puede estar el cuerno y quien lo toca, y al aproximarse a un puente, distingue las blancas murallas y la barbacana de un castillete redondo.

Así le llevó Aventura al castillo, guiada por la voz del cuerno, que el vigía había tocado subido a la torre. Tan pronto como la ve, éste le saluda, baja, coge la llave, y le abre la puerta, diciéndole:

—Bienvenida, doncella, quienquiera que seáis, esta noche tendréis buen hospedaje.

—No pido más por esta noche —contesta la doncella, mientras le lleva el atalaya. Después de tantas pruebas y trabajos soportados todo el día, le resulta muy grato poder albergarse.

Al terminar la cena, su huésped le pregunta en la conversación sobre el destino de su viaje y el objeto de su búsqueda, a lo que ella responde:

—Busco a quien jamás he visto, creo yo, ni conocido. Sólo me han dicho que anda en compañía de un león, y que si lo encuentro, podré tener entera confianza en

él.

—Yo mismo, —afirma su huésped— puedo dar fe de ello, porque cuando me hallaba desamparado ante un grave peligro, Dios condujo a este caballero hasta mí anteayer. ¡Benditos los caminos por donde llegó a mi castillo, porque me vengó de un mortal enemigo mío, y me colmó de alegría matándole ante mis propios ojos, delante de esa misma puerta! Mañana, podréis ver el cuerpo de un gigante, con el que acabó tan pronto, que apenas si le dio tiempo a pasar sudores.

—Por Dios, señor —exclama la doncella—, debéis decirme con toda exactitud, si lo sabéis, adónde se marchó y en qué lugar ha de permanecer.

[vv. 4915-4978]

—No lo sé —contesta—, Dios sea testigo, pero mañana os pondré en el camino por donde se fue.

—Dios me ha traído aquí —dice—, donde me dan noticias tuyas, pero si logro encontrarle en persona, mi alegría no tendrá límites.

Así estuvieron largo rato conversando, hasta que se retiraron a descansar. Cuando despuntó el alba, la doncella, impaciente por encontrar lo que buscaba, ya se había levantado, y también el señor de la casa y sus compañeros, que pronto la dejan en la buena senda de la fuente bajo el pino.

Hacia aquel castillo cabalga aprisa la doncella, siguiendo la vía recta. Al llegar allí, preguntó a los primeros que encontró si podían informarle acerca del caballero y del león, que andaban en mutua compañía. Justo en este mismo lugar, habían visto a ambos derrotar a tres caballeros, le contestan.

—Por Dios —exclama ella—, ya que me habéis dado esta nueva tan importante, no me debéis ocultar nada, si es que sabéis algo más.

—Nada —contestan—, no sabemos más de lo que os hemos contado, e ignoramos qué ha sido de él. Si la doncella en cuya ayuda acudió no os da noticias tuyas, nadie podrá hacerlo. Si queréis hablar con ella, no tenéis más que encaminaros hasta aquella iglesia, donde ha ido a rezar y oír misa; ya lleva tanto rato que debe haber terminado con sus oraciones.

Según iban comentando estas cosas, salió precisamente Luneta de la iglesia y dijeron a la doncella: «¡Ahí la tenéis!». Ella fue a su encuentro e intercambiaron saludos. Inmediatamente la doncella pregunta a Luneta lo que quería saber, y ella contesta que hará ensillar un palafrén suyo, para acompañarla y llevarla hasta un bosquecillo, donde ha dejado al caballero. La otra se lo agradece de todo corazón. No tardan en traerle a Luneta el palafrén, ni ella en montarlo. Mientras cabalgan, le va contando cómo fue acusada de traición, y cómo, encendida ya la hoguera donde ella había de perecer, acudió el caballero, cuando más menester tenía de su ayuda.

[vv. 4979-5035]

Así conversando, le acompañó hasta el mismo camino donde había dejado a mi

señor Yvain. Después de escucharla, le dijo:

—Mantendréis este camino, hasta llegar adonde, si así lo quiere Dios y el Espíritu Santo, os darán noticias más recientes que las mías, Yo me acuerdo que nos separamos muy cerca de este lugar, o aquí mismo, pero no nos hemos vuelto a encontrar desde entonces, y no sé qué habrá sido de él, porque cuando se despidió de mí, necesitaba la cura de algún unguento. Por este camino os mando en su busca, y Dios os conceda el encontrarle sano, hoy mejor que mañana. Ahora os encomiendo a Dios. No me atrevo a acompañaros, no vaya a ser que se enfade mi señora.

Con esto se separan las dos doncellas, pues una emprende el retorno mientras la otra prosigue su camino, cabalgando largo rato, hasta encontrar el castillo, donde se había hospedado mi señor Yvain, hasta quedar totalmente curado. Ve gente delante de la puerta: damas, caballeros, servidores, así como el señor del castillo. Tras saludarles, les pregunta si saben algo y pueden darle algunas noticias acerca de un caballero al que busca.

—Lo más significativo en él, según me han dicho, es un león del que nunca se separa.

—A fe mía, damisela —contesta el señor—, se despidió de nosotros hace muy poco y hoy mismo le podéis alcanzar, si no os apartáis de las pisadas de su caballo, pero cuidado de no demoraros.

—¡Dios me libre de ello, señor! —exclama—. Pero decidme ahora, hacia dónde he de seguirle.

—Por ahí, todo recto —le contesta, rogándole que le salude de su parte, pero de poco les sirvió la recomendación, porque ella ya no les escuchaba, sino que se puso al galope a toda brida. Pese a que su palafrén tenía veloz ambladura, su paso le resultaba demasiado lento. Así recorre al galope cenagales, lo mismo que caminos de franca pisada, hasta alcanzar con la vista al que lleva en su compañía un león. Grita entonces con alegría:

—¡Dios me ayude! Ahora veo al que he perseguido [vv. 5036-5089] tanto tiempo. He acertado sin apartarme de sus huellas, pero ¿de qué me valdrá seguirle y alcanzarle, si no logro cogerle? De poco o nada, verdaderamente, pues si no consigo que vuelva conmigo, habré malgastado mis esfuerzos.

Así discurría apresurándose; y chorreando sudor su palafrén por tan endiablado paso, para su montura, llega junto al caballero y le saluda, a lo que él pronto contesta:

—¡Dios os guarde, hermosa criatura, y os libre de todo enojo y pesares!

—¡A vos también, señor, en quien pongo mi esperanza, pues de todos ellos podríais librarme!

Luego, poniéndose a su lado, sigue diciéndole:

—Señor, he estado buscándoos. La gran fama de vuestra honra me hizo franquear varios reinos, soportando todas las fatigas. Después de tan larga búsqueda, gracias a

Dios, me encuentro aquí, en vuestra compañía, y no lamento ninguno de mis males padecidos, ni me quejo, ni los recuerdo siquiera, pues no me pesan ya nada; se han aliviado todos mis miembros, porque tan pronto como me reuní con vos, el dolor se alejó volando de mí. Sin embargo, el asunto que me trae no me concierne. Quien me manda donde vos es una persona de alto linaje, de mayor rango y mérito que yo. Pero si se ha equivocado esta doncella al recurrir a vos, será vuestra honra quien le traicione, porque ella sólo en vos espera encontrar amparo y ayuda, para defender su causa, frente a una hermana suya, que pretende privarla de su herencia; no se le puede convencer de que otro caballero podría ayudarle, sino que rechaza la idea de requerir otro auxilio que el vuestro. Verdaderamente, tened por seguro que si podéis llevaros el trofeo de esta victoria, habréis conquistado y salvado el feudo de la desheredada, y habrá crecido también vuestra honra. Para defender su herencia, esperándolo todo de vos, ella emprendió aventura, para requeriros en persona, y no habría dejado a nadie a este cuidado, si no se lo hubiera impedido una grave enfermedad, que le obliga a guardar cama. Ahora, respondedme, os lo ruego: ¿os atreveréis a acudir en su defensa o habréis de descansar?

[vv. 5090-5140]

—Descansar me tiene sin cuidado —contesta el caballero—, pues con ello nadie puede ganar fama, y lejos de concederme algún descanso, gustosamente os seguiré, dulce amiga, hasta donde queráis. Ya que tanto confía en mí la doncella en cuyo nombre me requerís, no perdáis la esperanza de que haga para ayudarle todo cuanto está en mi mano. Ahora Dios me conceda valor y gracia, para que al defender esta justa causa, devuelta su buena ventura a esta criatura desventurada.

Así conversando, cabalgaron juntos largo rato, hasta llegar cerca del castillo de la Pésima Ventura. Se guardaron de proseguir su camino, porque iba declinando el día. Según iban acercándose al castillo, la gente, que les veía venir, profería maldiciones hacia el caballero:

—¡Mala suerte tengáis por estos lares, señor, que en mala hora venís!, que quienes os guiaron hasta esta morada buscaban vuestra desgracia y deshonor, lo podría jurar un abad.

—¡Ah, villanos e insensatos! —les recrimina—, gente vil, llena de maldad, desprovista de toda virtud, ¿por qué me habéis saludado tan ominosamente?

—¿Por qué? Un paso más y lo sabréis. Pero no os enteraréis de nada hasta penetrar dentro de esta alta fortaleza.

Entonces se encamina mi señor Yvain hacia la torre, mientras la gente prorrumpe en imprecaciones hacia él:

—¡Hu, hu! ¿Adonde vas, desdichado? Si alguna vez en tu vida encontraste a quien provocara tu deshonor e infamia, en el lugar hacia donde caminas, tales ultrajes te han de infligir, que no podrás ni contarlo.

—Gente sin honra y sin bondad —replica mi señor Yvain al oírles—, gente fastidiosa y necia, ¿por qué me hostigáis y buscáis mi agobio? ¿Qué queréis y esperáis de mí, persiguiéndome con vuestros gruñidos?

—Amigo, te irritas por nada —le contesta una dama de cierta edad, que era muy sagaz y de extrema cortesía—, ten la seguridad de que ninguna de sus palabras lleva mala [vv. 5141-5194] intención, sino que te están advirtiéndote algo por si lo supieras entender, para que no subas a hospedarte arriba. No se atreven a decirte el porqué, pero si te fustigan y asustan, es con el solo propósito de ponerte en guardia. Acostumbran a hacerlo con todos los viajeros que se aventuran por estos parajes, para disuadirles y alejarles de estos lares, porque la costumbre de este lugar es tal que, ocurra lo que ocurra, no nos atrevemos a albergar a ningún forastero por muy caballero que sea. Ahora lo demás es cosa tuya. Nadie se interpondrá en tu camino, y si así lo quieres, podrás subir a la torre, pero si sigues mi consejo volverás sobre tus pasos.

—Señora —contesta—, creo que atender a vuestra recomendación me proporcionaría honra y provecho, pero no sabría encontrar otro lugar para hospedarme esta noche.

—A fe mía —replica ella—, me callaré y no opinaré sobre este tema, que no me concierne en absoluto. Id hacia donde se os antoje. Me alegraría mucho, sin embargo, veros volver de allí sin excesiva deshonra, pero sería imposible que esto ocurriera.

—Señora —exclama—, ¡Dios os premie por este voto! Pero mi osado corazón me arroja hacia allí, y obedeceré su dictado.

Sin demora, se dirige hacia la puerta, siempre acompañado de su león y de la doncella. El portero le insta a que se acerque:

—¡Venid, aprisa, venid! ¡Ya habéis llegado a donde se os retendrá sin remedio, a donde seréis malvenido!

Así le increpa el portero, apremiándole a que suba, con insidioso envite. Mi señor Yvain, sin dignarse responder, franquea el umbral en sus barbas y se encuentra en una inmensa sala, de alta techumbre y recién edificada, que daba a un patio cerrado por unas gruesas estacas, redondeadas algunas y puntiagudas otras, por cuyos huecos entrevé a unas doncellas —serían quizá unas trescientas— ocupadas en diversas tareas; tejían y bordaban con hilos de oro y seda, trabajando cada una con la mayor entrega. Pero tal era su miseria, que más de una iba casi desvestida y [vv. 5195-5249] desceñida, pues carecían hasta de cintas para atar sus vestidos, que por codos y pechos iban hechos jirones y llevaban las camisas con manchas en la espalda. Tenían los cuellos descarnados y pálidos los rostros de hambre y dolor.

Él las ve y ellas a él, e inmediatamente encogen el cuerpo, bajan la mirada y se echan a llorar. Así se quedan largo rato, sin ánimo para enfrentarse a su tarea, sintiéndose tan descorazonadas que no quitan la vista del suelo.

Mi señor Yvain las mira y se da media vuelta, para volver hacia la puerta, pero se le abalanza el portero, que le cierra el paso, gritándole:

—De nada os servirá, ya no saldréis, buen señor. Ahora querríais estar afuera, pero, por mi cabeza, de nada os valdrá. Antes padeceréis mayor afrenta de la que podréis soportar. Fue gran imprudencia por vuestra parte venir aquí, de donde es imposible volver a salir.

—Ni lo deseo tampoco, buen hermano —replica mi señor Yvain—, pero dime, por el alma de tu padre, de dónde vinieron estas doncellas a las que acabo de ver en este castillo, tejedoras de seda, bordadoras de orofrés, cuyas labores tanto me han gustado; aunque me haya disgustado, en cambio, la delgadez de sus cuerpos y rostros, pálidos y doloridos. Me parece que serían muy hermosas y graciosas, si disfrutasen de lo necesario.

—Yo nada os diré sobre este asunto. Buscad a otro que os informe.

—Así lo haré, si no hay otro remedio.

Buscó un rato y encontró la puerta del patio donde trabajaban las doncellas. Avanzó hacia ellas, saludándolas a todas a la vez, y vio entonces correr por sus rostros las lágrimas, que les caían de los ojos, de tanto como lloraban.

—Dios tenga a bien —les dijo—, aligerar vuestros corazones de este duelo, cuya causa ignoro, mudándolo en alegría.

—¡Dios, a quien habéis invocado —responde una de ellas—, escuche vuestra plegaria! No os ocultaremos quiénes somos, ni de qué país venimos, acaso sea esto precisamente lo que queréis inquirir.

[vv. 5250-5306]

—No he venido por otro motivo —contestó.

—Señor, ocurrió hace mucho tiempo, que el rey de la Isla de las Doncellas emprendió aventura, de corte en corte, de país en país, en busca de nuevos saberes, y tanto caminó, con harta imprudencia e ingenuidad, que se embarcó en una situación peligrosa. En mala hora se aventuró en esta búsqueda, causa de deshonor y dolor para nosotras, pobres cautivas, aquí encerradas, sin haber merecido para nada tal castigo. Hasta vos mismo, tenedlo por cierto, podéis augurar de todo este asunto la peor afrenta, si no aceptan las condiciones de vuestro rescate.

»Pero, sea como fuere, ocurrió que mi señor vino a este castillo, donde moran dos hijos del diablo, y no vayáis a creer que os cuento una fábula: de una mujer y de un duende nacieron estos monstruos. Ambas criaturas malignas hubieron de luchar contra el rey, lo que resultó para él una terrible prueba, pues no teniendo cumplidos los dieciocho años, se arriesgaba a que le degollaran como a un tierno corderito. Sintió tal pavor el rey, que se libró como pudo; juró que mientras viviese, mandaría aquí cada año a treinta de sus doncellas, y quedó liberado con esa renta, siendo convenido por juramento que tal tributo debería durar tanto como la vida de los dos

demonios, y que sólo el día que fueran derrotados y vencidos en combate, se libraría el rey de esta servidumbre, y también nosotras, aquí entregadas a unas vidas de vergüenza, miseria y sufrimiento, quedaríamos libres.

»Pero hablar de nuestra liberación es pura niñería, porque jamás saldremos de aquí. Siempre tejeremos telas de seda, sin andar por ello mejor vestidas. Siempre seremos pobres e iremos desnudas. Hambre y sed tendremos siempre. Nunca daremos abasto, para ganar lo suficiente y proveernos con más comida; a duras penas, logramos una ración de pan, parca por la mañana, por la noche todavía más escasa, pues de la obra de sus manos, cada una de nosotras saca sólo cuatro denarios por libra[21] y con ello no podemos procurarnos víveres y telas en cantidad suficiente, pues resulta que quien suministra una ganancia de veinte [vv. 5307-5360] sueldos por semana, por ello no se libra de la miseria. Sin embargo, podéis tener la seguridad de que el trabajo de cada una de nosotras procura una ganancia de veinte sueldos o más: ¡bastante como para hacer la fortuna de un duque! Aquí estamos sumidas en la pobreza mientras se enriquece con nuestros sueldos aquel por cuya cuenta trabajamos. Además de la jornada que pasamos trabajando todo el día, nos quedamos gran parte de la noche en vela, porque él nos amenaza con dejarnos tullidos los miembros si descansamos, y no nos atrevemos a hacer ninguna pausa.

»¿Para qué seguimos contando? Padecemos tantos males, que no os podría decir la quinta parte. Pero lo que nos vuelve locas de ira y desesperación es ver a tantos caballeros jóvenes y valientes morir luchando contra estas dos criaturas diabólicas: ¡qué caro pagan su hospedaje! Así haréis mañana, en que solo y desvalido, tendréis que combatir, lo queráis o no, poniendo en juego vuestra fama, frente a esos dos diablos encarnados.

—¡Dios, el rey verdadero, que reina sobre los cielos me defienda contra ellos y os devuelva honra y felicidad, si así le place! Ahora debo dejaros, para ver qué acogida me dispensan las gentes de este castillo.

—Marchaos entonces, señor, y ¡que os proteja quien otorga y quita todos los bienes!

Camina entonces hasta la sala, que atraviesa sin encontrar a nadie que le dirija la palabra, para bien o para mal. Recorren los tres todo el castillo hasta llegar a un vergel, sin que nadie les hable ni se les ofrezca para llevar sus caballos. ¡Qué importa! La verdad es que sí los pusieron en las caballerizas, con la idea de adueñarse de ellos después de la batalla; creo que no se les ocurrió pensar, que así combatiría el caballero con una montura descansada, y con ello ganaron sus caballos cebada y una litera de heno hasta medio cuerpo.

Mi señor Yvain, siempre seguido del león y de la doncella, se adentra en el vergel, donde ve, tumbado encima de una tela de seda, reclinado sobre el codo, a un hombre, [vv. 5361-5420] vestido con gran riqueza y, delante de él, a una doncella, que iba leyendo

una novela —no sé de quién ni de qué trataba— y para escuchar esta lectura, que iba siguiendo recostada, había acudido una dama. Ella era la madre de la doncella, y el señor, su padre. ¡Qué gozo sentían ambos al contemplarla y escucharla, pues no tenían más hijos que esta niña de dieciséis años escasos!

Era de una belleza tan exquisita aquella doncella que, de haberla mirado, el dios Amor no hubiera permitido que fuera amada por otro. Para ponerse a su servicio, no hubiera dudado en hacerse hombre y en renunciar a su divinidad disparándose en su propio cuerpo el dardo cuya herida es incurable, si no se afana en su cuidado un médico desleal; tal es su naturaleza, que nadie debe intentar curarla hasta descubrir su deslealtad, y quien cura de otra manera no es leal amante. De herida de amor, podría entreteneros en larga plática, antes de agotar este tema, si gustaseis de oír esta historia, pero pronto surgiría alguno diciendo que ando divagando sobre quimeras, porque la gente ya no fantasea con ensueños amorosos, hoy no se ama como se amaba antaño, y de amor no se quiere oír hablar siquiera.

Pero oíd ahora cómo es acogido mi señor Yvain, con qué talante y trato se le recibe. En cuanto le vieron todos los que estaban en aquel vergel, se pusieron de pie en su honor, diciéndole:

—¡Enhorabuena, buen señor, por obras y palabras divinas seáis bendito, vos y todo lo vuestro!

Acaso pretendan engañarle, no lo sé, pero le reciben como albricias y parecen estar muy complacidos, agasajándole con la hospitalidad más entrañable. Le sirve la hija del señor en persona, que le atiende con todos los honores debidos a un huésped de calidad; no sólo le quita el arnés, sino que de sus manos, ella misma le lava el cuello, la cara, y el rostro entero. Su padre quiere que le prodiguen todas las señales de consideración, y ella cumple con su deseo. Saca de un arca suya una camisa plisada y calzas blancas; le viste con estas prendas y, con aguja e hilo, le va cosiendo las [vv. 5421-5475] mangas. ¡Quiera Dios que no le cueste demasiado caro tanto halago y lisonja! Para vestir encima de la camisa, le regala una túnica nueva, y le abrocha al cuello un abrigo de escarlata forrada, hecho sin recortes y de una pieza. Le rodea de tantas atenciones, que él se queda avergonzado y desconcertado, pero la doncella es tan cortés, noble y generosa, que todavía piensa haber hecho demasiado poco. Sabe que a su madre le gustará que no deje a su cargo nada con que pueda halagar a este huésped.

Por la noche, fue servida una cena con abundancia de manjares, hasta en demasía; de tantos platos como había pudieron llegar a cansarse los veedores encargados del servicio de mesa. Al terminar la velada, le acompañaron y le llevaron a acostarse con gran pompa, proporcionándole un holgado acomodo. Cuando estuvo recostado en la cama, todos se retiraron y el león se quedó tumbado a sus pies, según su costumbre.

Al día siguiente, cuando Dios hubo alumbrado el día con su luminaria tal como

corresponde al orden de la Creación, se levantó muy temprano mi señor Yvain; la doncella que le acompañaba madrugó también; ambos se fueron a la capilla a oír una misa en honor del Espíritu Santo, que fue celebrada con gran celeridad.

Después de misa, mi señor Yvain recibió a traición una noticia muy enojosa. Él pensaba marcharse sin que nada se lo impidiera, pero no pudo cumplir su propósito, pues cuando dijo: «Señor, si me lo permitís, me voy y me despido de vos, con vuestra licencia», le contestó el dueño del castillo:

—Amigo, todavía no es tiempo de que os la conceda, y no puedo por una razón muy justa; este castillo tiene establecida una costumbre diabólica, que tengo obligación de mantener. Mandaré venir aquí a dos de mis servidores, de los más altos y fornidos, y contra ambos, para bien o para mal, os será preciso tomar las armas. Si lográis defender vuestra vida, venciendoles a muerte, mi hija os toma por esposo y os espera este castillo, con todas sus dependencias.

—Señor —contesta—, no quiero ninguna de vuestras posesiones. ¡A este precio no me conceda Dios ni la mínima [vv. 5476-5535] parte! Guardad vuestra hija, que de tomarla por esposa el emperador de Alemania quedaría muy satisfecho, porque es muy hermosa y de una educación muy refinada.

—Callaos, buen huésped —replica el señor—, de nada sirve que escuche cómo esquiváis unas obligaciones de las que no podéis escapar. Mi castillo y mi hija, así como toda la tierra, deberán recaer en el caballero que pueda vencer en campo cerrado a los que acometerán la lucha contra vos. Se trata de un combate que no se puede de ningún modo aplazar ni rehuir. Tengo la certeza de que la cobardía es la que os anima a rechazar a mi hija, así pensabais escabulliros, eludiendo el torneo, pero tened por seguro que deberéis afrontar esta lucha irrevocable: no puede escapar ningún caballero que en este castillo se hospede a esta costumbre bien establecida, que aquí se mantendrá, hasta que vea casada a mi hija y muertos o derrotados a estos dos contendientes.

—Así sea, si me es preciso combatir ahora mismo, en contra de mi voluntad, pero hubiera prescindido de ello gustosamente, os lo aseguro. Libraré batalla a pesar mío, ya que no puedo evitarlo.

Surgen ahora, monstruosamente feos y negros, los dos hijos del diablo. Ambos blandían una clava de cornejo encornado, que habían, mandado aparejar con pinchos de cobre y guarnecer con alambre de auricalco. Desde la espalda hasta la rodilla llevaban armadura, pero iban con la cabeza y el rostro descubiertos y con las piernas, que no eran nada pequeñas, desnudas. Así armados avanzaban esgrimiendo en la mano un escudo redondo, robusto y de ligero manejo.

El león se estremece en cuanto los ve, porque comprende perfectamente, por las armas que llevan, que vienen a luchar contra su señor. Se le eriza el pelo, toda la melena se le levanta, se echa a temblar con ira y furia, da coletazos en el suelo, con el

vehemente deseo de acudir en ayuda de su señor antes de que le maten. Nada más verle, gritan los monstruos:

—Vasallo, apartad a vuestro león que nos está amenazando, o daos por vencido si no, porque, creednos, es [vv. 5536-5590] vuestra obligación dejarle en un lugar donde no pueda lastimarnos, lo que resultaría una ayuda para vos. Solo es como debéis divertirnos en nuestra compañía, porque el león no dejaría de prestaros apoyo, si pudiera.

—Apartadle vosotros mismos, si le tenéis miedo —replica mi señor Yvain—. Yo en cambio contemplaré gustoso cómo os deja malheridos, si lo logra, y me agrada su ayuda.

—¡Por Dios! —contestan—, está fuera de lugar que recibáis auxilio en esta pelea. Esforzaos en luchar por vuestra cuenta, solo y sin esfuerzo ajeno. Vos habéis de estar solo, y nosotros debemos ser dos: si el león estuviese a vuestro lado para luchar contra nosotros, ya no estarías solo, sino dos contra nosotros dos, contraviniendo con esta igualdad la costumbre, que os impone, ya lo sabéis, apartar a vuestro león, de buen grado o mal que os pese.

—¿Dónde queréis que esté? ¿Dónde os parece que lo deje? —les pregunta entonces el caballero, y le contestan enseñándole un cuartito:

—Encerradle aquí.

—Como queráis —dice.

Lleva entonces allí al león y lo deja encerrado. Pronto ha ido en busca de su arnés, para vestir las armas. Le traen su caballo y lo monta. Impacientes por dejarle maltrecho y deshonorado, arremeten contra él los dos campeones, ya sin temor al león, encerrado en el cuarto. Tan violentas embestidas le asestan con sus mazos, que de poco le sirven escudo y yelmo; cuando le alcanzan en el yelmo, se resquebraja y rompe, y del escudo hecho trizas, no queda más rastro que del hielo fundido. Tan destrozado se lo han dejado, que se puede pasar el puño por cada agujero. ¡Qué temibles resultan sus golpes! ¿Y él, cómo se enfrenta a estas dos criaturas del diablo? Encendido su ardor por el temor y la vergüenza, se defiende con toda su fuerza e intenta fatigosamente infligirles pesados y terribles golpes —a la hora de repartir regalos, no se queda atrás, sino que les propina los suyos, devolviéndoles sus favores por partida doble.

Mientras tanto el león, que sigue preso en el aposento, siente dolor e inquietud, al acordarse del gesto tan noble que [vv. 5591-3648] tuvo con él su generoso señor, ahora privado de su ayuda. Ya le gustaría devolverle este gran favor, sin escasear la medida, con moyos y sextarios llenos, siempre que pudiese escapar. Busca por todas partes, pero no encuentra ninguna salida. Como le llega el ruido de esta peligrosa y empedernida lucha, siente tal dolor con cada estrepitoso golpe, que enloquece de rabia viva. Al ir buscando, se acerca al umbral de la puerta, que empezaba a pudrirse

a ras del suelo, de tal manera que consigue arrancar lo suficiente para abrir una brecha, por donde, aplastando todo su cuerpo, logra introducirse hasta los riñones.

Mi señor Yvain ya se encontraba preso del agotamiento y bañado en sudor, al enfrentarse con la fuerza, la resistencia y el engaño de los dos gigantes. Había recibido un sin fin de golpes, que había devuelto lo mejor que podía, pero sin alcanzar a herir a sus adversarios, demasiado expertos en la ciencia de la esgrima. En cuanto a sus escudos eran de tal naturaleza, que ninguna espada, por muy acerada y cortante que fuera, podía hacer mella en ellos. Así que mi señor Yvain tenía sobradas razones para temer la muerte. Sin embargo aguantó con gran coraje, hasta que surgió el león, que tras mucho rascar y escarbar el suelo, había logrado escaparse.

Si ahora no quedan derrotados estos rufianes, jamás lo serán, pues no les concederá tregua el león, mientras sepa que están vivos. Agarra a uno de ellos y lo sacude hasta el suelo, como si de un carnero se tratara. Entonces sienten miedo los canallas, y en toda la plaza no hay un hombre cuyo corazón no se llene de alegría. Ya no se levantará el demonio derribado, si no le presta auxilio su compinche. Acude tanto para socorrerle como en su propio beneficio, porque teme que el león arremeta contra él en cuanto haya rematado a su compañero derribado, y le tiene más miedo al animal que a su señor.

Ahora que su adversario se le ha puesto de espaldas, ofreciéndole el cuello al descubierto, mi señor Yvain cometería una insensatez si le dejara vivir más tiempo, cuando se le brinda una ocasión tan oportuna. Le entrega su cabeza [vv. 5649-5705] indefensa, su cuello desnudo, el necio bribón, y ahora le golpea el caballero con tal destreza, que le taja la cabeza a ras del tronco, tan suavemente que ni se entera. Luego descabalgua, para rescatar al otro diablo de las zarpas del león, que le tiene agarrado. Pero es inútil ya todo esfuerzo, porque ningún médico llegaría a tiempo, tan graves son las heridas que, enloquecido por la ira, el león le ha infligido, dejándole lastimosamente maltrecho. Sin embargo, mi señor Yvain empuja hacia atrás al animal, y ve entonces cómo le ha arrancado todo el hombro: ya no tiene que preocuparse por su adversario, que ha soltado su clava y yace, inerte e inmóvil, como un difunto. Todavía alcanza a hablar atropelladamente, para decirle:

—¡Apartad a vuestro león, buen señor, por piedad, que no me toque ya! De aquí en adelante podéis hacer de mí lo que os plazca. A quien ruega e implora clemencia, no le debe faltar, salvo si se encuentra con un hombre sin piedad. Ya no me defenderé, ni me levantaré de aquí, aunque tuviera fuerzas para hacerlo, y ahora me pongo a vuestra merced.

—Dime, entonces —pregunta el caballero—, si confieras tu derrota y abandonas el combate.

—Señor —contesta—, es evidente, me encuentro vencido a pesar mío, y os declaro que renuncio a luchar.

—Entonces, ya no tienes que guardarte de mí, y tampoco tienes nada que temer de mi león.

Ya acuden todos aprisa para rodearle. El señor y la dama le felicitan y agasajan ambos, besándole al hablar de su hija:

—Ahora seréis nuestro doncel, maestro y señor, y nuestra hija será vuestra dama, pues os la daremos por esposa.

—Y yo —replica—, os la devuelvo. ¡Quien la quiera, que la tenga! A mí ella no me importa, y no lo digo por desprecio en absoluto. No os debe pesar el que la rechace, pues ni debo ni puedo tomarla por esposa. Pero os lo ruego, liberad, en nombre mío, a las cautivas que retenéis. Ha llegado para ellas, como sabéis, el momento de irse y recobrar la libertad.

[vv. 5706-5771]

—Es verdad lo que decís —contesta—, os devuelvo y concedo su libertad, ya que nada se opone a ello. Pero tomad a mi hija, haréis bien, tomadla con todas mis posesiones. Ella es tan hermosa, donosa y sensata que si rechazáis este partido, jamás encontraréis casamiento tan ventajoso.

—Señor, desconocéis mi impedimento y el asunto que me retiene, y tampoco os lo voy a contar. Pero no ignoro que rechazo lo que no rechazaría nadie que dispusiese de su corazón, para entregarlo a tan hermosa y graciosa doncella, como gustosamente haría, si pudiera o debiera aceptarla. Pero convenceos de verdad que no puedo desposarme, ni con ella ni con ninguna otra, y ahora dejadme, porque me está esperando la doncella que ha venido conmigo. Ella me ha acompañado, y quiero a mi vez ofrecerle mi compañía pese a lo que me haya de ocurrir.

—¿Esto queréis, buen señor? ¡Pero cómo! Jamás, si yo no lo decido y ordeno, os será abierta mi puerta, y aquí os quedaréis de prisionero. ¡Qué afrenta! ¡Qué ultraje! ¡Cuando os ruego que toméis a mi hija, la despreciáis!

—¿Desprecio, señor?, en absoluto, lo juro por mi alma, pero no puedo tomar esposa ni permanecer aquí, por mucho que me pese. Seguiré a la doncella que me lleva, porque así tiene que ser. Pero si os place, os juraré con mi mano diestra, y debéis creerme, que tan verdad como me veis ahora, aquí volveré algún día, si puedo, para tomar a vuestra hija por esposa.

—¡Maldito —exclama—, quien os pida algo u os requiera por juramento! Si os gusta mi hija, recibidla con toda su belleza y donaire, y apresuraos en volver; pero ni fe dada ni juramento os harán, creo yo, adelantar vuestra vuelta. Marchad ahora, yo os relevo de todo juramento y promesa. Que os retengan la lluvia, el viento o naderías sin fin, me trae sin cuidado. Nunca tendré en tan poco a mi hija, como para dárosla a la fuerza. Id a vuestros asuntos, que volváis u os quedéis lo mismo me da.

Mi señor Yvain abandona el castillo sin demora, llevando consigo a las cautivas liberadas, que el señor le ha entregado, pobres y harapientas, pero ahora ricas a sus

ojos.

[vv. 5772-5825]

Todas van saliendo del castillo de dos en dos, precediendo al caballero, y no creo que al mismísimo Creador, si hubiera bajado del cielo, le habrían acogido con tanta alegría como a su libertador.

Acudieron a pedirle clemencia y ponerse bajo su merced todas las gentes que a su llegada le habían cubierto de ultrajes hasta la saciedad. Van rodeándole y suplicándole, a lo que él contesta que no se acuerda de nada:

—No sé, les dice, de que estáis hablando y os declaro a todos libres de culpa. Jamás, que yo recuerde, habéis dicho algo que os pueda tomar a mal.

Todos quedan encantados al oír estas palabras y no reparan en elogios sobre su cortesía. Le hacen escolta durante un largo rato, y luego le encomiendan a Dios. Las doncellas, a su vez, le piden licencia para marcharse, y en el momento de la despedida, todas inclinan la cabeza, rogando a Dios que le dé felicidad y salud: que llegue según su deseo a cualquier destino que se proponga. Él les contesta brevemente, encomendándolas a Dios, pues le resulta importuna tanta demora:

—Id —dice—, Dios os lleve a vuestro país, sanas y dichosas.

Ahora emprenden el camino y se alejan, dando muestras de alegría. Y en cuanto a mi señor Yvain, parte de inmediato.

Sin dejar de cabalgar a rienda suelta durante toda una semana, va siguiendo a la doncella, que conocía a la perfección el camino y el refugio, donde había dejado, sin aliento ni amparo, a la pobre desheredada. Cuando oyó aquella la noticia de la llegada de la doncella y del Caballero del León, nada se puede comparar con la alegría que inundó su pecho, pues ahora piensa que su hermana le dejará parte de su herencia, si ella se lo exige. Enferma, había guardado cama una larga temporada, y acababa de reponerse de un mal que le había puesto a prueba duramente, como bien se apreciaba en su rostro. Ella la primera, acude al encuentro [vv. 5826-5881] del caballero, le saluda y le honra con todas las señas de estima que conoce.

Del júbilo que reinó en el castillo aquella noche, no hace falta hablar. Ni se dirá palabra, pues habría demasiado que contar. Os lo ahorraré entonces, y reempiendo el relato en el momento en que, al día siguiente, montan sus caballos y parte de nuevo.

Tras recorrer muchos caminos llegaron a un castillo, donde residía el rey Arturo desde hacía un par de semanas por lo menos. Allí se encontraba también la doncella que pretendía desheredar a su hermana menor; ella había permanecido en la corte, esperando la llegada de su hermana —que por cierto está cada vez más cerca— con el corazón tranquilo, porque considera el asunto como fácil de llevar: ¿acaso se podía encontrar a caballero alguno, que se le resistiese a mi señor Gauvain en una justa? Sólo quedaba un día de los cuarenta de plazo, e iba a ganar el juicio, con sentencia conforme a la justicia —de esto no cabía duda— en cuanto hubiese transcurrido este

último día. Y sin embargo, todavía le queda bastante más quehacer de lo que se imagina...

Doncella y caballero pasaron la noche fuera del castillo, en una pequeña y modesta mansión, donde nadie reparó en su identidad, porque si se hubiesen alojado en el castillo, todos les habrían reconocido, y esto era precisamente lo último que deseaban. Con el alba, abandonan aprisa su refugio, y se mantienen escondidos en un lugar apartado, hasta que nace el día, hermoso y claro.

Varios días habían transcurrido, no sé cuantos, desde que mi señor Gauvain se había marchado de la corte, donde nadie tenía noticias suyas, salvo la doncella en cuyo nombre iba a luchar. Se había alejado unas tres o cuatro leguas de la corte, a la que volvió, equipado de tal suerte, que incluso quienes le conocían desde siempre no alcanzaron a reconocerle por las armas que llevaba.

La doncella, cuyo agravio a su hermana menor era evidente, le presenta ante toda la corte como a su campeón. Gracias a su defensa, piensa ganar una causa, en la que [vv. 5882-5936] sin embargo el derecho no está de su parte, y así se dirige al rey:

—Señor, ya va transcurriendo el tiempo fijado y pronto será la hora nona bien dada. Hoy es el día en que finalizaba el plazo. Está claro que yo, aquí presente, he cumplido con mi obligación y que se me deben por tanto reconocer mis derechos. De haber podido volver mi hermana, no se habría demorado tanto, así que tengo que dar gracias al cielo, porque no tiene visos de llegar: está bien claro que ella no es capaz de lograrlo, y que yo me he preocupado para nada, aprestándome día tras día hasta el último, para defender lo que es mío. Todo lo he logrado sin entablar combate, y ahora es justo que me marche para disfrutar en paz mi herencia. Ya mientras viva no tendré que responder de ella ante mi hermana, y a ella le tocará vivir en la miseria y el dolor.

El rey, que bien sabía de su sinrazón y perfidia hacia su hermana, le contestó:

—Amiga, en corte real, se debe esperar, a fe mía, hasta que el tribunal del rey haya deliberado y pronunciado el fallo, conforme a justicia. Resulta ociosa cualquier intriga porque vuestra hermana, según creo yo, todavía puede llegar a tiempo.

El rey no había terminado de hablar, cuando vio al Caballero del León y a su lado la doncella que había buscado su amparo. Venían los dos solos porque se habían separado del león, dejándolo en el lugar donde se hospedaron. El rey reconoció a la hermana menor en cuanto la vio, y le resultó muy grata su llegada, porque atento como era él a la equidad, entendía que en aquel pleito la justicia se inclinaba de su lado. Fue tal su alegría que la manifestó, adelantándose para saludar a la doncella:

—Acercaos, hermosa, Dios os proteja.

Al oír estas palabras de bienvenida, se estremece la mayor, que, dándose la vuelta y viendo a su hermana y al caballero que trae como campeón de su causa, se vuelve más hosca que la tierra. Todos prodigaron a la menor un caluroso recibimiento. Ésta avanza bajo la mirada del rey y, ya en su presencia, le dice:

—¡Dios salve al rey y a su mesnada! Rey, si mi causa y buen derecho pueden ser defendidos por un caballero, lo serán por este, que ha tenido a bien seguirme hasta aquí. Pese a tener mucho que hacer en otra parte, este noble y generoso caballero, sintió sin embargo tal piedad hacia mí, que abandonó todos sus asuntos, para dedicarse al mío. Pero, ¡qué gran cortesía y consideración tendría ahora mi querida hermana, a la que amo tanto como a mí misma, si me dejara lo que en derecho me corresponde! Haría muy bien teniendo ese gesto, porque yo no reclamo nada de lo suyo.

—¡Ni yo nada de lo tuyo, a buen seguro —replica la otra—, pues nada tienes y nada tendrás! Predica cuanto quieras, que con palabras podrás secarte de despecho.

La menor, que era muy conciliadora, prudente y cortés, le contesta en seguida:

—De verdad, mucho me pesa que se enfrenten por nuestra culpa dos caballeros de tanta valía, cuando tan pequeño es nuestro litigio. No puedo, sin embargo, dar el asunto por terminado, porque saldría muy perjudicada, por lo que os estaría muy agradecida, si me dejarais la parte a la que tengo derecho.

—Verdaderamente, habría que ser bien necia para hacerte caso. ¡Que me consuma el fuego eterno y arda yo en la llama infernal, si te doy algo con que vivas mejor! Se juntarían las orillas del Danubio con las del Saona, antes de que yo renunciase a luchar contra ti.

—Dios y mi derecho, en los que puse y pongo mi confianza, ayuden y preserven de la desgracia al leal y generoso caballero que se ofreció a servirme, antes de saber quién era y sin que nos conociéramos él y yo.

Ahora dejan ya la discusión y traen a sus campeones en medio de la corte. Acude la multitud, como suele ser costumbre en torneos y justas, adonde corre la gente, que gusta de ver esgrimir armas y contemplar golpes y lances.

Pero no se reconocieron en absoluto los que iban a enfrentarse, pese a la amistad que les unía desde siempre. ¿Es que ahora han dejado de quererse? Os he de contestar [vv. 5997-6059]«sí» y «no». Y os demostraré con argumentos la verdad de ambas respuestas.

Mi señor Gauvain ama de verdad a Yvain y le llama compañero, e Yvain lo mismo, esté donde esté, e incluso ahora mismo. ¡Con qué júbilo le acogería al instante, si le reconociera! Por él daría su vida y el otro la suya, antes de permitir que le hiciera daño. ¿No es esto Amor absoluto y perfecto? Sí, ciertamente, pero por otra parte, ¿no resulta flagrante el Odio? Sí, porque es absolutamente cierto que cada uno de ellos, sin lugar a dudas, quisiera romper la cabeza de su rival, o dejarle con tal deshonra, que peor le sería sobrevivir a su fama. A fe mía, es un verdadero prodigio encontrarse juntos Amor y Odio mortal. ¡Dios! ¿Cómo puede una misma morada albergar a cosas tan contrarias? En mi opinión, en un mismo hospedaje no pueden

estar reunidas, porque no sabría permanecer una contra otra por una sola noche, sin que estallaran querellas y disputas, en cuanto una supiera la presencia de la otra. Pero en el cuerpo de una misma casa caben varios alojamientos, cada uno con sus salas y aposentos separados. Así podría aclararse el misterio: acaso Amor se había encerrado en algún aposento secreto, y Odio se había alojado en las salas que dan a la calle, porque gusta de quedar a la vista de todos.

Ahora Odio empieza a agitarse y va acuciando, aguijoneando y espoleando a Amor con todo ahínco, pero Amor ni se inmuta. ¡Ah! ¿Dónde andas escondido, Amor? Sal ahora, y verás qué huésped han traído, para arrojarlo contra ti, los enemigos de tus amigos.

Enemigos son sin embargo ahora los mismos que se quieren con un amor santísimo —porque santo se puede llamar a un amor que no es falso, ni fingido—. Pero Amor es todo ceguera, y Odio a ver apenas alcanza, porque si los hubiera reconocido, Amor habría debido prohibirles el acercarse al combate e intentar dañarse uno a otro. Tan cegado, derrotado y engañado anda Amor, que a los que son vasallos suyos de derecho, si los ve no los reconoce siquiera. En cuanto a Odio, que no sería capaz de decir por qué aborrece, quiere enfrentar uno con otro en la sinrazón de [vv. 6060-6114] un duelo, en que uno odia al otro a muerte, pues está lejos de amar, os aseguro, quien busca la deshonra de su enemigo y desea su muerte.

¿Pero, cómo? ¿Yvain quiere matar a mi señor Gauvain, su amigo? Sí, y su compañero abriga el mismo despropósito. ¿Acaso quisiera mi señor Gauvain matar a Yvain de su propia mano, u otra fechoría todavía más grave de lo que estoy diciendo? En absoluto, os juro que no. Ninguno de ellos quisiera deshonrar e infamar al otro, por nada del mundo que Dios ha hecho para el hombre, ni por el imperio de Roma.

¿Pero no acabo de decir una vil mentira? ¿Acaso no salta a la vista que cada uno quiere arremeter contra el otro, lanza en alto sobre el fieltro del arzón? Ninguno de los dos sentirá pereza, a la hora de malherir, humillar y dejar maltrecho a su adversario. Ahora queréis decirme de quién se quejará el que peor salga de la lucha, cuando uno de los combatientes se haya impuesto, porque si tan empeñados están en lanzarse uno contra otro, me temo que hagan durar el combate hasta la derrota total de uno de los rivales. ¿Acaso podrá Yvain sostener con razón, si sale vencido, que el causante de su deshonra es quien le cuenta entre sus amigos, y nunca dejó de llamarle amigo y compañero? O si acaece por ventura que Yvain es quien inflige la derrota a su amigo, o triunfa sobre él en alguna medida, ¿tendrá derecho a quejarse el vencido? No, con toda certeza, porque ignorará quién fue el autor de su afrenta.

Incapaces de reconocerse, ambos se hacen frente con las lanzas, alejándose cada uno hasta el fondo del campo. Al volver y chocar las lanzas, éstas, pese a ser de espeso fresno, vuelan hechas trizas, al primer golpe. Ambos guardan silencio, cuando de haberse dirigido la palabra, no se hubieran enfrentado de esta guisa. No habrían

andado a golpes con lanzas y espadas, sino que habrían corrido uno hacia otro para fundirse en un abrazo, en vez de destrozarse, hacerse pedazos y malherirse.

No salen bien libradas las espadas con esta justa, y tampoco los yelmos y los escudos, que se resquebrajan y abren. [vv. 6115-6174] Quedan mellados y embotados los filos de las espadas, porque tiran tajos con toda violencia, sin emplear para nada la hoja de la espada, asestándose tales golpes con los pomos, sobre nasales y espaldarones, que en frentes y mejillas, donde aflora la sangre, se les azulean las carnes hasta el morado. Tan desmalladas tienen las lorigas, tan destrozados los escudos, que ninguno está a salvo de las crueles heridas. En esta despiadada labor se afanan, hasta quedar sin aliento. Con tal furia se enfrentan que, de las piedras preciosas engastadas en sus yelmos, no hay esmeralda ni rubí que no esté desengarzado y desgajado, porque tan violentamente se golpean con los pomos, que aturcidos parecen derrumbarse, y a poco se hunden el cráneo. Sus ojos lanzan chispas, cuadrados y macizos tienen los puños, fuertes los músculos, los huesos robustos, y así de terribles resultan las cuchilladas con que se hieren y aturden, empuñando con toda fuerza sus espadas, que les prestan su dureza sin igual.

Largo rato han luchado, hasta el agotamiento, y ya resquebrajados los yelmos, hendidos y hechos pedazos los escudos, se apartan unos pasos, para dejar descansar la sangre y recobrar aliento. Pero apenas se conceden pausa, y de nuevo arremeten uno contra otro con redoblada fiereza. Todos los que contemplan esta memorable justa afirman que nunca vieron a caballeros tan esforzados:

—No se toman el combate a juego, sino que luchan muy en serio. No hay galardón que pueda premiarles como se merecen.

Oyen estas palabras los dos amigos empeñados en destrozarse, y por lo que dicen, se enteran también de cómo se ha intentado la reconciliación de las dos hermanas, pero la mayor no quiere aceptar la paz de ninguna manera. En cuanto a la menor se remite a lo que estime el rey, cuya decisión respetará totalmente. Pero tan insensata se muestra la mayor que incluso la reina Ginebra, los que saben de leyes, los caballeros, y hasta el rey, se ponen de parte de la menor. Todos acuden al rey, para rogarle que en contra de lo que pretende la hermana mayor, le otorgue a la menor la tercera o cuarta parte de la tierra y separe a ambos [vv. 6175-6231] caballeros: son de una bravura inaudita, y sería una desgracia irreparable que uno de ellos acabara con la vida del otro o le quitase una parcela de su honra. Pero responde el rey que en modo alguno se interpondrá para mediar la paz, porque la hermana mayor es de tal maldad que a ello se niega.

Todas estas conversaciones oyen los dos adversarios, cuyo mutuo ardor en malherirse deja estupefactos a todos. Tan igualada está la batalla, que nadie puede emitir un juicio sobre quién lleva ventaja o quién la peor parte. Los propios combatientes incluso, que rescatan su honra a precio de martirio, se quedan

sorprendidos y asombrados viendo hasta qué punto se parecen sus lances: cada uno se pregunta con estupor quién será el caballero que se le enfrenta con tanta fiereza.

La lucha se ha prolongado tanto que va declinando el día hacia el anochecer. Ambos tienen los brazos agotados por la fatiga, y todo el lastimado cuerpo les duele. La sangre les brota fuera del cuerpo corriendo a borbotones por encima de sus lorigas. Con tan espantosos sufrimientos no es extraño que quieran tomarse algún descanso.

Ambos descansan entonces, y cada uno piensa para sí, que ahora ha encontrado a un rival que le iguale, a ese par en la valentía al que siempre ha esperado. Prolongan ambos su reposo, sin atreverse a retomar las armas: no sienten prisa en reemprender la batalla, porque ya se acerca la oscuridad de la noche, y porque cada uno teme a su contrario. Estos dos motivos les llevan a incitar a guardar la paz, pero antes de abandonar el campo de batalla, ya habrán reanudado amistad, y la alegría y la piedad se interpondrán entre ellos.

Mi señor Yvain, tan valiente como cortés, habló primero, pero no le reconoció su noble amigo, porque apenas si se oían sus palabras, pues se le quebraba la voz, ronca y débil, que como toda su sangre, se resentía de los golpes.

—Señor —dijo—, la noche se acerca. No creo que os expongáis a censura o reproches, si es la noche la que nos separa. Pero por mi parte quiero deciros que siento hacia vos respeto y temor, que reconozco vuestro enorme mérito, [vv. 6232-6293] porque jamás en toda mi vida emprendí batalla que tanto me lastimara, ni caballero encontré con quien tanto desease intimar y trabar amistad. Os concedo un valor extraordinario pues a poco pensé verme derrotado. ¡Con qué arte sabéis asestar vuestros golpes y colocarlos! Nunca conocí a caballero que supiera pagarme tantos golpes. Ciertamente, hubiese preferido recibir menos de los que me prestasteis, pues me han dejado aturdido.

—A fe mía —replica mi señor Gauvain—, por muy aturdido y agotado que estéis, yo lo estoy tanto o más, y si me enterase de quién sois, acaso no me pesara. Si yo os he prestado de lo mío, vos me habéis devuelto toda la cuenta, capital e interés, porque gustabais de devolver con más largueza de la que yo ponía en recibir. Pero ocurra lo que ocurra, puesto que deseáis saber cuál es mi nombre, ya no os lo ocultaré: me llamo Gauvain y soy hijo del rey Lot.

Cuando oye Yvain esta nueva, se queda turbado y todo su ser se desespera. Con ira y mal talante, tira al suelo su espada toda ensangrentada y su escudo hecho trizas, descabalgua y exclama:

—¡Ay!, ¡qué desventura! Por funesta equivocación, nos hemos enfrentado sin reconocernos, pues de habernos reconocido jamás os habría librado batalla. Antes de dar un solo golpe, habría renunciado al combate, os lo prometo.

—¿Cómo? —pregunta mi señor Gauvain—, ¿pero quién sois vos?

—Soy Yvain, que os ama más que ningún otro por todo el ancho mundo, y os amaré mientras dure, porque vos siempre me habéis estimado y honrado en todas las cortes. Pero en este asunto, quiero ofreceros reparación y rendiros honor, declarándome totalmente vencido.

—¡Haríais esto por mí! —exclama mi señor Gauvain, enternecido—. Ciertamente, sería un gesto de soberbia por mi parte, si aceptara esta reparación. No recaerá en mí el honor que me ofrecéis, pues vuestro es y os lo dejo.

—Ah, noble señor, no habléis más, pues eso no puede ser. Tan aquejado y maltrecho estoy, que no puedo tenerme en pie.

[vv. 6294-6351]

—Perdéis el tiempo —le contesta su amigo y compañero—. Yo soy el vencido y malherido, y no lo digo por halago, pues no hay extraño en el mundo a quien no hubiese dicho lo mismo, antes que seguir aguantando golpes.

Así hablando, han dejado ambos su montura. Luego se echan en brazos uno del otro y se abrazan, sin dejar de proclamar cada uno su derrota.

Mientras prosiguen su debate, acude ahora el rey con los barones, y rodean a los dos héroes. Viéndoles congratularse, sienten impaciencia por enterarse de la causa, y saber quiénes son estos caballeros que manifiestan tanta alegría.

—Señores —dice el rey—, decidnos quién de pronto ha puesto entre vosotros esta súbita armonía y amistad. ¿Acaso estuve soñando todo el día, viendo reinar entre ambos tanto odio y discordia?

—Señor —contesta mi señor Gauvain, su sobrino—, no se os ocultará nada de la desventura e infortunio que provocaron este combate. Puesto que estáis decidido a enteraros, es justo que se os diga toda la verdad. Yo, Gauvain, vuestro sobrino, no reconocí a mi señor Yvain, que aquí tenéis ante vos, hasta que, gracias le sean dadas, inquirió mi nombre, y los dos revelamos nuestra identidad. Sólo nos reconocimos tras habernos enfrentado duramente, pues luchamos con fiereza, y de haberse prolongado el duelo, adverso habría sido mi sino, porque os lo juro por mi cabeza, habría muerto víctima de su proeza y de la sinrazón de aquella doncella, que me llevó al campo de batalla a defender su injusta causa. Pero prefiero que antes de haberme matado, mi amigo me haya vencido por las armas.

Entonces a mi señor Yvain le dio un vuelco el corazón y dijo:

—Noble y querido señor, Dios me ayude, hacéis mal en hablar así. Sepa el rey mi señor, que en esta justa yo soy el derrotado y vencido, sin lugar a dudas.

—No, lo soy yo —dice mi señor Gauvain.

—No, sino yo —replica el otro. [vv. 6352-6406]

Y así, con gran gentileza y generosidad los dos caballeros siguen otorgándose uno al otro el trofeo de la victoria, rechazando cada uno para sí la corona, e intentando dar a entender al rey y a todas sus gentes, que han sido vencidos y reconocen su derrota.

Pero el rey, después de escucharles un rato, pone fin a su disputa. Le complacía mucho oírlos y verlos abrazarse, tras haberse destrozados con terribles heridas.

—Señores —dice—, os une una gran amistad, como bien se demuestra cuando cada uno por su parte confiesa su derrota. Ahora remitidme el asunto, y lograré, creo yo, una reconciliación, que redundará en vuestro honor y por la cual todos me alabarán.

Ambos prometen someterse a su voluntad y respetar lo que decida. Contesta el rey que resolverá el litigio con toda fe y equidad.

—¿Dónde está —pregunta— la doncella que expulsó a su hermana de su feudo, y la desheredó por la fuerza, despiadadamente?

—Señor —contesta ella—, aquí estoy.

—¿Estáis aquí? Acercaos, entonces. Ya sabía desde hace tiempo que pretendíais desheredarla, y ahora que acabáis de confesar la verdad, su derecho no le será negado. Debéis declarar vuestra renuncia a cualquier reclamación sobre su parte.

—Ah, señor rey, yo me apresuré imprudentemente y respondí a la ligera, pero vos queréis tomarme la palabra. ¡Por Dios, no me perjudiquéis! Sois el rey, y debéis guardaros de cualquier injusticia.

—Por esa razón precisamente —replica el rey— quiero devolver a vuestra hermana lo que según el derecho le corresponde, pues nunca me propuse cometer una injusticia. Habéis oído cómo vuestro campeón y el suyo se han remitido a mi merced. No me pronunciaré a vuestro favor, porque es evidente que no lleváis razón. Cada caballero se declara vencido en campo cerrado, tan grande es su deseo de honrar a su rival. No debo demorar mi decisión, puesto que se me confía el asunto: o cumplís fielmente lo que dicte, sin [vv. 6407-6466] cometer ninguna injusticia, o proclamo derrotado por las armas a mi sobrino, lo que os causará mayor perjuicio, pero aun así lo haré venciendo mi corazón.

No lo decía el rey con la intención de llevarlo a cabo, sino con el solo propósito de amedrentarla, para que, por temor, devolviese a su hermana lo que le correspondía de la herencia: se había dado perfecta cuenta, que ésta, obstinada, no se avendría a devolver nada, si no mediaran en sus discursos fuerza e intimidación. Y en efecto, ella se atemoriza y le responde, enteramente azorada:

—Noble señor, me es preciso cumplir con vuestra voluntad, aun doliéndome en el alma; pero por mucho que me perjudique, obedeceré. Mi hermana tendrá cuanto le corresponde de mi herencia, y vuestra persona le servirá de caución, para mayor seguridad.

—Dadle entonces lo que le pertenece del feudo conforme a derecho, que lo tenga de vos y sea vuestra vasalla[22]. Amadla como tal, y que ella os ame como a su señora y hermana carnal.

Así zanja el rey el litigio. La hermana menor recobra la posesión de su tierra y le

da gracias por ello. Manda el rey a su sobrino, esforzado y valiente caballero, que deje que le quiten las armas, y si lo permite, que consienta mi señor Yvain que le despojen de las suyas, pues ya no les es necesario el arnés. Una vez desarmados, ambos vasallos se echan en brazos uno de otro.

Mientras se abrazaban, ven acudir corriendo al león, que andaba en busca de su señor. En cuanto le ve, empieza a dar muestras de alegría. ¡Veríais ahora a la gente echarse atrás y dispersarse por doquier, huyendo hasta los más atrevidos!

—¡Quedaos! —exclama mi señor Yvain—. ¿Por qué huís todos? Nadie os persigue. No temáis, este león jamás os hará daño, creedme, os lo ruego, porque los dos somos compañeros: él me pertenece como yo a él.

Entonces todas las gentes, que habían oído de las muchas aventuras del caballero y del león, su inseparable compañero, se percatan que ante sus ojos tienen en persona al [vv. 6467-6523] mismo caballero, que había matado al feroz gigante. Le dice ahora mi señor Gauvain:

—Señor compañero, Dios me proteja, hoy me habéis humillado, pero yo de mala guisa os agradecí el servicio que me prestasteis, cuando matasteis al gigante para salvar a mis sobrinos. Me he acordado de vos a menudo, pero sin saber qué pensar, porque en ninguna de las tierras que visité, jamás había antes oído hablar de un caballero al que llamaran: «El Caballero del León».

Durante esta conversación, les han ido quitando el arnés y corre rápido el león adonde está sentado su señor. Cuando llega delante de él, le da muestras de toda la alegría que es capaz de manifestar un animal que no puede hablar.

Pero ahora es preciso llevar a los combatientes hasta la enfermería o a un cuarto para enfermos, porque andan necesitados ambos de un médico, que les aplique bálsamo y vendajes para curar sus heridas. El rey, que les tenía mucho cariño, les invitó a quedarse con él y luego mandó llamar a un físico, que sabía más que nadie del arte de la medicina. Aquél les cuidó con tanto afán que consiguió sanar sus heridas lo mejor y antes posible.

Cuando ambos quedaron curados, mi señor Yvain, que se había entregado de corazón a Amor, sin posible retorno, comprendió que no podría prolongarse su duelo, porque al final moriría de amor si su dama no se apiadaba del que por ella iba dejando la vida. Resuelve entonces abandonar la corte y marchar solo a llevar la guerra a su fuente. Tal tormenta desencadenará, con rayos, viento y lluvia, que a la fuerza tendrá su dama que hacer las paces con él o jamás dejarán de reinar sobre la fuente tempestad, lluvia y viento.

En cuanto sintió que había recobrado todas sus fuerzas, mi señor Yvain se marchó sin que nadie se enterase, llevando consigo a su león, porque nunca en la vida hubiera consentido renunciar a su compañía. Caminaron hasta llegar a la fuente, donde hicieron llover. No vayáis a pensar que os [vv. 6524-6579] miento, pero tan tremenda fue

la tormenta, que nadie sabría contar la décima parte: parecía como si una vorágine abismal fuera a tragarse el arbolado del bosque entero. La dama teme que hasta su castillo se hunda, porque se tambalean las murallas, y la torre vacila tanto que a poco se derrumba. El más atrevido guerrero turco preferiría estar prisionero en Persia, a quedarse entre aquellas paredes. Tan despavoridos están los del castillo, que echan pestes de sus antepasados, profiriendo toda clase de imprecaciones:

—¡Maldito sea el primero a quien se le antojó edificar en este país, malditos quienes construyeron este castillo! En toda la tierra, no podían haber encontrado lugar más execrable, pues un solo hombre lo puede atacar, asolar y devastar.

—Es preciso que toméis una decisión, señora —dice Luneta—. No encontraréis a nadie que cuide de ayudaros en tan gran apremio. Muy lejos habría que buscar a quién encomendar esta tarea. Jamás tendremos descanso en este castillo, ni nos atreveremos a franquear la puerta de su recinto. Si hubieseis mandado reunir a todos vuestros caballeros para salir de este trance, ni el mejor habría dado un paso adelante, ya lo sabéis: tan es así, que si no tenéis a nadie que defienda vuestra fuente, pareceréis una insensata, que no sabe asumir su rango. Honrosa fama la vuestra, cuando se marche quien os atacó, sin tener que librar batalla siquiera. Ciertamente, estáis en una postura muy enojosa, si no acertáis a reconsiderar vuestros asuntos de otra manera.

—Tú que sabes tanto —le contesta la dama—, dime qué partido he de tomar y me atenderé a tus consejos.

—Señora, tened por seguro que de buen grado os aconsejaría, si lo supiera, pero consejero más sagaz os será menester. No me atrevería a meterme en semejantes artes, y aguantaré lluvia y ventisca como todos, hasta que si Dios quiere, se presente en vuestra corte un caballero tan valiente, como para asumir por sí solo el peso de tamaña empresa. Pero me temo que no suceda esto en un día, y que se prolongue esta situación que perjudica vuestros intereses.

La dama se apresura a contestarle:

[vv. 6580-6635]

—¡Ea, cambiad de lenguaje, damisela! No hay nadie en mi castillo, con quien pueda contar para defender la fuente y el escalón. Pero, si Dios quiere, veremos lo que pueden vuestra cordura y buen tino, porque como se suele decir, es en la necesidad donde se pone a prueba la amistad.

—Señora, si pensara que se iba a encontrar a quien mató al gigante y derrotó a los tres caballeros, merecería la pena ir en su busca. Pero mientras subsista la enemistad con su dama, y ella siga enfrentándose con ira y resentimiento, creo que no hay en este mundo hombre o mujer al que siguiese, a no ser que le jure y garantice que hará cuanto está en su poder para reconciliarle con su dama, que le trata con tanto rigor que le están matando el duelo y la aflicción.

—Estoy dispuesta —dice entonces la dama—, antes de que salgáis en su busca a comprometerme por juramento: si viene aquí, me esforzaré, sin engaño ni fingimiento, en conseguir para él el perdón de su dama, siempre que esté a mi alcance.

E insiste Luneta:

—Señora, tengo por seguro que podréis conseguirle esta reconciliación, si en ello ponéis vuestro empeño, pero si no os resulta inoportuno, os tomaré juramento ahora mismo, antes de ponerme en camino.

—No tengo inconveniente —contesta la dama.

Luneta, que sabía mucho de cortesía, en seguida mandó traer un relicario ricamente adornado. La dama se arrodilla. Al juego de la verdad le ha cogido Luneta, con muy corteses ardides. Con este juramento, ya remató su obra la muy precavida doncella, que no descuidó nada para lograr sus fines.

—Señora —dice—, alzad la mano. No quiero que pasado mañana me vayáis a reprochar lo que sea, cuando se trata de vuestro propio interés y no del mío. Jurad, si os parece, que en nombre del Caballero del León, vos os empeñaréis con toda lealtad en que recobre los favores del corazón de su dama, tal como los gozó antaño.

La dama levanta entonces la mano diestra, y proclama:

—Tal como lo has dicho, lo repetiré. Con la ayuda de [vv. 6636-6687] Dios y de sus santos, mi corazón no perderá ánimo ni ahorrará esfuerzos, para devolver a ese caballero los graciosos favores que le concedió su dama, siempre que esté en mi poder.

Ahora Luneta ya ha cumplido sus designios. Nada ha deseado tanto, como lo que acaba de lograr. Ya le tenían preparado un palafrén de muy mansa ambladura. Ella lo monta, llevando en el rostro toda la alegría y júbilo del mundo. Cabalga hasta llegar al pino, donde justo encuentra a quien no pensaba hallar tan cerca, pues creía que le sería preciso aventurarse en una larga búsqueda antes de llegar hasta él. A su león, le reconoce en cuanto le ve. Se dirige hacia él al galope y descabalga. Desde que la ve aparecer a lo lejos, mi señor Yvain también la ha reconocido. Intercambian saludos y ella le dice:

—Señor, ¡qué alegría me da el haberos encontrado tan pronto!

—¿Cómo, acaso andabais buscándome? —le pregunta mi señor Yvain.

—Sí, ciertamente, y nunca he sido tan dichosa desde que nací, porque he llevado a mi señora a volver a ser, so pena de perjurio, vuestra dama, y vos su señor, como antaño. Como os lo cuento, es la pura verdad.

Mi señor Yvain siente gran gozo por esta sorprendente nueva, que jamás esperaba llegar a oír. No alcanza a expresar su gratitud a quien tanto ha logrado en su nombre y, besándole los ojos y el rostro, le dice:

—Dulce amiga mía, ya sé que no existe galardón con que de alguna manera

podiera premiaros, Temo que me falle la ocasión y el medio de corresponderos oportunamente, sirviéndoos y honrándoos.

—Señor —contesta la doncella—, esto no os debe causar preocupación o desasosiego, ya hallaréis tiempo y ocasión, para dar pruebas de vuestra largueza, a mí como a los demás. Si yo he cumplido con mi deber, no se me debe agradecer más que al deudor cuando reembolsa un préstamo. Además, no creo haberos devuelto todo cuanto os debía.

—¡Sí que habéis cumplido, válgame Dios, y quinientas [vv. 6688-6749] mil veces más allá! Nos iremos en cuanto lo tengáis a bien. Pero, ¿acaso le habéis revelado quién soy?

—No, a fe mía, ella sólo os conoce bajo el nombre del Caballero del León.

Siguiendo con su plática, se van alejando la doncella y el caballero siempre seguidos del león, caminando los tres hasta llegar al castillo. En las calles, no cruzaron palabra con las gentes, hasta encontrarse en presencia de la dama.

Se alegró mucho aquélla al oír la noticia de que volvía su doncella, y trayendo consigo al caballero acompañado de su león. Ella ardía en deseos de verle, conocerle e intimar con él. Mi señor Yvain cae a sus pies, con todas sus armas. A su lado está Luneta:

—Señora —le dice—, levantadle y poned todos vuestros cuidados y dones en procurarle la paz y el perdón, pues sois la única en el mundo que pueda lograrlo.

Entonces la dama le manda levantarse y dice:

—Pongo todo mi poder a disposición del caballero y estoy dispuesta a cumplir con sus deseos, para complacerle en todo cuanto está a mi alcance.

—Verdaderamente, señora —interviene Luneta—, no lo diría si no fuese cierto: todo está en vuestro poder, y bastante más de lo que os he dicho. Pero ahora me toca confesaros la verdad, y os la voy a revelar. Nunca tuvisteis, ni tendréis jamás a tan buen amigo como este caballero. Dios, que quiere ver reinar entre vos y él una paz perfecta y un amor tan puro, que no pueda cesar nunca, ha permitido que me encontrara con él hoy mismo, muy cerca de aquí. La verdad se basta a sí misma para probarse, y jamás conviene alegar otras razones. Señora, olvidad vuestra ira y perdonadle, porque no tiene otra dama que vos este caballero, mi señor Yvain, vuestro esposo.

Con estas palabras, la dama se estremece:

—¡Dios me salve —exclama—, con qué trampa me has cogido! A quien ni me ama ni me estima, pretendes que quiera a mi pesar. ¡Qué triunfo has logrado! ¡Qué hermoso favor me has hecho! Habría preferido sufrir ráfagas y tempestades toda mi vida, y si no fuera cosa villana e innoble, [vv. 6750-6807] el perjurio; jamás, a ningún precio, le concedería paz y concordia. Como el fuego que arde bajo la ceniza, siempre anidaría en mi corazón aquello que no me place recordar ahora, cuando me es preciso

reconciliarme con él.

Mi señor Yvain comprende que sus asuntos van por tan buen camino, que obtendrá paz y perdón, e implora a su dama:

—Señora, merece misericordia el pecador. He pagado por mi ceguera lo que era de justicia. Fue la locura lo que me hizo demorarme lejos de vos, pero confieso mi culpa. Fue gran osadía el atreverme a comparecer ante vuestra presencia, pero si ahora consentís en retenerme a vuestro lado, jamás os faltaré en nada.

—Ciertamente —contesta la dama—, acepto, pues sería perjurio por mi parte el no poner todo mi empeño en restaurar la paz entre nosotros. Si así os place, os la concedo.

—Señora —dice—, os estoy mil veces agradecido, y que me ayude el Espíritu Santo, Dios no podía hacerme más dichoso.

Mi señor Yvain ya ha alcanzado el perdón, y podéis creer que después de tan larga y cruel desesperación, jamás gozó de tanta felicidad. Superadas todas las pruebas, ha logrado ser amado y querido por su dama, que corresponde a su amor. Ya no se acuerda de ninguno de los sufrimientos que le atormentaron, porque los va borrando de su memoria el tierno goce de su amiga.

En cuanto a Luneta, también está feliz, porque ha visto colmados sus deseos al hilar la paz de un amor sin fin entre mi señor Yvain el cortés y su dulce y perfecta amiga.

Así acaba Chrétien su novela del Caballero del León. Estas son todas las aventuras que oyó contar, y ya no oiréis más, porque no quiere añadir mentiras.

Aquí termina *El Caballero del León*.

Iconografía del manuscrito número 1433
Bibliothèque nationale de France



FOLIO Av



FOLIO B



D tous roys d'arvus de bre taigne. La E qui proecte nous en sen gue. Que nous loions preus & cour tois. **E**nc court li rids & que rois. **D**

De le feste qui tant couste
Ondit nomer le pentecoste
Trois fu a cardeil en gales
Pres mengier pit un les sales
I d'it l'atropelerent
Aou dames les apelerent
Ur damoiseles ou pudgles
I un recoioient nouveles
I autres parloient d'annours
Es augouilles & des dolours
Des gnt bns quen ont souvant
I deliple de son couvant
U loys estoient rids & gens
Ais il ya pent des fiens
U a bit pres tout tuit lassie
En est amours mout a bursie
Ar chil qui soloient amier
E faisoient courtois clamer
Ue prau & large & hmnisble
Ais or est tout tournée a fable

Ar nee ya qui riens nen sentent
Ient qu'il ayment & si mentent
T chil fable meuchynque en font
U leu usantent & droit mout
Ais pur parler de chye qui furent
Paisons chye qui en vie durent
Uentoz usur ruy de mest aus
N courtois mais cuns ulans us
Our de me plais areconter
Lose qui faide a escouter
U roy qui fu de tel tesmoing
On en parole pres & long
I ma cour de tant ad bretons
E n tant qui nomient des loins les nous
Pit aye soue ramentou
I loni d'it elleu
U en amoz setraueillierent
Ais d'it iour mout les marueillierent
E chil qui d'entrez se leua
I aut de ty qui mout pesa
Qui mout gnt parole en firent
Our de que onques mais ne uurent
N hute feste en d'umbre entrer
Our dormir ne pour repoler
Ais d'it iour ainsi li auint
Ue la royne le retint
I demoutra tant de les li
Uil soublia & en dormi
Lus de la chambre de l'ors
U dodinez & lagremors
I tois & me sire gauans



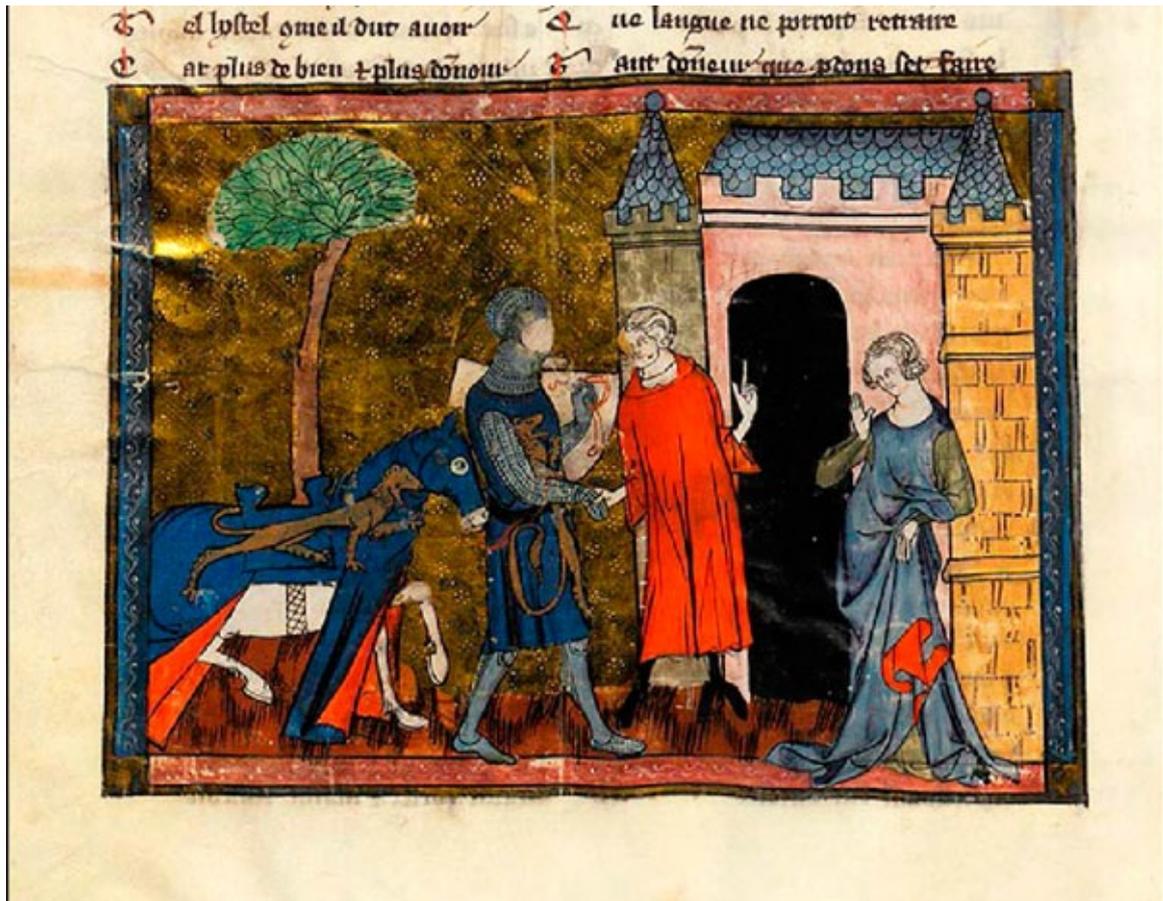
FOLIO 61

F air maues d'yle qui mannie
t delut air qui te est tel.

N ares de moi treilles ne pus.



FOLIO 65



FOLIO 67v



FOLIO 69v



FOLIO 72v



FOLIO 80v



FOLIO 85



FOLIO 90



FOLIO 104



FOLIO 118

EPÍLOGO

*no oiréis más,
o quiere añadir mentiras».*
7)

Se ha querido ver en estos versos finales de *El Caballero del León* una advertencia de Chrétien de Troyes no sólo a los que añadiesen aventuras a su relato, como entonces era frecuente a través de las *Continuaciones*, sino a quienes glosaran su obra, imponiendo una visión ajena a la intención del autor[23]. Severa observación que nos lleva a preguntarnos cómo abordar la interpretación de una obra maestra de la que nos alejan siglos y culturas.

Es verdad que la referencia a los modelos latinos y a los preceptos de la poética medieval es necesaria para no perderse en teorías alejadas de la composición original. Pero no bastan las artes poéticas para dar cuenta del hecho literario, que siempre desborda los cánones retóricos, y no es menos válido el enriquecimiento de la obra que suponen glosas y comentarios, lo que una escritora de la Edad Media, María de Francia, definió felizmente como «*surplus de sens*»[24].

Desde que Lady Charlotte Guest hiciera a mediados del siglo pasado la primera edición moderna del texto —junto con la de los *mabinogion* o cuentos galeses— ha variado mucho la manera de enfocarlo, pero como no es lugar para traer a colación las teorías que han marcado la recepción de la obra, sólo apuntaremos dos posibilidades de lectura. Existe en efecto un Chrétien preciosista y a veces hasta burlesco, mientras que a su vez el texto ofrece elementos cuyo análisis llevaría a una interpretación que le concediera mayor trascendencia y dramatismo.

Así, una lectura de la obra a través de los personajes femeninos nos incitaría a adoptar el punto de vista de un autor alemán de principios de siglo, que en contraste con una corriente crítica que hacía de *El Caballero del León*, como de otras obras de Chrétien, una novela marcada por la angustiosa búsqueda de la aventura caballeresca, un aprendizaje semimístico, emitió entonces la sacrílega idea de que toda la obra no era más que una frívola comedia de salón, posibilidad de lectura cómica que algunos críticos han vuelto a sugerir recientemente[25]. Comedia o quizá tragicomedia, género burlesco por excelencia, pues como advierte la doncella de Yvain cuando las gentes del castillo andan en su busca para matarle, una situación tan trágica como la de una persecución a muerte puede ser motivo de «*solaz y deleite*» (v. 1072).

En esta perspectiva, los diálogos entre dama y doncella —enfados y requiebros, vivo retrato de las mudanzas del alma femenina— que para un lector de literatura francesa pueden figurar al lado de los de Molière o Marivaux, con hallazgos dignos de un escenario, llevan a plantear la cuestión de la imagen de la mujer en la obra de

Chrétien, a la que han respondido varios estudios. Mientras unos ven reflejada una concepción muy pesimista del alma femenina cada vez más degradada a medida que avanza en su obra el novelista —retrato, por tanto, muy cruel en *El Caballero del León*, por ser obra más tardía—, otros han dedicado páginas para salvar a Laudina de los reproches de inconstancia y frivolidad[26]. Dejaremos el tema a la opinión personal del lector, pero aconsejándole que no se pierda sondeando como un psicólogo las almas de las heroínas de Chrétien, porque recuérdese que «psicología» es una palabra que no existe para el Medioevo y que la visión de la mujer tal como aparece en la literatura de aquella época, se halla sujeta a dos condiciones: los modelos retóricos y la doctrina eclesiástica. Por ello no deben extrañar las conclusiones contradictorias a las que han llegado los estudios antes señalados, ya que corresponden precisamente a la oscilación que marca los dos polos del pensamiento cristiano, el carácter maligno de la mujer-serpiente, criatura demoníaca a la que sirve de contrapeso el ideal mariano, modelo o no de la transfigurada Dama de la literatura cortés.

Pero llegaremos a una visión distinta si en vez de recordar los enredos de Luneta con su dama y los debates amorosos que, después del relato de Calogrenante, ocupan casi exclusivamente la primera parte de la novela, nos fijamos en el anexo y la segunda parte de la misma, prestando especial atención a la topología de la narración y en particular a un motivo recurrente en la aventura, el del bosque.

Resulta superficial aislar un motivo de su contexto y en ningún caso conviene perder de vista la relación que guarda con las otras partes de la narración, porque como ha demostrado el análisis estructural, un mismo elemento cambia de signo según el sitio que ocupa en el sistema. Así, el bosque puede ser refugio de fuerzas hostiles, lugar salvaje opuesto a la cultura de la corte de donde huye Yvain enloquecido, o naturaleza semidomesticada como la artiga que desbroza el ermitaño. De la misma manera el castillo se alza con todos los signos de la agresividad, insidioso cepo cuyas diabólicas puertas tajan el caballo de Yvain, para terminar siendo feliz hospedaje femenino, signo de la reconciliación del caballero con su Dama. Por tanto, aparte de alusiones temáticas sobre la significación del bosque en la aventura, nos referiremos a la trama narrativa, todavía presente en la mente del lector.

A nivel simbólico, el bosque como lugar de metamorfosis del hombre en busca de identidad, que se pierde para mejor encontrarse, inspira varios mitos celtas y germanos, y hasta la filosofía existencialista con sus caminos que no llevan a ninguna parte sino al corazón del bosque, es decir, al abismo esencial del *Abgrund* a partir del cual se puede renovar el hombre, resurgiendo desde la profundidad. Nada más opuesto al consejo que daba Descartes al viajero extraviado, de andar siempre recto en la misma dirección, porque así terminaría llegando a algún lugar que aun sin ser el deseado, siempre resultaría más grato que el corazón del bosque. Regla cuya

semejanza con el método cartesiano de dirigir el pensamiento es evidente, pero al que no se alude gratuitamente, porque en el texto de Chrétien hemos de encontrar tanto el caos y la hosquedad del bosque como el orden de la vía recta.

En el primer encuentro de Yvain con el bosque, que coincide con su primera aventura, quedan ya definidos los rasgos tópicos que enmarcarán las otras pruebas. Rasgos que figuraban ya en el relato de Calogrenante, pues en su primera salida Yvain recorre exactamente las mismas etapas hasta invertir el signo de la prueba final, llevando a feliz término lo que había sido derrota para quien le inició en la aventura.

Así atraviesa Yvain lugares salvajes, caminos y pasos difíciles, hasta llegar a la estrecha senda donde adquiere la certeza de no perderse (v. 769). Alternancia entre la discontinuidad de caminos peligrosos, perdidos en la espesura del bosque y la senda que pone orden al caos. Pero claro, esta vía recta que un lector del siglo xx puede permitirse relacionar con el método cartesiano, sale derecha del modelo retórico que conformó el camino narrativo de la literatura caballerescas, las vidas de santos, donde el elegido de Dios se aventura por la vía recta de la santidad. Aquí este caminar derecho por la *droite voie* tiene un claro significado religioso, pero asociado precisamente al derecho que defiende el caballero como representante de un orden jurídico temporal, reflejo del divino. Antes de enfrentarse a sus adversarios, el Caballero del León invoca a «*Dios y el derecho (que) se mantienen unidos*» (v. 4437), en la confianza de que luchan a su lado. No cabe duda de que ahí está una de las claves de interpretación de la novela, y no se olvide que el lema «*Dieu et mon droit*» tiene su origen en la monarquía anglonormanda, sobre cuya reapropiación de la leyenda artúrica hemos hablado en el prólogo.

Un antagonismo análogo al que acabamos de ver, entre la dificultad de un universo caótico y la facilidad de la senda recta, vuelve a manifestarse en oposición binaria en el paisaje de la fuente. Ubicada en pleno corazón del bosque al final de la vía recta y al lado de una ermita, ofrece la imagen más desapacible cuando alguien desencadena la tormenta vertiendo agua en el escalón. En cambio cuando por intervención divina amaina la tormenta, la fuente y el bosque se convierten en un lugar de sosiego, bajo la protección de un hermoso pino, sede de pájaros cuyas angélicas melodías proporcionan al caballero una felicidad hechicera, que a Calogrenante casi le hizo perder el uso de la razón. Experiencia onírica que aquí todavía funciona bajo un signo religioso, como en el primer texto en que aparece el motivo, la *Navigatio Sancii Brendani*, donde oyendo el concierto de los pájaros en la fuente maravillosa, halla el santo un anticipado gozo paradisíaco.

La locura de Yvain se sitúa hacia la mitad de la obra, cuando después de recordar su incumplida promesa y recibir enmudecido los reproches de una mensajera de su dama, abandona la corte del rey Arturo. Que esta escena constituya el eje de la novela

es uno de los escasos puntos en que coinciden los numerosos estudios sobre la composición de la misma[27].

Los lugares recorridos por Yvain enloquecido reflejan este progresivo abandono de lo conocido que señala el principio de toda aventura o descubrimiento, cuando el héroe va rompiendo poco a poco con todo lo que le ata a su vida anterior. Así Yvain se va despojando de sus vestiduras y del viejo hábito de la memoria, pues no recuerda ninguno de sus actos pasados. Ya desnudo de cuerpo y alma, trueca la espada por el arco, arma que en muchos casos tiene un claro signo infamante, como parece ser el caso aquí, porque se enmarca en un proceso de degradación y regresión a un estado salvaje, que se manifiesta en la caza de animales que el arquero furioso consume crudos.

En dos pasajes de la novela que tienen por escenario el bosque, Chrétien refleja los dos modos de manifestarse la locura según la creencia medieval: el frenesí y la melancolía. Así durante su vida de cazador errante, Yvain está preso de un frenesí (*rage* en el original, v. 2863) o furor propio del *forsenez* (vv. 2805, 2872), es decir, del que ha perdido el sentido y se encuentra fuera de sí, y cuyas manifestaciones describe Chrétien con detalles tópicos; así, por ejemplo, la desnudez reveladora de su estado para el ermitaño y la doncella. Ésta, que como en la famosa escena homérica le ha reconocido gracias a una cicatriz, se apercibe de su locura midiendo cuánto le separa esta desnudez de su antigua apariencia de caballero cortés, cuando vestía armadura o rico brocado. Poco tienen que ver estas descripciones de un comportamiento con las escenas del *Orlando Furioso*, con el que se le ha comparado a veces. En cambio en otro pasaje, cuando pierde el sentido el caballero en la fuente y sufre un ataque de desesperación que le lleva al borde del suicidio, el escritor abandona las notaciones externas, dejando a su héroe expresar su honda melancolía en unas estancias al modo maestoso (vv. 3523-54).

Antes de lograr su curación gracias al ungüento mágico con que la doncella le frotara generosamente de pies a cabeza, Yvain se va reintegrando a una vida semicivilizada gracias a la mediación de un ermitaño. Se trata de un personaje tópico, pues varios relatos y vidas de santos, textos a los que tanto debe la literatura caballeresca, empiezan en el bosque bajo los auspicios de un ermitaño, como el «*ermite en bois*» que inicia a Brandan en su navegación hacia el paraíso, hermano del *homo silvester* de la *Vita Merlini*. Pero aquí su papel no es de iniciador en la aventura, sino de prosaico proveedor de alimentos. Espectador asustado de la locura de Yvain, rehuye su presencia. Sin embargo, gracias al trueque mudo de alimentos cocidos depositados en el borde de la ventana, contra la caza cruda que va dejando delante de la puerta, Yvain se reaproxima a la civilización e incluso al circuito de una economía más amplia, gracias al comercio que hace el ermitaño, desollando la caza para vender las pieles y comprar pan con el producto de la venta[28].

La tierra que el ermitaño va artigando en medio del bosque representa un espacio enclavado entre el mundo de la cultura y una naturaleza salvaje. Precisamente en la época de Chrétien esta técnica de desbrozamiento por el fuego, a la que alude en varios pasajes de la novela, conocía su momento de mayor intensidad[29]. Fue el motor de muchos cambios en el siglo XII, no sólo a nivel económico por la extensión de las tierras cultivables sino que supuso una modificación de las actitudes psicológicas, una evolución hacia una mentalidad que busca provecho y ganancia. No deja de ser significativo el paralelismo entre la reintegración de Yvain, cazador salvaje, y el trabajo del ermitaño desbrozando las malezas de una naturaleza inculta.

Del mismo bosque adonde Yvain se ha adentrado arquero furioso, saldrá el caballero liberador de doncellas y defensor de causas justas, pero para que esta metamorfosis acontezca falta el encuentro del héroe con el personaje cuya compañía no le abandonará ya, sino que llegará a ser blasón y signo emblemático del caballero, su *alter ego* en las proezas caballerescas: el león que le dará fama y nombre.

Está claro que el bosque, la locura de Yvain, el encuentro del caballero con el león y su posterior transformación en parangón de las virtudes caballerescas, son motivos muy próximos, tanto en la narración como en la urdimbre de símbolos que van tejiendo. Pero existe además entre el carácter del animal y el lugar donde lo sitúa Chrétien una perfecta adecuación, como era preceptivo según las reglas teóricas y la simbología propia de tratados como los bestiarios. Todos los detalles de la narración convergen para hacer resaltar una misma virtud, la mansedumbre, aun cuando más allá de la alegoría acaso pudiera subyacer una significación más profunda. En efecto, el león no surge de la espesura del bosque sino de un espacio clareado, es decir, de una de aquellas tierras que van desbrozando con fuego ermitaños y villanos. Y además no sale de esta amansada selva una fiera sino un animal domesticado. Los pasajes en que el escritor describe al león husmeando la pista, morro al viento, como un perro braco, dándose la vuelta y parándose dócilmente, para esperar antes de cobrarse la pieza a que le siga su amo, o mirando a aquél comerse el cervatillo que acaba de cazar para él, a la paciente espera de los últimos huesos, son otras tantas ilustraciones del amansamiento de sus instintos salvajes. Refrena el animal esta ley de naturaleza, a la que alude el propio Chrétien (v. 3147), y que le haría lanzarse sobre cualquier presa, para constituirse en proveedor de carne cruda, papel análogo al de Yvain cazador en anterior episodio, y para poner su crueldad al servicio de su señor cuando aquél se encuentre en peligro.

No cabe duda de que los cuadros del caballero con su león resultan de un intimismo enternecedor, pero de ahí a pretender que este animal representa el ideal femenino del canónigo de Troyes, jugando en esa novela el mismo papel que la Enida del *Erec*, al atesorar toda la dulzura de la que carece Laudina, tirana cruel y caprichosa, hay un gran paso, franqueado por un crítico al que no seguiremos[30].

Porque efectivamente existe un límite a las extrapolaciones sobre literatura medieval: los modelos retóricos ya aludidos. Aquí resulta evidente que este león, emblema de nobleza y constante devoción, sale derecho de la tradición aristotélica y de la bíblica, del anónimo *Fisiólogo* que recoge a ambas, amén de fábulas y apólogos, donde nace esta *consonantia* entre hombre y animal, encaminada a esbozar, de manera tan intrincada en el bestiario de los capiteles, a la vez una tipología del carácter y un comentario alegórico de la doctrina eclesiástica. En efecto, estos rasgos atribuidos a ciertos animales vuelven a encontrarse idénticos en todas las ficciones y descansan sobre unos esquemas apuntados por Aristóteles en su *Tratado sobre la Fisonomía*, según el cual las cualidades propias de los animales se expresan en la forma de sus órganos y la observación de los mismos y su comparación con los del hombre tienen un valor paradigmático, estableciéndose una tipología que nutre la literatura y el arte medieval, algo enrarecida a veces por las definiciones que sirven de glosa a los dogmas cristianos y tan pronto equiparan un animal con un significado o con otro. Así figura esta hominización del león con los mismos rasgos en *La General Estoria* de Alfonso X el Sabio (Libro XX, caps. 10 y 11), donde cita varios ejemplos de «*la su mansedumbre*», comentando cómo: «*Otra guisa los leones non son engannosos nin sabidores de nemiga, como otras animalias hay*».

Pero lo más interesante es el paralelismo que existe entre la mansedumbre del animal y la domesticación de la naturaleza. Volvamos al fuego de la artiga: se podría objetar que aquella llama es bíblica, y que aquel león enredado por una serpiente que le abrasa la cola sale de la visión de Ezequiel, tal el apocalíptico monstruo tetramorfo envuelto en fuego, una de cuyas cabezas es la de un león. Ciertamente Chrétien habrá pagado tributo a este cliché retórico, pero al mismo tiempo le añade una notación realista —procedimiento estilístico típico de este autor— aludiendo a una artiga. Si intentáramos imaginar qué significarían aquellas llamas para el hombre medieval, acaso nos encontraríamos con las dos claves: las zarzas ardientes de la Biblia, pero también el fuego pionero de los artigadores quemando el bosque para extender los cultivos alrededor de las abadías[31].

Al resumir las observaciones anteriores hay que preguntarse qué función desempeñan en la aventura motivos como el bosque, con su senda recta entre las malezas, sus espacios clareados por el fuego, la fuente tormentosa y apacible, u otros a los que no se ha podido aludir. Todos se pueden ordenar según dos principios. Unos pertenecen al campo de lo mágico, fantástico y hostil, donde está permitido ver un reflejo de la nueva realidad extraña al universo caballeresco. Frente a aquel mundo inquietante, la vía recta del orden jurídico, moldeado según el *ordo divinis* de la caballería celestial al que sirve el caballero artúrico. Entre ambos, unas zonas intermedias, limen entre nuevo y antiguo mundo, donde el caballero encuentra la ayuda y alianza de personajes como el villano, el ermitaño y el león.

Tras significativos encuentros en el bosque de Brocelandia, el que abandonó el castillo de su Dama como Yvain ya es el Caballero del León, redentor de cautivas que cumple su papel liberador con proezas singulares, pero al servicio de un orden colectivo. Triunfará de oscuras fuerzas, encarnadas por seres demoniacos y gigantes animalescos, combatientes que no respetan el código de la caballería, y por una serie de pasos difíciles, elementos fantásticos omnipresentes en la novela, especialmente en el Castillo de la Pésima Ventura, que asumen la función obstaculizadora propia de todos los relatos de bajadas a zonas infernales, a aquellos reinos sin retorno de donde sólo vuelve el elegido[32].

Retomando la interpretación sociológica apuntada en el prólogo, todos estos agentes maléficos serían reflejo de aquellas nuevas fuerzas sociales, ajenas a los valores caballerescos, pues lo que en la realidad histórica posee carácter insoluble u hostil reaparece en la ficción bajo el aspecto de sortilegio u obstáculo[33]. Así dos escenas antagónicas, yuxtapuestas en la narración, el taller de las hilanderas condenadas a la maldición del trabajo y el vergel idílico donde, reclinados en paños de seda, escuchan unos señores la lectura de una novela, representarían la división del espacio cortés en dos reinos, a semejanza del dualismo de la filosofía medieval, el antimundo de los poderes extraños y hostiles y el afortunado círculo de la corte artúrica.

A este nivel de significación, el final de la novela, es decir, la reconciliación del caballero con su Dama y la fusión de las dos identidades del mismo personaje, simbolizaría el feliz término de una búsqueda y la armonía entre ambos universos lograda por Yvain, ya Caballero del León.

Marie-José Lemarchand
Bilbao, enero de 1984

BIBLIOGRAFÍA

- E. AUERBACH: *Mimesis. Dargestellte Wirklichkeit in der abendländischen Literatur*, Berna, 1942, edición española, *Mimesis: la realidad en la literatura occidental*, Méjico, 1950.
- C. BURIDANT, J. TROTTIN: *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, París, 1971.
- G. CHANDES: «Recherches sur l'imagerie des eaux dans l'oeuvre de Chrétien de Troyes», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, XIX, 1976, pp. 151-64.
- G. COHEN: *Un grand romancier d'amour au XIIème siècle, Chrétien de Troyes et son oeuvre*, Paris, 1931.
—«*Le Duel judiciaire chez Chrétien de Troyes*», *Annales de l'Université de Paris*, 6, 1933, pp. 510-27.
- J. P. COLLAS: «*The Romantic Hero of the Twelfth Century*», *Medieval Miscellany presented to E. Vinaver*, Manchester, 1965, páginas 80-96.
- G. DUBY: *Guerriers et paysans, VII-XIIème siècle, premier essor de l'économie européenne*, Paris, 1973, edición española, *Guerreros y campesinos, Desarrollo inicial de la economía europea, 500-1200*, Madrid, 1976.
- A. ESKENAZI: *Yvain*, París, 1974.
- W. FOERSTER: *Yvain, Der Löwenritter*, Halley, 1926.
- A. FOURRIER: *Le courant réaliste dans le roman courtois en France au Moyen Age*, Paris, 1960.
- J. FRAPPIER: *Chrétien, l'homme et l'oeuvre*, Paris, 1968.
—*Etude sur Yvain*, Paris, 1969.
- J. GYORI: «*Le cosmos, un songe*», *Annales Universitatis Scientiarum Budapestinensis*, IV, Budapest, 1963.
—«*Prolégomènes à une imagerie de Chrétien de Troyes*», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, XI, 1968.
- T. HUNT: «*The Dialectic of "Yvain"*», *Modern Language Review*, 72, 1977.
- P. JONIN: «*Aspects de la vie sociale au XIIème siècle dans "Yvain"*», *Information Littéraire*, I, 1964, pp. 47-54.
—*Prolégomènes à une édition d'"Yvain"*, Aix, 1958.
- E. KOEHLER: *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik*, Tübingen, 1956, edición

- francesa, *L'aventure chevaleresque, idéal et réalité dans le roman courtois*, Paris, 1974.
- «Le rôle de la “coutume” dans les romans de Chrétien de Troyes», *Romania*, 1960, 81, pp. 386-97.
- M. N. LEFAY-TOURY: «Roman breton et mythes courtois, l'évolution du personnage féminin dans les romans de Chrétien de Troyes», *Cahiers de Civilisation Médiévale*, XV, 1972, pp. 193-293, XVI, pp. 283-93.
- J. LE GOFF, P. VIDAL-NAQUET: «Lévi-Strauss en Brocéliande. Esquisse pour une analyse d'un roman courtois» en la obra colectiva *Claude Lévi-Strauss*, Paris, 1979, pp. 265-319. Versión española, *Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval*, Barcelona, 1985.
- R. S. LOOMIS: *Arthurian Tradition and Chrétien de Troyes*, Nueva York, 1949.
- C. LUTRELL: *The creation of the first Arthurian romance; a quest*, Edimburgo y Londres, 1974.
- A. MICHA: *La tradition manuscrite des romans de Chrétien de Troyes*, París, reedición, 1966.
- M. MOLLAT: *Les pauvres au Moyen Age, étude sociale*, Paris, 1978.
- W. A. NITZE: «*Yvain and the myth of the Fountain*», *Speculum*, XXX, 1955, pp. 170-79.
- D. D. R. OWEN: *Arthurian Romance: Seven Essays*, Edimburgo y Londres, 1971.
- J. C. PAYEN: *Le motif du repentir dans la littérature française médiévale, des origines à 1230*, Ginebra, 1967.
- R. PICKENS: *Essays on Chrétien de Troyes*, obra colectiva, Lexington, 1983.
- H. PIRENNE: *Histoire économique et sociale du Moyen Age*, Paris, 1969.
- A. R. PRESS: «*Chrétien de Troyes's Laudine: A Belle Dame sans Mercy?*», *Forum for Modern Language Studies*, Saint Andrews, Escocia, 1983.
- J. H. REASON: «An inquiry into the structural style and originality of Chrétien de Troyes “Yvain”», *Studies in Romance Languages and Literatures*, Washington, 1958.
- «Réception critique de l'oeuvre de Chrétien de Troyes», obra colectiva, *Oeuvres Critiques*, 2, Paris, 1980.
- T. B. W. REID: *Yvain*, Manchester, 2.^a edición, 1948.

M. ROQUES: *Le Chevalier au Lion (Yvain)*, Paris, 1960.

L. T. TOPSFIELD: *Chrétien de Troyes: a Study of the Arthurian Romance*, Cambridge, 1981.

K. VARTY: «On Birds and Beasts, Death and Resurrections» in *The legend of Arthur in the Middle Ages: Studies presented to A. H. Diverres*, Cambridge, 1983.

CHRÉTIEN DE TROYES (hacia 1135 - hacia 1190). Poeta de la corte de Champaña. Se considera el primer novelista de Francia y, según algunos, el padre de la novela moderna.

Se conoce muy poco sobre su vida. Se supone que nació en Troyes y su actividad literaria se desarrolló, aproximadamente, entre 1159 y 1190 en la Corte de María de Francia, y, más tarde, a la de Felipe de Alsacia, conde de Flandes.

Su fuente de inspiración se encuentra en la tradición celta y en las leyendas bretonas (la llamada *matièrre de Bretagne*). Pero él confiere a estos materiales una dimensión cristiana nueva, fuertemente impregnada por los cantares de gesta en lengua *d'oïl* de la segunda mitad del siglo XII.

De sus obras, cinco de sus novelas han llegado hasta nosotros:

—*Érec et Énide*, 1170

—*Cligès*, 1176

—*Li Chevaliers de la charrette* (titulada también *Lancelot*), 1177-1181

—*Li Chevalier au Lion* (titulada también *Yvain*), 1177-1181

—*Li Conte du graal* (titulada también *Perceval*), 1190

Una sexta obra, *Guillaume d'Angleterre*, novela que se le atribuye, aunque su autenticidad es dudosa.

Notas

[¹] C. Lutrell, el último investigador que intervino en la debatida cronología de las obras de Chrétien, ha propuesto retrasar la fecha de composición de sus novelas, situando *El Caballero del León* hacia los años 1186 y 1189.

[\[volver\]](#)

[2] La alusión figura en el prólogo del *Cligès*: *Ceste estoire trouvons escrite, / Que conter vos vuel et retraire, / En un des livres de l'aumaire / Mon signor saint Père a Biauvez;* (vv. 18-21).

[\[volver\]](#)

[3] Entre ellos unas leyendas galesas que recogidas por los juglares, constituirían un modelo, tanto para Chrétien como para los *mabinogion* o cuentos galeses, que ofrecen coincidencias narrativas con las obras del novelista: *Gereint* = *Erec*, *Owein* = *Yvain*, *Peredur* = *Perceval*.

[\[volver\]](#)

[4] Verso 14 de *Erec*.

[\[volver\]](#)

[5] Véase H. Pirenne, *Histoire économique et sociale du Moyen Age*, pp. 87-88.

[[volver](#)]

[6] v. 167 «... *el corazón coge en el vientre*»: este curioso acercamiento anatómico no lo era tanto para el hombre medieval. Unas expresiones como *avoir du coeur au ventre* o en español con matiz ligeramente distinto «hacer de tripas corazón» atestiguan esta asociación para evocar lo más hondo del ser.

[\[volver\]](#)

[7] v. 197 «... *un azor ya mudado*,»: se trata del azor máspreciado por los cetreros, porque en aquellos tiempos las mudas resultaban una enfermedad a veces mortal para aves como azores y halcones. Con cada muda iban oscureciéndose las plumas y adquiriendo mayor precio el ave cuando tenía el color ya fijado.

[\[volver\]](#)

[8] v. 209 «... *valvasor*»: era el vasallo situado en el último escalón de la jerarquía feudal. Sin embargo es frecuente que aparezca retratado en textos literarios como aquí, es decir, como modelo de caballerosidad, y así ocurre por ejemplo en el *Erec* del mismo Chrétien. En el prólogo se alude al papel que se atribuye a los estamentos más desfavorecidos y el nuevo código de valores que surge en el último cuarto del siglo XII.

[\[volver\]](#)

[9] v. 217 «... *sobre aquel disco dio el valvasor tres golpes*»: aunque aquí sea otra la finalidad de la llamada, pues se trata de avisar de la llegada del caballero a la «mesnada», es decir, a la gente del castillo, parece que su función primitiva en los hipotéticos relatos anteriores que utilizara Chrétien sería reminiscencia de ritos propiciatorios para hacer llover. Así, disco, fuente, escalón y vasija formaban parte del mismo motivo de la tormenta desencadenada, pues discos de cobre y/o tambores cuyos redobles imitan el ruido del trueno, constituyen un rito ancestral para atraer la lluvia (cf, C. B, Lewis, «*The function of the gong in the source of Chrétien de Troyes' Yvain*» in *Zeitschrift für romanische Philologie*, t. XLVII, 1927, pp. 254-70).

[\[volver\]](#)

[10] v, 231 «... *escarlata azul como pavo real, ribeteado con piel de petigrís*»: la escarlata, de lana o seda, no era necesariamente roja. En cuanto al petigrís era una piel muy apreciada, de una ardilla nada común traída de Siberia y moteada de gris y blanco, de ahí su calificativo de «variada» en el antiguo francés *vair*.

[\[volver\]](#)

[¹¹] v. 371 «... *sin haber cumplido con su costumbre*»: sobre el papel fundamental de la costumbre en la obra, véase el epílogo y sus referencias a los estudios de E. Köhler.

[\[volver\]](#)

[12] v, 424 «... *era de esmeralda... y con cuatro rubíes*»: la virtud de hacer llover atribuida a ciertas piedras como la esmeralda, figura en lapidarios de la época, tal como lo señaló P. Meyer (en *Romania*, t. XXXVIII, 1909, citado por Nitze, v. bibliografía). Ahí se encuentran los mismos elementos que en el relato de Chrétien: fuente y vasija, esmeralda y rubíes, sol, hervir del agua y aguacero. No cabe duda que como en el caso del disco (v. nota 4), se trata de una cristianización de los antiguos ritos propiciatorios, que subyacen en toda la mitología clásica. De ahí que defensores de las fuentes celtistas de Chrétien y partidarios del legado clásico hayan podido polemizar durante más de medio siglo.

[\[volver\]](#)

[13] v. 544 «... *cuál era mi papel*»: está desconcertado porque su adversario no ha actuado según el código de caballería, que manda tomar juramento al vencido en el mismo lugar de la derrota. El vencido debía reconocerse como tal, jurando que se constituía preso, lo que no llevaba confinamiento sino obligación de aceptar las condiciones del vencedor y dar a conocer su derrota ante la corte más próxima. Así sucede cuando Yvain toma juramento al conde (vv. 3274 y sig.) y le lleva hasta el castillo de la dama de Norisón, que le dictará sus condiciones (vv. 3288 y sig.). En todas las victorias de Yvain que no se saldan con la muerte del enemigo, sus derrotados contrincantes se ponen a su merced. Tras la justa final que opone Yvain a Gauvain, ambos caballeros pugnan por proclamar cada uno su derrota en un largo debate, al que pone fin el rey muy hábilmente, pero sólo entonces pueden dejar los combatientes que les quiten sus armas (vv. 6439-46). Por tanto, la conducta de un vencedor huyendo es del todo anómala, y se puede pensar que Chrétien ha querido con ello conferir a la aventura un carácter extraño, rayando en lo fantástico.

[\[volver\]](#)

[¹⁴] v. 594 «... *el sultán Loradín*»: se trata del sultán Nur-ed-Dîn, al que combatían los Cruzados en Tierra Santa. El año de su muerte, 1174, sirvió a algunos autores como G. Cohén para situar la fecha de composición de *Yvain*, anteponiéndola a dicho año y, por tanto, a la del *Chevalier de la Charrette (Lancelot)*, pero esta alusión histórica en ningún caso puede servir de referencia, pues como apuntó J. Frappier, es evidente que la muerte del sultán no impediría que se siguiese aludiéndole.

[[volver](#)]

[15] v. 614 «... *amarga como la escamonea*»: se trata de una planta de la familia del volubilis, traída de Asia Menor y utilizada como medicina purgante, por tanto, la comparación que hace la rema no deja de ser humillante para el senescal.

[\[volver\]](#)

[¹⁶] v. 661 «... *Uterpendragón*»: padre del rey Arturo, emprendió con la ayuda del profeta Merlín una larga gesta. Varios episodios protagonizados por gigantes, meteoros y dragones figuran en la *Historia regum Britanniae* que compuso Geoffrey de Monmouth hacia 1135.

[[volver](#)]

[17] v. 1180 «... *prueba manifiesta*»: es una alusión a la creencia de que las heridas de un hombre muerto violentamente volvían a sangrar para delatar si se le aproximaba el autor de su muerte.

[\[volver\]](#)

[18] v. 1885 «... *aún espolvoreada con tiza*»: se trata de una prenda nueva aún sin estrenar, pues se utilizaba la tiza como apresto y para la conservación de las pieles (cf. nota de W. Foerster al v. 1885 «*a tot la croie*»).

[\[volver\]](#)

[19] v. 3698 «... a la reina se la ha llevado un caballero...»: Chrétien alude a las aventuras de Lanzarote y Gauvain tras el rapto de la reina Ginebra que constituyen la materia de su *Chevalier de la Charrette*, alusión que ha desencadenado conjeturas opuestas en cuanto a la composición de ambas novelas: para unos se demuestra así su simultaneidad, para otros la anterioridad del *Yvain*. La complementariedad de las dos novelas no reside sólo en la implicación de la trama narrativa, sino en intrincados lazos familiares. Así, más adelante en el relato, el castellano huésped de Yvain, que resulta ser cuñado de Gauvain (vv. 3910 y sig.), vuelve a contar lo que será la trama de *Lancelot*. Pero la interdependencia de ambos relatos no sólo se debe a que son obra de un mismo autor, sino a la imbricación de todas las aventuras protagonizadas por los mismos personajes en el ámbito del ciclo artúrico, de ahí que resulte tan arriesgado establecer una cronología.

[\[volver\]](#)

[20] v. 4069 «... ni por el reino de Tarso»: «que por le rëaume de Carse» reza el manuscrito 794. Mario Roque sugiere que *C a r s e* podría leerse *T a r s e* («peut-être Tarse», op. cit. p. 215), es decir, Tarso, la patria de San Pablo. En cuyo caso no queda clara la relación con la expresión común, equivalente a «ni por todo el oro del mundo», a la que aludía en la primera edición. En cambio las proverbiales riquezas del reino de *Tarsis*, para los semitas, *Tartesos*, para los grecorromanos, responderían perfectamente al contexto. Figura en Anacreonte, citado por Estrabón (III, 2, 14) el mismo tipo de locución proverbial; «Yo mismo no desearía ni el cuerno de Amaltea, ni *reinar ciento cincuenta años en Tartesos*». (Véase A. García y Bellido, «Protohistoria: Tartesos», en la *Historia de España* de Menéndez Pidal, I, 2, 1952, pp. 281 y sig.) Ello hace pensar que la alusión a míticas riquezas, hoy confirmadas por descubrimientos arqueológicos (véase en especial J, Mata Carriazo, *Tartesos y el Carambolo*, Madrid, 1973) llegaría a ser una expresión común en la Edad clásica, y que luego la Edad Media, que había perdido la referencia a Tartesos, pero se encontraba familiarizada con Tarso a través de la Biblia, haya sustituido al remo de Argantomo por la patria de San Pablo.

[\[volver\]](#)

[21] v. 5300 «... cuatro denarios por libra»: hay que entender cuatro denarios por libra de mercancía entregada. El trabajo de las tejedoras produce una ganancia de veinte sueldos por semana (vv. 5303-11), pero la relación entre esa cantidad y lo que perciben las obreras da la medida de la explotación a la que están sometidas. Ha sido calculada de la siguiente manera por J. Frappier (*Yvain ou le Chevalier au Lion*, p, 63): una libra (= 20 sueldos, 1 sueldo = 12 denarios) se divide en 240 denarios, por tanto, un salario semanal de 4 denarios, es decir, la tercera parte de un sueldo, sólo representa la sesentava parte de la ganancia que produce su trabajo, mientras que el dueño del taller gana 300 veces (= número de sus obreras) veinte sueldos por semana, o sea, seis mil sueldos, de cuya suma sólo revierte cien (un tercio de sueldo para cada una) en salarios. De ahí la exclamación del verso 5308 aludiendo a una ganancia «¡para hacer la fortuna de un duque!». Resulta una tentación ver despuntar en el siglo XII el enriquecimiento de una clase social, que unos siglos más tarde empezaría a llenar las arcas del remo comprando a la monarquía privilegios y cargos abandonados por una aristocracia acorralada por problemas económicos. Pero no está nada claro que el dueño del taller pertenezca a la incipiente «burguesía», pues dichos talleres, llamados gineceos, dependían del castillo (cf. H. Pirenne, *La Civilisation occidentale au Moyen Age*, pp, 14, 58, 75).

Lo que resulta extraordinario de este pasaje es la mezcla de realidad social minuciosamente observada por Chrétien en los talleres de Champaña, y el valor simbólico que confiere al episodio a nivel narrativo.

[\[volver\]](#)

[22] v. 6433 «... y sea nuestra vasalla»: según los documentos jurídicos de la época (véase Jonin, *op. cit.*, pp. 49-50), se trata de un régimen de sucesión que establece la enfeudación del hermano menor al mayor. A cambio de beneficiarse de parte del feudo, debe obediencia a su hermano o señor, a quien sirve como hombre ligio: «*qui homo meus est feodalis*» es la fórmula que figura en un texto sucesorio, en el cual una hermana menor acepta su parte de la herencia, de mano de la mayor que la recibe como vasalla, «*in hominem eam recipiens*». Aquí es interesante observar cómo emplea Chrétien la palabra «*fame*» con la misma significación de vínculo de vasallaje que tiene «*hominem*» en el documento citado. Dice así el texto original:

*z l'an tot or an droit,
is, et ele deveigne
me et de vos la teigne;
z come vostre fame,
s come sa dame» (vv. 6430-34)*

Se trata de un ejemplo más de la exactitud con que describe el canónigo de Troyes ciertos rasgos de la realidad que le rodea, a los que va insertando en una aventura fantástica.

[\[volver\]](#)

[23] Douglas Kelly en *Réception critique de l'oeuvre de Chrétien de Troyes*, pp, 34-35.

[\[volver\]](#)

[24] En el prólogo de sus *Lais* dice así: «... *Que peüssent gloser la letre/E de lur sen le surplus metre*».

[\[volver\]](#)

[25] Dice W. Küchler (en «Über den sentimentaligen Gehalt der Haupthandlung in Crestien's Erec und Yvain», Zeitschrift für romanische Philologie, XL, 1920, pp. 83-99): «Im Ivaín ist keine Spur von These, Tendenz, Moral. Der Ivaín ist von Anfang bis zu Ende eine leichtbeschwingte Komödie» (p. 92).

Hoy F. Whitehead y D. D. R. Owen (vid. bibliografía), han vuelto a estudiar este registro cómico, apuntando hacia una significación profana de las obras del canónigo.

[[volver](#)]

[26] Entre los primeros el de M. N. Lefay-Toury, «*Roman breton et mythes courtois. L'évolution du personnage féminin dans les romans de Chrétien de Troyes*» y entre los segundos J. Frappier (vid. bibliografía).

[[volver](#)]

[27] Unos la incluyen en la primera parte, como final de la feliz relación de Yvain con su dama, otros la sitúan como principio desencadenante de la serie de aventuras que constituyen la segunda parte. En ambos casos se trataría de una composición bipartita, mientras que han optado por la tri-partición de la novela J. Frappier, T. B. W. Reid y J. H. Reason, haciendo de este episodio una parte independiente. Sea como fuere, queda patente la situación de nexos narrativos de la locura de Yvain.

[\[volver\]](#)

[28] Cf. J. Le Goff y P. Vidal Naquet, «*Lévi-Strauss en Brocéliande*», p. 281.

[\[volver\]](#)

[29] G. Duby lo sitúa durante el período que va de 1075 a 1180 (cf. *Guerriers et paysans*, p. 228) y documenta el cambio hacia una mentalidad de provecho que generó esta nueva técnica, en la denominación de estas nuevas tierras como «ganancias» (*op. cit.*, p. 227).

[\[volver\]](#)

[30] Cf. M. N, Lefay-Toury, *op. cit.*, p, 199.

[\[volver\]](#)

[³¹] Está demostrado el papel de las órdenes monásticas en estas tareas, a menudo encomendadas por la nobleza, cf. G. Duby, *op. cit.*, pp. 229-33.

[\[volver\]](#)

[32] El carácter fantástico de la novela merece un estudio aparte, especialmente el episodio de la Pésima Ventura, cuyos moradores no se atreven a revelar el siniestro secreto e intentan espantar al caballero con gruñidos de mal augurio, papel avisador que se podría comparar con el de los habitantes de la posada del castillo del conde Drácula.

[[volver](#)]

[33] E. Köhler se ha valido de esta observación para llevar a cabo un análisis del papel de Yvain como defensor del derecho consuetudinario: la costumbre puede ser buena o mala, según pertenezca o no al círculo artúrico. Así Yvain, como representante de la corte artúrica, estaría destinado a asumir la defensa de la fuente matando a Esclados, personaje ajeno al universo caballeresco. Cf. «*Le rôle de la “coutume”*».

[\[volver\]](#)